





Class

~~DP 48~~

Book

~~.M3~~

~~copy 2~~

NUNC COGNOSCO EX PARTE



THOMAS J. BATA LIBRARY  
TRENT UNIVERSITY







Sp.  
537  
1

AZORÍN



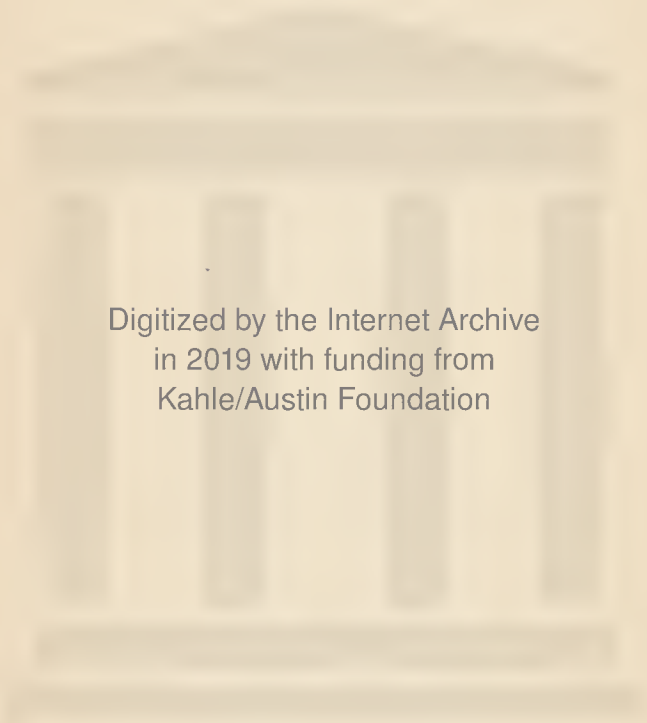
# ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA

(PÁGINAS DE UN FRANCÓFILO)



BARCELONA  
**BLOU Y GAY, EDITORES**

35-Calle del Bruch-35  
PARÍS, 3, Rue Garancière



Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
Kahle/Austin Foundation



243  

---

1797

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA



=Martínez Ruiz: José=

AZORÍN

# ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA

(PÁGINAS DE UN FRANCÓFILO)



BARCELONA  
BLOUD Y GAY, EDITORES

35-Calle del Bruch-35  
PARÍS, 3, Rue Garancière

=1917

Copy 21

DP48

.M37

~~DP48~~

~~.M3~~

~~Copy 2~~

Buena Vista

San Juan, P.R.

1922



2.8911.70-20/23

## PRÓLOGO

Nos hallábamos en el mediodía de Francia en el verano de 1914 y contemplamos — llenos de emoción, de esperanzas—la movilización del ejército. Pocos días después comenzamos nuestra campaña en favor de la bella, la noble, la inmortal Francia. En este volumen van reunidas algunas de las páginas que hemos escrito. Hemos procurado que el presente volumen tenga cierto carácter de permanencia. Amante su autor de las letras, de las artes, debía sentirse preocupado por la cuestión de las relaciones espirituales entre España y Francia. Otros han tratado de la política y de la milicia; otros han descrito los panoramas de la guerra y las escenas de heroísmo. Nosotros, apasionados de Francia, entusiastas de España, hemos creído que debíamos dedicar, en estos años, nuestra pluma a destruir nocivos prejuicios, relativos a los dos pueblos y a procurar — dentro de

*nuestra modestia — una mutua y más cordial y perfecta comprensión.*

*A Francia hemos vuelto varias veces después de comenzada la guerra. Y ante el verde, suave, dulce paisaje de sus campiñas, renovamos nuestro antiguo amor: ante el suave paisaje de sus campos y en las librerías donde, entre amena charla, vamos hojeando los volúmenes novísimos y repasando los viejos autores — savia de un pueblo — que se llaman Montaigne, Molière, Pascal, Descartes, Sainte-Beuve...*

AZORÍN

*Madrid, diciembre 1916.*

# ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA

---

## Hospital de heridos

Hemos visitado diferentes veces el hospital de heridos de Hendaya. Decimos *hospital*, pero nada más lejos de la idea de hospital que este edificio y su régimen ; de la idea tradicional y popular de hospital se entiende... Hendaya está colocado en un altozano ; es un pueblo pequeño, cómodo y silencioso ; casi todos sus edificios son bazares y tiendas. Cerca de la plaza, al entrar en una callejuela, una fronda verde asoma por encima de una verja de hierro. Hay a toda hora un grupo de niños y unas mujeres ante la puerta. La puerta se halla cerrada y un muchacho está junto a ella para abrirla y cerrarla. Un hermoso edificio se divisa en el fondo, entre los árboles del jardín. Entremos. En el jardín, a uno y otro lado de la alameda, tendidos en largas sillas terreras, recostados en sillones de mimbre, se encuentran algu-

nos de los heridos : los convalecientes. Llevan unos el brazo en cabestrillo ; otros tienen la cabeza envuelta en anchas vendas blancas. A ratos conversan. Se inclinan cortésmente, irguiendo el busto, levantándose, cada vez que un visitante levanta en el aire su sombrero. Unos tienen la cara escuálida, con los ojos apagados y la barba intonsa ; otros, más vigorosos ya, más aliñados, se presentan correctos y fuertes, como en disposición de «volver allí». En un grupo se juntan los argelinos : caras morenas, ojos brillantes y de miradas que siguen larga y perezosamente al visitante. Todos permanecen largas horas silenciosos, sumidos en un estupor profundo. Estos soldados son los que más interés suscitan entre la concurrencia de curiosos ; aquí, entre ellos, hay uno que hizo prisionero a un oficial alemán y le obligó a llevarle su mochila. La gente le hace repetir varias veces su hazaña ; él, ya cansado, se limita a pronunciar varias palabras y a sonreír con un gesto afable.

El hospital es un bello hotel que ha sido cedido para este fin por un filántropo. Una escalinata de piedra conduce a la puerta principal. Colgada de la puerta hay una pizarrita en que está escrita con tiza blanca la comida del día. A la entrada,



a un lado y a otro, se abren dos anchas estancias ; son los comedores. Fuera de las horas de comer, se pone sobre las mesas recado de escribir, y los soldados van redactando su correspondencia. En el pasillo central de la casa — con piso de encerada madera — vemos una mesa cargada de libros populares y revistas ilustradas. Revistas y libros han sido traídos como donativos para los heridos. Arriba, en el piso principal, todas las habitaciones han sido ocupadas con blancas camitas. En ellas reposan estos muchachos que vienen de batirse en la frontera. Las ventanas están abiertas de par en par ; por ellas entra el aire fresco y puro ; el paisaje verde y suave se ofrece a la vista. A lo lejos, los Pirineos por un lado, el mar por otro.

Circulan, van, vienen, afanosas y solícitas, por los pasillos y por las salas, unas señoras con delantales blancos y una escarapelita con los colores nacionales. Son las señoras más distinguidas de la población, que se han constituido en enfermeras. Los enfermos, en sus camas, leen, fuman sus cigarrillos, conversan entre sí o con los visitantes. Hay en toda la casa un grato ambiente de intimidad y de familiaridad. ¿ No hemos hablado antes de una mesa cargada de libros que

está abajo en la entrada? Decidme, contestadme : ¿se hubiera ocurrido en España llevar libros y revistas como donativos para los enfermos? No está en el ambiente ; no es lógico. Necesitamos antes, mucho antes, escuelas, muchas escuelas. Casi todos los soldados tienen junto a sí, en la mesita de noche, entre las ropas de la cama, un libro o una revista. Algunos están leyendo con tal atención, que apenas levantan un segundo la vista del libro cuando entra un visitante.

Nos detenemos en una salita en que hay tres heridos. Uno de ellos tiene la pierna entrapada ; le pasó sobre ella la rueda de un camión. Otro sufre la fractura de un brazo. Al tercero le acaban de extraer una bala de un muslo. «Mírela usted», me dice el médico. Y desenvuelve de un papel un pedazo de hierro redondo y negro y nos lo entrega para que lo examinemos. Hemos sopesado en la mano una bala alemana.

—¿Dónde le hirieron a usted?

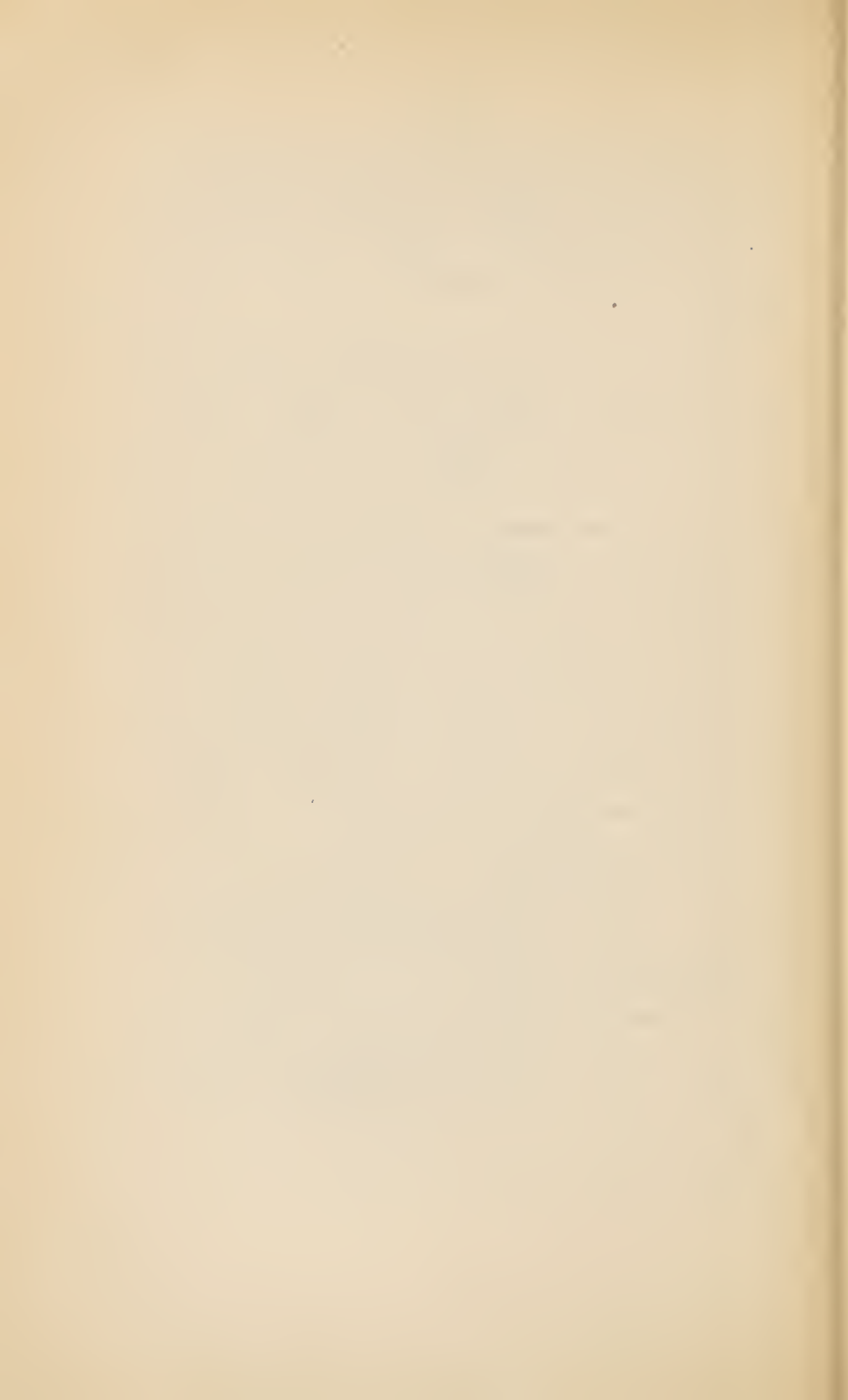
—En Charleroi... Yo iba avanzando y disparando... Enfrente, en una altura, estaban los alemanes... De pronto sentí un peso ligero en una pierna... Nada más...

Para este soldado esta es la síntesis de una batalla. Realmente, lejos de la concepción clásica

de la batalla, lejos de los teatrales cuadros históricos, ésta es también la impresión célebre de Stendhal — tantas veces citado — en su descripción de la batalla de Waterlóo en *La Cartuja de Parma*.

Arriba, en el piso segundo, hay, como en el principal, otros cuartos y otras blandas camas. Y en los *combles*, es decir, en las falsas, en el sobrado, en estos sobrados franceses — tan distintos de los nuestros — que vemos en las estampas galantes del siglo XVIII; en estos sobrados, con su techo de bóveda y sus lucernas, han sido colocadas también camas. Delante de una puerta entornada hay paradas varias personas que hacen ademán de que se calle. «Ha tenido — dice una de ellas en voz baja — 39 grados de fiebre; pero... ya va mejor». Todos callan y miran por la rendija de la puerta.

Los domingos se deja entrar libremente al público, y durante todas las horas entra y sale una muchedumbre del pueblo y de los contornos, que trae paquetes, cigarros, periódicos, flores y que hace al caminar sobre el pavimento de lucientes tablas un sordo y continuado rumor de colmena.



## Un intervencionista en 1870

En 1870 era presidente del Consejo don Juan Prim y ministro de Estado don Manuel Silvela. Duró este ministerio del 18 de Junio de 1869 al 27 de Diciembre de 1870. Se produjo durante la presidencia de Prim la guerra franco-prusiana. España permaneció neutral durante ese conflicto; pero hubo un ministro en el Gabinete español partidario de una decidida intervención. Ya hemos nombrado a ese ministro: don Manuel Silvela. Da interesantes detalles respecto del pensamiento del ministro de Estado sobre el conflicto franco-prusiano su hermano don Francisco. Aludimos a la necrología que, por encargo de la Academia, escribió don Francisco Silvela de su hermano don Manuel. Prim y Silvela eran entusiastas partidarios de Alemania. Hace poco leíamos en la *Revue des Deux Mondes* (del 15 de Junio de 1906) el juicio severísimo, violento, que Emilio Ollivier dedica a Prim; sin compartir la

dureza de la frase del ex-presidente del Consejo de Napoleón III, nosotros no reputamos tampoco a Prim como un estadista — se necesitan muchas cosas para ser un estadista — ni como un gran general. En ese extenso y minucioso estudio de Ollivier encontramos la fórmula de Prim con relación a sus simpatías hacia Francia y hacia Alemania. «Prim — dice uno de sus íntimos, Guerrero, y Ollivier copia sus palabras ; — Prim pone mucho empeño en permanecer en buena inteligencia con Francia ; pero pone diez veces más empeño en ser cordial amigo de Prusia».

Prim y Silvela eran partidarios de Alemania. Los dos habían puesto su decisión en la candidatura de un príncipe alemán para el Trono de España. Pero existía — dice don Francisco Silvela — cierta divergencia entre el presidente del Consejo y el ministro de Estado. «Quería Prim llevar a término la elección de acuerdo o con el asentimiento previo de Napoleón III, y esto lo estimaba Silvela imposible, y descontando por segura la guerra, penetrado de que la deseaba Bismarck de todas suertes, y estaba decidido a emprenderla, aspiraba a comprometerlos en ella, para ser, como él decía al conde de Reus, *accionistas de una segura victoria* y renovar la feliz ju-

gada de Italia con Prusia contra el Austria, aun en el probable caso de algún contratiempo en la línea del Ebro o tal cual descalabro en el Mediterráneo, semejantes a los de Custozza y Lisa». Conocía don Manuel Silvela perfectamente el estado de Francia, cosa que no le sucedía a Prim. Silvela era un hombre de reflexión y de estudio; Prim era un político de teatralidad y de impulsividades. «Más conocedor que Prim del verdadero estado de Francia, juzgaba Silvela como dato seguro la superioridad militar de los prusianos, acreditada en Sadowa, que unida a nuestra acción por la frontera del Sur, haría indudable el rápido vencimiento de la Francia, cierto, como creía estarlo, de la impasibilidad del resto de Europa ante el choque en el Rhin y en los Pirineos». Y añade don Francisco Silvela estas palabras: «Detrás de esa derrota de nuestros vecinos veía desenvolverse la suspendida historia de la España europea, rehacerse nuestros recursos con cuantiosa indemnización de guerra, asegurarse el Imperio colonial y consolidarse la unidad de la Patria mediante el poderoso fundente del buen suceso».

¡Felicísimas palabras ha usado aquí don Francisco Silvela para expresar la idea! ¡Admirable



la frase de *la suspendida historia de la España europea!* El pensamiento de don Manuel Silvela en 1870 era exacto, profundo y de un elevado patriotismo. No quería que España continuara estando, no en Europa, sino al margen de Europa; no quería que España siguiera siendo una aldea de Europa. Había que mezclarse a la vida de Europa, marchar con Europa, intervenir en sus conflictos y colaborar a la resolución de sus grandes problemas. Era preciso continuar *la suspendida historia de la España europea*. ¡Admirable frase — repetimos — ésta en que don Francisco Silvela condensa el pensamiento de su hermano! Frase que viene a resumir y sintetizar nuestros anhelos de ahora, nuestras esperanzas, nuestros ideales, al haber deseado en el actual conflicto una intervención de España que las circunstancias hacen imposible... El general Prim en 1870, no se atrevió a la intervención. «El creía — dice don Francisco Silvela — en la victoria de Francia, en el irresistible empuje de aquellos zuavos que había mirado en Crimea...» Prim tenía de la guerra la idea teatral que tenían los generales franceses de 1870 y que todavía domina entre nosotros. Don Manuel Silvela conocía el estado y el verdadero espíritu del Ejército prusiano. Lo ha-



bían advertido también al Gobierno francés el general Ducrot y el agregado militar en Berlín, Stoiffel. Pero Prim, como los generales franceses y el mismo Luis Napoleón, estaban ilusionados con los efectos teatrales de Italia y de Crimea.

Prim, que era hombre de las resoluciones súbitas, no supo decidirse en esta ocasión. Don Manuel Silvela salió del ministerio. «Cuando el ministro de Estado se vió vencido — escribe su hermano — y dejó poco después, por otras causas aparentes, el ministerio, y la guerra franco-prusiana le dió tan cumplida razón en sus pronósticos y en lo que él estimaba seguros beneficios para su Patria y su nombre, sintió en sí lo que se siente cuando una idea, una afección, una gloria que se tenían por ciertas y seguras se desvanecen, algo como la muerte de lo máspreciado de nuestro ser ; y desde entonces, aunque todavía tuvo ocasión de mostrar su personalidad y ejercitar sus facultades en bien de su país, fué otro hombre». Y agrega su ilustre hermano : «Malo-grada la más grande ocasión de fortuna que por algún tiempo había soñado, y cada día más seguro de su acierto, muchas veces le oí lamentar con honda tristeza su desgracia y miraba como indi-

ferente y mezquino cuanto podía hacer en el resto de su vida». ¡Noble, delicadísima melancolía la de este hombre tan noble y delicado! La melancolía profunda de quien, compenetrado con su patria, ha estado a punto de incorporar España al movimiento de Europa y ha visto perderse y alejarse la ocasión.

Durante todo el resto de su vida guardó don Manuel Silvela absoluta reserva sobre su pensamiento intervencionista de 1870. «Guardó rigurosamente su secreto», dice su hermano. No quería concitar los odios de Francia contra nosotros; él mismo se prestó a ser más tarde embajador en París. «Y doce años después — escribe don Francisco, — en un juicio crítico de la Restauración, aconsejaba la política de neutralidad y de absoluta reserva, y, recordando siempre en su interior aquella ocasión única malograda, escribía con sencilla amargura que *España debería decir por mucho tiempo lo que el jugador de tresillo a quien la suerte no le depara estuches: paso*».

La marcha de las naciones nos ha deparado de nuevo, en 1914, ocasión de incorporarnos al movimiento de Europa. Hemos podido otra vez, en 1914, reanudar la *suspendida historia de la España europea* — según la bella frase de don Fran-

cisco Silvela. — Si en 1870, en el pensar del entonces ministro de Estado, consistía el acierto en intervenir en favor de Prusia, en 1914 el acierto hubiera estribado en ayudar a Francia. Con Francia tenemos comunidad de ambiente, de civilización, de ideales que no tenemos con ningún otro pueblo europeo.



## Pinturas viejas

### I

De cuando en cuando, leyendo un autor clásico, el lector encuentra un retrato moral o etopeya de pueblos y naciones por los que hemos viajado o a los que, a través de los libros, hemos prestado nuestra atención. Nada más curioso entonces que comparar la realidad que nos presenta nuestro autor, realidad observada hace dos o tres siglos, con la realidad actual. Cervantes, Saavedra Fajardo, Gracián, nos hablan de Inglaterra, de Francia, de Alemania. ¿Cómo vieron los ingleses, franceses y alemanes estos españoles excepcionales? Recordamos que Garcilaso, en su Epístola a Boscan — en que relata un viaje por el Mediodía de Francia, — dice que en la tierra Francesa no ha hallado «sino mentiras, vinos acedos, camareras feas, varletes codiciosos, malas postas, gran paga, poco argen, largo camino». (Garcilaso no se para

en los galicismos ; tomen nota los puristas de hogaño ; de *valet*, como en el francés antiguo se decía *valet*, hace *varlete*, y el *argent* lo deja casi en lo mismo. ¡ Funesto ejemplo, querido poeta ! Y en cuanto a la realidad de la observación, sí, pudieran entonces ser feas las camareras de Francia ; pero hoy, generalmente, son asaz lindas. Y respecto a los vinos acedos, lo que sacamos en limpio es que a Garcilaso no le gustaba el burdeos. Sigamos, sigamos...)

Saavedra Fajardo ha sido de todos los españoles del siglo XVII el más europeo. Gracián tenía una ávida curiosidad intelectual, pero no se movió de su biblioteca ; todo su comercio fué con los libros. Saavedra Fajardo, en cambio, viajó mucho y trató a la gente más conspicua y selecta de su tiempo. Sus *Empresas políticas* las compuso durante sus viajes por Alemania : « en la trabajosa ociosidad de mis continuos viajes por Alemania y por otras provincias..., escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino. » Treinta y cuatro años estuvo Saavedra fuera de España : « siempre ocupado en los negocios públicos ; habiendo asistido en Roma a dos conclaves ; en Ratisbona, a un Convento electoral, en que fué elegido Rey de romanos el

presente Emperador ; en los cantones esguizaros, a ocho Dietas, y, últimamente, en Ratisbona, a la Dieta general del Imperio, siendo plenipotenciario de la Serenísima Casa y Círculo de Borgoña». No se le podrá tachar a Saavedra Fajardo de falta de comunicación con el mundo — achaque corriente en nuestros políticos, defecto capital de nuestros políticos. — Saavedra es un viajero infatigable, y su inteligencia está siempre alerta, siempre vigilante, siempre deseosa de conocer y de aprender ; él mismo se plañe de la poca curiosidad que tienen los españoles, y deplora que siendo España, por su situación geográfica, a propósito para desde ella partir fácilmente hacia todas las partes del mundo, permanezcan los españoles metidos en casa, retraídos de la vida universal, cerrados a todo trato con las naciones.

Las *Empresas políticas* son una enciclopedia de ciencia política y de observación psicológica. Todavía no ha sido estudiado este libro capital de nuestra clásica literatura. Todavía no se sabe lo que hay aquí. Y aquí lo hay todo : una tendencia pragmatista — como decimos ahora, — vitalista, de autoridad y de tradición, mezclada a un impulso de novedad, de espíritu revolucionario, intelectualista. Es curioso ir observando los

matices, las gradaciones, los distingos, los incisos intencionados que, a lo largo de estas páginas, surgen al choque continuado del hombre de gobierno que tiene la vista fija en la realidad del presente y el viajero cosmopolita enamorado de las innovaciones y novedades. Sobre este punto precisamente de las «novedades» se pueden leer cosas interesantes en las *Empresas*, y, en el fondo, la obra de Saavedra no es más que un debate entre la *novedad* y la *antigüedad*; es decir, entre la tradición y la innovación... Pero nos alejamos de nuestro propósito; no es este el momento de disertar sobre las ideas de Saavedra Fajardo. Volvamos a nuestro primitivo designio. ¿Cómo pinta Saavedra a los franceses, a los ingleses y a los alemanes?

Viéndolo podremos comparar lo que subsiste del antiguo retrato en la imagen que actualmente nos formamos de dichos pueblos. Aparte de que en ciertos detalles, Saavedra puede haber observado mal, y su etopeya, exacta generalmente en 1640, no podría serlo entonces respecto a esos pormenores. ¿Es exacto acaso todo lo que Taine nos cuenta de los ingleses en sus *Notas sobre Inglaterra*? Pero, en fin, Saavedra, como Taine, es un hombre de observación minuciosa y aguda;



Saavedra, por la índole de sus elevados cargos en las Cortes europeas, ha podido observar. Es de suponer, por lo tanto, que sus retratos son, salvo detalles secundarios, conformes a la realidad de 1640. ¿Cuál era esa realidad? Vamos a verla. Pero puesto que nos queda bastante por escribir, mejor será dejarlo para el próximo artículo. No queremos, sin embargo, dejar terminado éste sin hacer algunas consideraciones de cierto interés. Saavedra no juzga al hombre separado de la tierra; para él influye en el hombre el medio. Ya en el siglo XVII, con cierto determinismo — reminiscencia de Hipócrates, — alumbra en algunos de nuestros autores clásicos. Gracián, por ejemplo, nos dice en una de las máximas de su *Oráculo manual* que «participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace». Y Saavedra, aun reconociendo la parte de uniformidad que el cosmopolitismo y el incesante intercambio pueden poner en los pueblos, confiesa que «siempre quedan en las naciones unas inclinaciones y calidades particulares a cada una que, aun en los forasteros, se habitan largo tiempo, se imprimen». Calidades determinadas por diversas y heterogéneas influencias, entre ellas «esos movimientos de las

esferas que apartan de los polos y del zodíaco del primer móvil las imágenes celestes». «¿Qué fuerza secreta sobre las cosas, aunque no sobre los ánimos, se oculta en esas causas segundas de los orbes celestes?», pregunta en otra parte. Y nótese aquí la distinción prudente entre las *cosas* y los *ánimos*. Taine, en el siglo XIX, no podía hacer esa distinción; su determinismo era integral. Saavedra Fajardo, en 1640, es un determinista, sí; pero como no podía menos de serlo: con ciertas prudentes y cautas reservas.

## II

Expongamos los retratos que Saavedra Fajardo hace, en sus *Empresas políticas*, de alemanes, franceses e ingleses. Indicaremos de nuevo que el libro de Saavedra lleva su dedicatoria fechada en 1640. «En Alemania — dice Saavedra Fajardo — la variedad de religiones, las guerras civiles, las naciones que militan en ella, han corrompido la candidez de sus ánimos y su ingenuidad antigua; y como las materias más delicadas si se corrompen quedan más dañadas, así donde ha tocado la malicia extranjera ha dejado más sospe-

chosos los ánimos y más pervertido el buen trato». Algo obscuro esto último que Saavedra nos dice ; pero, en fin, el pensamiento general es el de que los alemanes, corrompidos en sus costumbres, no tienen ni la candidez ni la ingenuidad de otros tiempos. «Falta en algunos la fe pública...» (¡ Bélgica, Bélgica ! ) «Falta en algunos la fe pública ; las injurias y los beneficios se escriben en cera, y lo que se les promete es bronce». Ahora, otra frase de actualidad : «El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos, y ni aman, ni se compadecen». El autor habla de lo lamentable que es comparar esta Alemania de ahora — siglo XVII — a la Alemania de antaño. Sin embargo, muchos de sus naturales han conservado las buenas costumbres de los abuelos. Y aun estando como está Alemania, «no le podemos negar que generalmente son más poderosas en ella las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes». Fina y exacta observación. «Todas las artes se ejercitan con gran primor. La nobleza se conserva con mucha atención ; de que puede gloriarse entre todas las naciones. La obediencia en la guerra y la tolerancia es grande, y los corazones animosos y fuertes. Hase perdido el respeto al Imperio, habiendo éste, pródigo de sí mis-

mo, repartido su grandéza entre los príncipes y disimulado la usurpación de muchas provincias y la demasiada libertad de las ciudades libres : causa de sus mismas inquietudes, por la desunión de este cuerpo poderoso». Desunión que no se había de remediar sino hasta el siglo XIX, gracias primero a Napoleón y luego a la guerra de 1870.

Hasta aquí lo que nos dice Saavedra de Alemania en la empresa LXXXI. Más adelante, en la LXXXV, nos ofrece otra página sobre el mismo asunto. Los alemanes — según nuestro autor — «son tardos en obrar y perezosos en ejecutar ; tienen por consejero al tiempo presente, sin atender al pasado y al futuro». La perseverancia, la meticulosidad y la escrupulosidad de los alemanes eran ya una realidad en tiempo de Saavedra. «Siempre los halla nuevos el suceso ; de donde ha nacido el haber adelantado poco sus cosas, con ser una nación que, por su valor, por su inclinación a las armas y por el número de gente, pudiera extender mucho sus dominios». Parece que ha sido escuchada la observación del autor de las *Empresas*. «A esta misma causa se puede atribuir la prolijidad de las guerras civiles que hoy padece el Imperio, las cuales se hubieran ya extinguido con la resolución y la celeridad ; pero

por consejos flojos, tenidos por prudentes, hemos visto deshechos sobre el Reno grandes Ejércitos sin obrar, habiendo podido penetrar por Francia y reducirla a la paz universal». La Historia ha confirmado en 1870 la profunda observación de Saavedra. Ahora, una pausa dedicada a triquiñuelas de lenguaje. Este Reno de que nos habla Saavedra Fajardo, ¿no es el Rhin? Pues ¿por qué no le llaman al Rhin el Reno los que se muestran partidarios de castellanizar los nombres extranjeros? Hay que proceder con lógica. ¿Castellanizamos los nombres geográficos y topográficos extranjeros? ¡Pues a castellanizarlos todos! Mor de Fuentes, cuando estaba en París, hablaba de la Plaza de Vandoma y del Paseo de los Tejares (las Tullerías). Feijóo, para nombrar el Louvre de París, dice el Lobero. El mismo Feijóo habla en cierta ocasión de Miguel de Montaña (Montaigne). Esto es proceder con lógica. Sólo que es difícil llevar la lógica a sus últimos extremos. Siempre habrá de quedar algo al arbitrio personal. Y, en último resultado, siendo esto así, todo vendrá a reducirse a que en este asunto, como en los demás de la vida, el buen gusto, la oportunidad, la discreción, son las que nos indican cómo hemos de proceder. Además, de castellani-

zar todos los nombres, es posible que cada cual castellanizara a su manera. ¿De qué modo, por ejemplo, hemos de llamar a los habitantes de Suecia? Suecos los llamamos, sí; pero Saavedra dice sueceses. ¿Quién llama hoy esguizaros a los suizos, como se hacía hace dos siglos? En resumen, que cada cual haga lo que quiera, lo que pueda o lo que sepa. Harto es el trabajo del periodista que, cuando el número va a cerrarse, tiene que andar descifrando precipitadamente un telegrama. No son esos momentos a propósito para ir cogiendo con pinzas las palabras.

Sigamos con los retratos de Saavedra. Le toca ahora el turno a los franceses. «Los franceses son corteses, afables y belicosos. Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan». Al presente, los franceses han modificado bastante este temperamente suyo. Gracias a un gran general, paciente y reflexivo, sus Ejércitos se han acomodado a un nuevo sistema, distinto del teatral y efectista de antaño. «Ni saben contenerse en su país, ni mantenerse en el ajeno: impacientes y ligeros». Su viveza y la libertad de sus acciones — añade Saavedra — no puede conformarse con el sosiego de otros pueblos. Recordemos la definición — ya otra vez indicada —



que da de Francia un príncipe que figura en la novela de Jules Lemaitre, *Los Reyes*. Se trata de un príncipe liberal y mundano. «Me gusta Francia — dice — porque es el país donde pasan las cosas cien años antes que en los demás países». Saavedra añade, hablando de los franceses : «Florecen entre ellos todas las ciencias y las artes». En otra de las empresas, en la citada LXXXV, nuestro autor dice también : «Los franceses, impacientes, ni miran al tiempo pasado ni reparan en el presente ; y suelen, con el ardor de sus ánimos, exceder en lo atrevido y apresurado de sus resoluciones ; pero muchas veces esto mismo les hace felices, porque no dan en lo tibio y alcanzan a la velocidad de los casos».

El retrato de los ingleses lo pinta Saavedra en seis líneas. Vale la pena de que las demos íntegras. Dicen así : «Los ingleses son graves y severos. Satisfechos de sí mismos, se arrojan gloriosamente a la muerte, aunque tal vez suele moverlos más un ímpetu feroz y resuelto que la elección. En el mar son valientes, y también en la tierra cuando el largo uso los ha hecho a las armas».

Nos quedan todavía algunas interesantes pinturas, que pasamos a exponer.

### III

Dos palabras de resumen sobre lo que Saavedra Fajardo dice de alemanes, franceses e ingleses y hemos transcrito arriba. Primeramente, el retrato que nuestro autor hace de los naturales de Inglaterra es irreprochable ; no hay nada en la tal etopeya que pueda ser considerado como ofensivo por la gente británica. En segundo lugar, cuantos reproches se hacen a los franceses son de cosas superficiales. Son—dice Saavedra—prestos en encenderse y en apaciguarse ; pecan de impaciencia ; desdeñan un poco las lecciones del pasado ; a veces en su trato son un tanto engorrosos, etc., etc. ¿Toca todo esto a la esencia del carácter humano, civilizado, de todo hombre digno de vivir en sociedad? De ningún modo ; achaques son estos que no pasan de ser simples molestias sociales. Pero en el retrato que Saavedra hace de los alemanes hay cosa más seria. Por unas u otras causas, nuestro autor nota que en la nación alemana han desaparecido la candidez y la ingenuidad antiguas, que falta la fe pública y que los ánimos se han encrudecido de tal modo, que los naturales



de dicho país ni aman ni se compadecen. Ni *aman ni se compadecen*: la frase es terminante. Mas Saavedra ha residido largo tiempo en Alemania ; tiene allí seguramente numerosos y queridos amigos ; sobre todo esto, su posición social, los cargos oficiales que ha desempeñado, le obligan, si no a celar la verdad, a presentarla de tal modo, que no pueda ser causa de incidentes desagradables y de complicaciones. De ahí que en el presente caso emplee un recurso muy conocido en las asambleas parlamentarias... por lo menos en la nuestra. Consiste el artificio en neutralizar lo amargo que se ha dicho o que se va a decir con otra porción de palabras dulces y cortes. De este modo la cruda verdad queda expuesta y la persona a quien ha sido dicha, si puede quejarse, no lo ha de hacer con aquel ímpetu, brusquedad y ardor que de otro modo lo haría. Saavedra Fajardo, hombre de mundo, habilísimo diplomático, conoce el recurso citado tan perfectamente como nuestros parlamentarios de ahora. A raíz de decir lo que queda copiado referente a los alemanes (pérfidos, desleales, crueles, etcétera), nuestro autor añade que, a pesar de todo, «en muchos no ha podido el ejemplo más que la naturaleza y conservan la candidez y gene-

roso trato de los antepasados». Luego Saavedra añade otros elogios, relativos a la pristina conservación de la nobleza, etc., etc. ; pero lo dicho arriba, lo dicho primeramente, consignado queda. El lector avisado y discreto, hará lo que guste. Y en cuanto a los reproches que Saavedra señala en la etopeya alemana, bien puede decirse que no es cosa liviana, superficial y de la periferia del carácter.

Ahora, puesta la vista en los horrores de la actual guerra, va a ver el lector una pintura que hace Saavedra Fajardo de las tremendas atrocidades realizadas «en las presentes de Alemania, Borgoña y Lorena». Nos hallamos en el siglo XVII. La lengua castellana pocas veces habrá sido más expresiva. Damos el relato íntegro y seguido, sin interrupción de comentarios que desluzcan el efecto total. Perdónesenos la extensión de la cita ; pero ya se irá viendo que este fragmento, tan soberbiamente escrito, valía la pena de ser reproducido sin quitar ni una tilde. Dice Saavedra :

«¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia que no los hayamos visto en otra, no ya contra los bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas, y no contra enemigas, sino contra sí

mismas, turbado el orden natural del parentesco y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. *A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama.* Breve espacio de tiempo vió en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fué la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y

despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros ; y para que descubriesen las riquezas escondidas los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en los hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas para que obrase el amor maternal en el dolor ajeno de aquellas partes de sus entrañas lo que no podía el propio. En las selvas y bosques donde tienen refugio las fieras no lo tenían los hombres, porque con perros ventores los buscaban en ellas y los sacaban por el rostro. Los lagos no estaban seguros por la codicia ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la codicia murieron muchos millones de personas...»

Tal escribe Saavedra Fajardo. Su pintura es del siglo xvii. No ha adelantado la humanidad, en cuanto a la guerra, largo camino. Al lado de esta página pueden ponerse las que en la *Revista de Ambos Mundos* ha publicado Pedro Nothomb.

Sería cosa de que la Prensa amiga de Francia las divulgara.

#### IV

Nuestro artículo anterior ha sido diversa y abundantemente comentado. Lo han aprobado periódicos de la izquierda, como *El País*, *España Nueva*, *el Radical*. Lo han combatido órganos de la derecha, como *El Debate*. Nuestra gratitud a los primeros; nuestra respetuosa consideración a los segundos, porque consideración respetuosa merece el adversario que combate leal y cortésmente. Los comentarios de la Prensa de la derecha nos obligan a insistir sobre el tema. Habiendo merecido las aprobaciones de amigos y compañeros, no creeríamos proceder bien si, atacados por los adversarios, dejáramos tales impugnaciones sin réplica. «Le hemos alentado a usted con nuestro aplauso — tendrían derecho a decirnos los compañeros que han aprobado; — le hemos prestado a usted en su campaña nuestro concurso; hemos hecho nuestras sus alegaciones y críticas. Ahora vemos impugnadas las afirmaciones de usted. ¿Qué contesta usted a eso? No

puede usted dejarnos a nosotros en una situación desairada ; debe usted replicar a sus contradictores». Si tal es el razonamiento que los aprobadores de nuestro artículo pueden hacer, desde luego razonan honrándonos en extremo con tal argumentación. Experiencia y saber tienen los queridos compañeros para contestar por sí mismos a cuantas impugnaciones puedan hacérseles, en sus propias ideas o en las ideas — como en el caso actual — adoptadas y patrocinadas de fuera. Pero, en fin, nosotros estamos dispuestos, con mucho gusto, a exponer nuestra réplica. Y lo haremos en forma impersonal y cortés, correspondiendo de este modo a la cortesía y lealtad de periódicos tan estimados como *El Debate*. No nombraríamos a este colega, ni nos dirigiríamos a él, si en su impugnación se nos hubiera achacado cosas que no hemos dicho, o si, usando de procedimientos polémicos que no nos placen, se hubiera tratado de alucinar al lector llevando la cuestión a un terreno que no es aquel en que nosotros la situábamos.

Hagamos, pues, una breve, escueta y precisa recapitulación y ratificación de lo expuesto anteriormente. Dos cuestiones esenciales hay en nuestro artículo y en el problema de Saavedra Fajar-



do tal como nosotros lo hemos presentado y como volvemos a presentarlo.

*Primera cuestión:* juicio de Saavedra Fajardo sobre franceses y alemanes. *Segunda cuestión:* relato que Saavedra Fajardo hace de las atrocidades cometidas por los alemanes en la guerra. A estos dos puntos hemos reducido nuestro artículo anterior; a estos dos puntos reducimos nuestra argumentación ahora. No nos interesa lo demás. No queremos prestarnos al conocido juego polémico de que se distraiga la atención del auditorio o del lector, *que debe recaer precisamente sobre estos extremos*, para llevarla a otras derivaciones, o complicaciones, o invenciones que no nos importan. No hemos dicho que Saavedra Fajardo fuera francófilo. No hay nadie que pueda haberlo leído en un artículo nuestro. No nos interesa el que se le llame a Saavedra Fajardo francófilo o germanófilo. No, no y no. Lo que nos interesa, lo que nos importa, lo que hemos dicho y repetimos, es lo que vamos a volver a decir en los dos apartados siguientes:

PRIMERA CUESTIÓN.—*Cuestión del retrato y juicio de franceses y alemanes.* Saavedra Fajardo, en dos de sus *Empresas* (la LXXXI y la LXXXV) hace la etopeya de varios de los mo-

radores de Europa ; entre los distintos naturales que pinta Saavedra están los alemanes y los franceses. Decíamos nosotros que si se hace el balance de lo que Saavedra escribe de franceses y alemanes, se verá que, en tanto que lo que dice de los franceses es cosa que atañe a la periferia del carácter, a cosas superficiales, a molestias y engorros del trato, lo que dice de los alemanes es cosa más honda, se refiere más a la entraña del hombre civilizado. ¿No es esto lo que decíamos? ¿Estamos de acuerdo en que este era y es nuestro tema? ¡Pues a discutir esto! Todo lo demás, ni lo hemos dicho ni nos interesa. No, no y no.

Cosas que Saavedra Fajardo dice de los franceses. Damos preferencia ahora, como antes, a los reproches y no a los elogios, con el fin de establecer luego la comparación con los reproches que Saavedra hace a los alemanes. Los franceses son ligeros en enardecerse y fáciles en apaciguarse. «Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno, impacientos y ligeros. A los ojos son amables ; al trato, insufribles». *Al trato, insufribles* ; marquémolos bien. Este es el mayor reproche que Saavedra hace a los franceses. Ya no dirá cosa de más bulto. Al trato, insufribles. ¿Qué entenderemos por tales palabras? ¿Serán



los franceses aparatosos, presuntuosos, afectados? Frecuentemente, hablando de un hombre así, solemos decir: *Es un hombre insufrible*. Pero — ¡atención! — ¿emplearemos este dictado cuando el defecto de tal hombre radica más hondo? ¿Nos contentamos con llamar *insufrible* a un hombre tiránico, violento y cruel? No; aparte de que ya lo está diciendo el mismo Saavedra clara y terminantemente: *al trato, insufribles*. Es, pues, una cuestión de *trato*, de relaciones, de vida diaria, de formas, de maneras. Por sus engorros, triquiñuelas y afectaciones, un hombre puede ser insufrible. Pero ese hombre, que de tal modo se produce en su trato, puede ser un hombre que no sea violento, cruel y desleal. ¿Queda este punto suficientemente discutido? Pues los dos retratos que Saavedra hace de los franceses, en las dos *Empresas* citadas, se reducen a esto en su parte adversa.

Pasemos a los alemanes. En el retrato de los alemanes, Saavedra pone dos tintas: una, sombría, y otra, clara. Cuestión esencial, cuestión delicada: la parte sombría del retrato, ¿tiene más importancia psicológica que la parte clara? El lector juzgará. Dice así la primera parte del retrato: «En Alemania, la variedad de religio-

nes, las guerras civiles, las naciones que militan en ella, han corrompido la candidez de sus ánimos y su ingenuidad antigua; y como las materias más delicadas si se corrompen quedan más dañadas, así donde ha tocado la malicia extranjera ha dejado más sospechosos los ánimos y más pervertido el buen trato. Falta en algunos la fe pública: las injurias y los beneficios se escriben en cera, y lo que se les promete, en bronce». ¿Qué le va pareciendo al lector? Sigamos: «El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos, y ni aman ni se compadecen». *Ni aman ni se compadecen*, frase que nosotros hacíamos resaltar. ¿No es esto más grave, mucho más grave que el ser *insufrible en el trato*? Continuemos: «No sin lágrimas se puede hacer paralelo entre lo que fué esta ilustre y heroica nación y lo que es, destruída no menos con los vicios que con las armas de las otras». *No sin lágrimas*. ¿Tan lamentable y horrendo es el espectáculo? *Destruídos no menos con los vicios que con las armas de las otras*. ¿No será esto más importante que lo de ser en el trato insufrible?

Y ahora entra la parte suave, que nosotros copiábamos también, y copiábamos — recuérdese —

subrayando ei *muchos* que va a ver el lector. Nos gusta proceder con entera lealtad. Dice Saavedra : «Si bien en muchos no ha podido más el ejemplo que la naturaleza, y conservan la candidez y generoso trato de sus antepasados, cuyos estilos antiguos muestran en nuestro tiempo su bondad y nobleza». Pausa. Antes Saavedra ha hablado refiriéndose a todos ; lo de los ánimos encrudecidos y lo de la falta de amor y de piedad *va con todos*. ¿Estamos de acuerdo? Ahora, estova con *muchos*. Bien ; pero lo general es lo otro. Añade Saavedra : «Pero aunque está así Alemania, no le podemos negar que generalmente son más poderosas en ella las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes». ¡ Ah, querido diplomático, valiente consuelo le dais a Alemania ! *En otras partes las buenas leyes...* ¿ En qué partes ? ¿ En cualquier país ? Como si dijéramos : España es un país de malos políticos ; pero estando como está España, todavía está mejor que otros países. Pues ¡ no nos consuela ese consuelo ! ¡ Ah, ladino y sutil diplomático !

Siguen en el elogio de Saavedra otras palabras dedicadas a las artes, análogas a las que hay en el retrato de Francia. Hay también una loanza

relativa a la conservación de la nobleza ; más aquí se trata de nobleza en sentido de alcurnia y pergaminos, cosa que no quita ni pone a nuestra argumentación. Y esto es todo, en substancia. ¿Qué impresión le produce al lector este retrato? ¿No hay cosas que afectan más hondamente que en la pintura de los franceses? Las hay, y ese era nuestro argumento. Ni más ni menos. Y no olvidemos que si aquí Saavedra ha puesto tintas gratas al lado de colores hórridos, también en el retrato de los franceses, antes de decir lo de al *trato*, *insufribles*, había escrito como comienzo de la pintura : «Los franceses son cortesés, afables y belicosos».

SEGUNDA CUESTIÓN.—*Cuestiones de las atrocidades alemanas*. Hemos copiado exactamente lo que refiere Saavedra Fajardo. Saavedra habla como hombre que cuenta lo que ha visto. Saavedra pasó treinta y cuatro años en el extranjero ; de éstos, la mayor parte en Alemania. La dedicatoria de su libro va fechada en Viena. No nos importa ni para qué cuenta los hechos que relata, ni si es amigo o enemigo de Francia o de Alemania. Volvemos a decir que no hemos hablado de tal cosa. Lo que queremos hacer constar es lo siguiente : ¿Cuenta esos hechos Saavedra? Sí.

¿Han sido realizados esos hechos? Nosotros, ateniéndonos al prestigio y a la autoridad de Saavedra y a lo que por otra parte nos dice la historia, contestamos : Sí.

Y nada más. Gracias de nuevo a amigos y a adversarios. A unos, por sus aprobaciones ; a otros, por su cortesía en la impugnación.

## V

Si interesante puede ser lo que un extranjero haga y diga en España, no lo será menos lo que hagan y digan los extranjeros que los españoles imaginen en el terreno literario. ¿Qué nos dice Gautier? Y ¿qué nos dirá tal francés que cree un gran autor español? Los escritores clásicos españoles han sabido crear tipos de franceses, ingleses, alemanes. A veces, son cuatro líneas ; a veces, una larga pintura. Lope de Vega hace el retrato de unos alemanes en su libro *El peregrino en su patria*. De esta obra a *La Dorotea* hay una gran distancia ; *La Dorotea* — de que tanto gustaba Pi y Margall — está escrita en estilo claro, preciso, nervioso ; una gran afinidad se nos antoja que existe entre esta obra dialogada

de Lope y el teatro de Beaumarchais ; nos referimos a *El barbero de Sevilla* y *El casamiento de Fígaro*. El mismo brío en el libro de Lope y en las obras de Beaumarchais ; la misma nerviosidad, la misma rapidez. Y lo que se diga de la afinidad espiritual del teatro de Beaumarchais con *La Dorotea* puede decirse con relación a todo el teatro clásico español ; pero la analogía con la obra citada de Lope es más perfecta, por la mayor exactitud que campea en ese libro, por su mayor realismo, por su mayor observación. Pero... los alemanes nos esperan ; dejemos esto.

El peregrino camina a la ventura por España. Los paisajes que va contemplando son paisajes fantásticos, barrocos ; algo así como la descripción que Bartolomé Lupercio de Argensola hace de Aranjuez. En su caminar, el peregrino se encuentra con «dos mancebos con sus bordones y esclavinas, cuyos blancos rostros, rubios y largos cabellos, mostraban ser flamencos o alemanes». Luego veremos que estos dos mozos son decididamente alemanes. Los tres viajeros, después de cambiar los naturales saludos, comienzan a marchar juntos. Llegan a una fuente y se disponen a descansar. Aquí la descripción del lugar ; vale la pena de copiarla. «Llegaron a una



fuelle que de unos jaspes se descolgaba a un valle, haciendo, de piedra en piedra, la armonía que pudiera la más diestra mano en un sonoro instrumento; y convidados del son del agua, se sentaron sobre unos juncos, que al discurso de su arroyo servían de guarnición y orlas. Las aves, por los tiernos cogollos de aquellos algarrobos y enebros, trinaban en los redobles de los quebrados cristales...» El autor añade: «Uno de los alemanes, que mostraba un gallardo natural, adornado de buenas letras, comenzó a discurrir en los amores de Filomena». El español replica con la propia erudición y el propio conceptismo del alemán. La erudita réplica del español alegra al alemán. «Alegróse el alemán de que en el español hubiese capacidad para tratar con él más que humildes cosas». (¿Qué se figuraba ese alemán?) La plática sigue discreta y culta; la confianza gana a los conversadores.

¿A qué han venido a España estos rubios y blancos tudescos? El español lo pregunta, y uno de los alemanes replica: «Ésta aquella nuestra mísera e infelícísima tierra tan infestada de errores, que el demonio y sus ministros han sembrado en ella, que para salir del peligro que podía correr mi salvación — como el que huye del lugar

inficionado — elegí la católica España por asilo, donde, habiendo estado algunos años — bien lo conocerás en mi lengua, — no quise salir de ella sin visitar las estaciones que tiene, dignas de maravillosa veneración». Santiago de Compostela es uno de estos parajes de devoción especial y fervorosa. Los alemanes desean visitarlo. Alemanes y español discurren sobre la acendrada piedad de los naturales de España. El tudesco que ha hablado antes se complace en reconocer esta cualidad de los españoles. «Así lo entiendo — dijo el alemán, — y verdaderamente que los que en nuestra patria nos preciamos de católicos envidiamos la bondad y fortaleza de vuestros príncipes, y esta santa y venerable Inquisición, instituída por aquellos esclarecidos, felicísimos y eternamente venerables Reyes...» Una breve pausa para hacer resaltar más la frase que sigue. «Con que, enfrenada la libertad de la conciencia, vivís quietos, humildes y pacíficos al yugo de la romana Iglesia». La frase *la libertad de la conciencia* es la que deseábamos hacer notar. Se cree generalmente que esta frase, tan moderna, tan cargada de sentido en los tiempos modernos, aparece por primera vez en el *Quijote*. No ; la segunda parte de la obra de Cervantes (que es donde figura la



frase ; capítulo LIV) se publicó en 1615, en tanto que la dedicatoria de *El peregrino en su patria* lleva la fecha de 1603. Pero si Lope ha empleado antes que Cervantes la frase, en Cervantes la frase tiene un sentido más moderno. *Libertad de conciencia*, y no *de la conciencia*, decimos ahora, y *libertad de conciencia* escribe Cervantes. Evidentemente, la frase no es de Lope ni de Cervantes ; estaba en el ambiente ; la impusieron Alemania y Flandes ; respondía a una necesidad, y la emplearon Lope, Cervantes, como la emplearían millares de ciudadanos en las conversaciones diarias.

El alemán de Lope sigue ensalzando la Inquisición española y deplorando el que Carlos V no hubiera podido implantarla en Alemania. «Si hubiera podido — dice — aquel divino y glorioso príncipe Carlos V sosegar aquellos tumultos en el tiempo que se disputaron los errores de Lutero, con tanta eficacia de su parte, introduciendo en la Germania este freno santísimo de España, aquí donde me ves caminara con otro regalo y acompañamiento». El español, abundando en las ideas de su compañero de viaje, hace observar que, gracias a este instituto de la Inquisición, se halla España pacífica. Con la Inquisición, «de nin-

guna manera los ignorantes disputan ni porfían». «Dos cosas — añade el español — que, entre los que lo son, engendran notables monstruos». Enthusiasmado el alemán abraza al español. «Levántate — dijo abrazándole el alemán al español, — que sólo en camino que con tanta devoción he hecho pudiera haber hallado hombre de tu elocución e ingenio».

Todos se levantan y, dejando la amena fuente «que de unos jaspes se descolgaba a un valle», prosiguen su camino.

## Un juicio sobre Alemania

La revista *Bética* publica en su último número un trabajo que ha sido diversamente comentado. Se trata de demostrar en ese artículo la contradicción en que incurren algunos escritores que, habiéndose mostrado hasta hace poco entusiastas partidarios de Alemania, vuelven ahora sus armas contra esa nación. Cada cual se excusará o no se excusará, se defenderá o no se defenderá de los reproches que se le hacen. No nos toca a nosotros entremeternos en negocios que no nos atañen ; plumas diestras y claros entendimientos tienen los queridos compañeros nuestros de quienes se trata. Pero en el artículo aludido se habla también de nuestra persona, y eso — convenirá en ello el lector — sí que nos atañe directamente. Ante todo, las gracias al autor del artículo por la cortesía y benevolencia con que nos trata. Luego, señalemos el hecho de que el articulista no señala contradicciones entre nuestra

conducta de ahora y la de antes. Nos reprocha el haber andado rebuscando textos clásicos en defensa de nuestra tesis anglo-francesa. ¿Y qué tiene de particular tal cosa? Otros textos han alegado los parciales de Alemania. Nosotros, por nuestra parte, usamos de cuantos recursos sean lícitos, decorosos y humanos en la defensa y propagación de una causa que reputamos justa y bienhechora.

Aunque modesto, muy modesto, somos un ejemplo viviente de lo que es la cultura francesa. Hemos defendido antes de la guerra la cultura francesa; la defendemos durante la guerra; la seguiremos defendiendo después de la guerra. En nosotros no hay contradicción ninguna, sino coherencia y continuidad. El espíritu germánico no lo sentimos, no podemos sentirlo. Nuestro espíritu se ha formado en las literaturas latinas. Y... basta ya de autoperpersonalismos y de justificaciones. Pasemos a hablar más ampliamente de la cuestión. De Alemania, ¿se podrá rechazar todo? ¿De qué manera juzgaremos la cultura alemana, el espíritu alemán? No porque una cosa no entre en la personalidad del juzgador deja de existir esa cosa, o no habrá de ser tenida en consideración. Cada cual, que haga de sus gustos

estéticos los que le plazca. En el caso de Alemania, nosotros nos limitaremos a exponer un juicio ajeno, que el lector podrá, si gusta, comentar. Dice así la indicada opinión :

...«Este mismo género de *universalidad* que hace inmortales las obras de Goethe y de Schiller se encuentra, aunque en menor grado, en casi todos los grandes hombres que produjo en su edad de oro la cultura alemana. Winckelmann y Lessing, Herder, Kant, Fichte, los dos Humboldt, no son los clásicos ni los pensadores de una nación particular, sino los educadores, en bien o en mal, del mundo moderno. Todos ellos han dado a sus escritos cierto sabor de humanidad no circumscripta a los estrechos límites de una región o raza. Nada más opuesto a este espíritu humanitario que la ciega, pedantesca y brutal *teutomanía* que hoy impera, y que va haciendo tan odiosa a todo espíritu bien nacido la Alemania moderna como simpática fué la Alemania idealista, optimista y expansiva de los primeros años del siglo. Tan cierto es que el viento de la prosperidad embriaga a las naciones como a los individuos, y que no hay peor ambiente para el genio filosófico que la atmósfera de los cuarteles».

Tal es la opinión que deseábamos citar. Ahora

bien ; ¿de quién serán estas palabras, estas palabras tan radicales, tan abominadoras de un espíritu alemán, que al presente exaltan y adoran tantos en España? ¿Las habrá escrito en estos días algún entusiasta partidario de Francia? No ; esas palabras han sido escritas mucho antes de la guerra actual. ¿Será su autor algún insigne pensador de la izquierda, puesto que en ellas tan fervorosamente se celebra a filósofos libres, como Kant, Fichte, Herder? ¿Habrán escrito esas palabras Castelar, Pi y Margall, Costa, Giner? Eso de la *ciega, pedantesca y brutal teutomanía* no es verosímil que lo escribiera Balmes o un Orti Lara. Además, ¿y lo de la *atmósfera de los cuarteles*? Acaso alguno de los pensadores citados, acaso don Francisco Giner, aun siendo partícipe de la misma idea, la hubiera expresado con más delicadeza y discreción. Porque — fíjese el lector — la forma en que está expresado el juicio que acabamos de copiar no puede ser más intrépida, franca y enérgica. Un antigermanista de ahora no iría más allá de donde este autor ha ido.

¿Quién será el autor de esas palabras? Adelantaremos un detalle : no es un escritor de la izquierda : no es Castelar, ni Pi, ni Costa, ni Giner. Hay en las frases citadas una *precaución de es-*

*tilo*, digámoslo así, uno de esos incisos que ponen los autores cautos para poder asegurarse una retirada ; hay en esas frases, repetimos, una precaución técnica que nos advierte de que el escritor aludido es un pensador de la derecha. Los escritores que militando en un partido tienen que escribir a veces de cierto modo que pueda extrañar o escandalizar a sus correligionarios, conocen estos matices y precauciones de estilo. Se expresa el juicio atrevido, pero en un inciso se pone la restricción o el escrúpulo que satisfaga al lector extrañado y defienda y justifique al escritor, caso de que sea necesaria la justificación. En el texto citado, al hablar el autor de Kant, de Herder, de Fichte, etc., y al decir que son los educadores del mundo moderno, intercala entre dos comas, al pasar, estas palabras : *en bien o en mal*. ¡ Ya está salvada la responsabilidad ! Y ya sabemos que el autor es un hombre de la derecha.

¿ Quién será el autor de esas palabras ? ¿ Quién habrá escrito ese juicio sobre Alemania, que hoy comparten con el aludido escritor todos los partidarios de Francia ? No impacientemos más a los lectores. Pues el autor... es don Marcelino Menéndez y Pelayo. Y ese juicio está expresado en

la *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo IV, volumen I, páginas 155 y 156, Madrid, 1887. En 1887. Ya en 1887. ¿Qué diría hoy don Marcelino de la *ciega, pedantesca y brutal teutomanía?*





## Fe en el progreso

Dos palabras, por si pudieran ser útiles para determinados lectores. Frecuentemente recibimos cartas en que se impugnan las opiniones que exponemos en estos artículos. De estas cartas, unas son anónimas ; otras vienen firmadas con un seudónimo ; algunos llegan francamente, sin rebozo ninguno. Y en casi todas ellas sus autores se expresan violenta y agriamente. No nos importa a nosotros la virulencia de estas epístolas ; los que las escriben juzgan que tales vituperios y ultrajes hacen impresión en nuestro ánimo ; están equivocados. Hace poco, en el libro de Campoamor *Polémicas* (Madrid, 1862), leíamos las siguientes palabras : «Antes que hacer el Job político, sumido en el *lodazal del desaliento*, prefiero estar expuesto a los tiros de cierta personajería vulgar, cuya táctica consiste en mandar hacer fuego apuntando a la honra de sus enemigos. Y si nos atacan por este lado, ¿qué importa? Los

hombres públicos deben a su patria hasta el sacrificio de su descrédito». Dignas de ser tenidas siempre en cuenta son estas palabras ; palabras de un libro que debiera ser reeditado y en que tan hermosas cosas hay. Frase feliz es la de la personajería vulgar, que no apunta y dispara ella misma, sino que manda hacer fuego a otras gentes diversas. Y frase feliz la del *lodazal del desaliento*, en que Campoamor, político y polemista, no quería sumirse y revolcarse. El escritor público, como el político, debe meditar estas palabras del poeta.

Humilde es el autor de estas líneas ; pero, dentro de su modestia, trata de ajustar su conducta a la norma trazada para sí por el autor de las *Doloras*. Ni los más acres vituperios nos apartarán de nuestro camino. Los germanistas ardorosos y vehementes pueden dirigir a otra parte sus tiros. Tenemos fe inquebrantable en la causa que defendemos. Recordamos que uno de los aludidos comunicantes nos anunciaba en su carta que tenía guardado, para recordarlo al final de la guerra, un texto nuestro en que afirmábamos nuestra seguridad en la victoria de los aliados. Nosotros también exhumaremos en su día ese texto. Todo se andará ; y poco a poco se irán

calmando aquellos de los germanistas en quienes la pasión no venza la claridad intelectual. Ciego será quien no vea por tela de cedazo.

Y ahora, otra observación. En la mayoría de las cartas recibidas se nos hace determinada interrogación. «Usted era pacifista, amigo del progreso, ponderador de las excelencias de una vida cordial entre los pueblos : ¿qué dice usted ahora? ¿No ve usted cómo ha fracasado todo eso? ¿No estamos presenciando una de las guerras más horribles que han devastado la humanidad?» Contestamos a estas objeciones con la misma fe, la misma seguridad que ponemos en creer segura la victoria de los Ejércitos aliados. El argumento, a primera vista, es de fuerza ; se usa mucho en estos tiempos de él ; lo usan hombres de tosca inteligencia y espíritus sútiles, que lo aderezan con fina argumentación que hace reflexionar. La mayoría de los liberales y pacifistas a quienes se hace esta objeción no aciertan a contestar a ella ; evidentemente, nos hallamos ante el fracaso tremendo e inesperado de todo lo que veníamos sosteniendo. Sí, parece indudable ; ahí están las terribles ruínas de ciudades y de monumentos valiosísimos, y millares y millares de familias que lloran la pérdida de un ser querido. Sí, parece indudable ; pero...

Pero ¿será cierto que ha fracasado esto que podríamos llamar *conciencia social de la humanidad*? Si a través de los siglos y a lo largo de las generaciones se había ido formando en el fondo del arte, de la literatura, de la filosofía, una especie de sensibilidad que era como el índice del progreso, como la más bella flor de la humanidad, ¿será cierto que ahora toda esa obra queda brutalmente destruída? Contestemos brevemente a la impugnación con un argumento capital. Las ruínas y las matanzas gigantescas de la guerra actual son evidentes. Pero acordaos de todas las guerras anteriores, repasad todas las guerras del siglo XIX : ¿cuándo en el mundo se ha producido, ante una guerra, un movimiento tal de los espíritus como el presente? ¿Cuándo la sensibilidad humana ha sentido tan hondo una guerra como ahora?

Esta guerra es más monstruosa que ninguna de las anteriores ; conformes. Mas con todo eso, la actual preocupación no se ha producido nunca. Preocupación decimos para sintetizar en una palabra muchas cosas. Preocupación, inquietud espiritual, febrilidad, debates sobre temas que estaban latentes, angustias, gemidos, augurios... La que pudiéramos llamar *literatura de la guerra*

alcanza proporciones colosales. ¡ Nunca se habrá removido el espíritu humano como se ha removido ahora ! ¡ Nunca habrá vibrado el espíritu humano como ahora ha vibrado ! Y todo esto ¿ qué es y qué representa ? ¿ Es que este consolador fenómeno hubiera podido producirse sin ese gran avance previo de sensibilidad ? Y ¿ es que creéis que esa grande y fecunda corriente de sensibilidad, creada a lo largo de los siglos, va a detenerse por causa de la presente formidable guerra ? Tened en cuenta todas las proporciones de magnitud y ved luego cuál fué el *índice sentimental* de la guerra de 1870 y cuál es el de la presente. Pensadores, poetas, filósofos, políticos, dramaturgos, economistas, Parlamentos, Academias, instituciones eclesiásticas, todo, todo en el planeta piensa y siente, preocupado por el dolor y la angustia de la guerra. La guerra no está como antes, al margen de la vida universal ; se halla dentro de la misma vida, integrada en ella, siendo su problema más alto. ¿ Cuándo — repetimos — ha vibrado así la conciencia humana ?

Está bien ; mirad la guerra ; señaladnos sus estragos a los pacifistas. Pero echad la vista, vosotros, impugnadores nuestros, por toda esta conmoción espiritual provocada por la guerra.

Es la primera vez que en el mundo y dentro de un inmenso dolor se da un espectáculo de tan sublime y consoladora belleza ; él es garantía y nuncio seguro de que, a pesar de las ruínas y de las matanzas, la humanidad va a caminar un paso más. Esta preocupación de dolor, este pensar y repensar universal del dolor, creedlo, serán fecundos.

## La cultura

Examinábamos hace algunos días un interesante folleto publicado con motivo de la guerra. (*Francia y Alemania; las dos culturas*, por Ernesto Leroux.) Dejamos sentado, con hechos, no con palabras, que la concepción del mundo vivo hoy dominante en la ciencia es de origen francés. En todas las disciplinas y especulaciones biológicas, Francia, desde hace ciento cincuenta años, ha marcado su iniciativa. Francesa es la más fecunda y prolífica idea que ha dominado entre los hombres durante el siglo XIX y sigue dominando: la idea de evolución. Francés es el grande y maravilloso descubrimiento de todo un mundo invisible: el de los microbios. Francesa es la concepción del determinismo fisiológico, establecida por Claudio Bernard... Se loa y celebra entusiastamente la organización alemana, el método alemán, el rigorismo que preside en toda la composición de Alemania. No lo neg-



remos nosotros. Pero, con todos los respetos, guardando la consideración para todas las opiniones, nosotros, admiradores de la organización, celebradores del método, quisiéramos todas estas maravillosas cualidades para la paz y no para la guerra. Un pueblo que durante cuarenta años encauza toda su energía en vista de la guerra no nos seduce. Un pueblo donde todo, todo, desde lo más grande a lo más pequeño, se organiza durante cuarenta años con perspectivas a la guerra no es nuestro ideal. Organización, sí; método, sí; disciplina, sí; pero para la paz, para el progreso, para el bienestar general y humano.

Aparte de que en todo esto hay otro problema. Esa disciplina y rigurosidad orientadas hacia la guerra, ¿hasta qué punto serán compatibles con la marcha de la ciencia en un pueblo? Esa organización que tanto ponderan los germanistas españoles, ¿hasta qué grado podrá armonizarse con el desenvolvimiento natural del espíritu del hombre? Entre nosotros, algunos discretos conocedores de Alemania acusaban cierto pesimismo en estos últimos tiempos. La filosofía, las ciencias decaían visiblemente en el pueblo alemán. Alemania — nos decían — no era la misma de antes. El automatismo iba matando la bella li-



bertad del espíritu. Sí, tenían razón estos observadores ; pero el fenómeno no era de ahora, de estos años últimos, sino que remontaba a bastante tiempo atrás. Ya en 1887 lo hacía notar Menéndez Pelayo, con palabras vibrantes, en su *Historia de las ideas estéticas*.

En el opúsculo citado se pone de relieve la falta de iniciativa de la ciencia alemana. «La ciencia alemana — dice el autor — ha contado y cuenta en nuestros días con hombres de gran valor ; nadie trata de negarlo. Pero esa ciencia ha producido pocos que puedan colocarse entre los creadores. Las investigaciones científicas se siguen entre los alemanes con un método especial. Sus Universidades son como fábricas, en donde la jerarquía es tan estrechamente respetada como en el cuartel. Los estudiantes traen a los profesores el resultado de sus trabajos personales, y éstos ponen en planta las ideas creatrices que vienen de fuera.» Todo está allí ordenado, previsto, reglamentado. Se trabaja admirablemente. Pero ¿y las ideas nuevas y primeras? ¿Y la iniciativa? ¿Y el romanticismo científico, el romanticismo del sabio, del inventor? «Se dice con razón — añade el autor — que los alemanes adaptan, pero que no inventan. Cuando se hace

un descubrimiento, ellos se apresuran a sacar el partido de él. El desinterés de nuestros grandes sabios, los Chevreul, los Berthelot, los Pasteur, los Curie, los Arsonval, es cosa desconocida para ellos. Todo el problema estriba para ellos en utilizar, desde el punto de vista industrial, lo que los otros han hallado. ¡La industrialización de la ciencia! En eso son maestros.»

La guerra, entre otras cosas, habrá servido para aclarar y precisar una porción de cuestiones que iban estando un poco confusas. El mundo latino parecía que se había olvidado de sí mismo; un cierto desdén iba cayendo sobre todo lo que constituye la esencia de nuestra civilización. Literatos y filósofos habían comenzado a esparcir una serie de opiniones y de sentencias que llevaban camino de enturbiar muchas inteligencias y de hacer estragos en las generaciones venideras. Podría formarse un catálogo interesantísimo con todos estos tópicos. Sobre la *claridad latina*, por ejemplo, ¡qué cosas tan peregrinas no se han dicho! La guerra habrá venido a desvanecer muchos fantasmas. No caigamos en el error de abominar de *todo* lo alemán. De Alemania tomaremos un cierto sentido del orden, de la organización y del método; pero aplicándolos a los grandes fines

humanos. Y lo esencial nuestro, lo que constituye el fundamento de la civilización latina, eso quedará después del gran conflicto más afirmado y puesto de relieve. A los latinos y anglo-sajones se debe principalmente, desde hace tres siglos, el progreso del mundo. Proclamémoslo bien alto y sin reservas. Ahí están, entre los químicos y físicos, los nombres de Galileo, Pascal, Torricelli, Volta, Huyghens, Papin, Franklin, Lavoisier, Reamur, Faraday, Ampère, Berthollet, Gay-Lussac, Morse, Chevreul, Berthelot, Curie. Entre los anatómicos, los fisiólogos, los naturalistas, los botánicos: Vesale, Bichat, Harvey, Lineo, Buffon, Lamarck, Cuvier, Jenner, Jussien, Tournefort, Geoffroy, Saint-Hilaire, Lyell, Claudio Bernard, Darwin, Pasteur. Entre los matemáticos y los astrónomos: Ticobrae, Copérnico, Newton, Halley, Laplace, Monge, Lagrange, Arago, Le Vercier, Bertrand. Entre los inventores: Jouffroy, Abban, Watt, Stephenson, Jacomard, Montgolfier, Marc Seguin, Niepce. Latinos y anglo-sajones son los barcos de vapor, los caminos de hierro, el teléfono, el fonógrafo, el cinematógrafo, la telegrafía sin hilos, los submarinos, la navegación aérea, el automóvil... ¿Qué historial habrá más glorioso en el mun-

do? Y ¿quién en el mundo tendrá más autoridad para levantarse y hablar en nombre de la humanidad y de la civilización : los alemanes o los latinos y sajones?

## Joffre

«El general Joffre — ha escrito Anatole France — es un espíritu justo y sabio, desdeñoso de la ostentación, severo con los grandes, indulgente con los pequeños, ahorrador de la sangre de sus soldados». Hace algún tiempo, nosotros le comparábamos a un capitán romano. Y estos días pasados, leyendo un libro clásico español, la comparación ha vuelto a nuestra memoria. ¿Qué libro era el que leíamos? Un libro que no se suele citar mucho ni se suele leer con frecuencia; un libro de un autor que, como Gracián, parece que está al margen, no dentro, de la literatura castellana. Hemos dicho *parece*, pero en realidad, para quien observe menudamente las cosas, el fenómeno es de una realidad innegable. Todavía no se ha escrito una historia de la literatura española en que se tenga en cuenta las desigualdades *étnicas* de todos los autores que han escrito en castellano. ¿Por qué Gracián durante tanto tiem-

po ha estado postergado? ¿Ha sido únicamente, principalmente, por su carácter conceptista? Sí, esta habrá podido ser una razón; esta es la razón que ha imperado y ha suministrado las explicaciones de la postergación. Pero, sin que la razonáramos, ¿no había otra? ¿No había una razón, digámoslo así, *subconsciente*? Gracián no era castellano; el genio de Gracián ofrece una visible variante sobre el genio castellano. Compárese con Quevedo, por ejemplo, y se verá. Compárese con Quevedo, a quien es tan parecido en la apariencia. Cuando se leen las cartas íntimas de Gracián, se ve la desazón y la desorientación de Gracián en su visita a Madrid. Gracián *no se encuentra* en Madrid; no es éste su ambiente; su atmósfera espiritual está en otra parte. Y esa atmósfera es la que circula por sus libros. En fin..., otro era nuestro propósito ahora; queríamos hablar — con referencia a Joffre — de otro autor de ambiente no castellano; de otro autor colocado fuera de la radiación madrileña, y fuerte, tan fuerte como Gracián. Y no quiere esto decir que el ambiente de Madrid, esencia de Castilla, no haya producido robustos ingenios. Ahí está, verbigracia, Lope de Vega, uno de los más recios y sutiles escritores del mundo, menos ad-

mirado y sentido de lo que merece. Lo que deseábamos hacer notar es la diferencia que en los clásicos castellanos ponen las variantes de raza y de medio físico en que han vivido : verdad notoria, pero que no ha sido todavía bien aplicada en nuestra historia literaria.

Juan de Huarte, natural de San Juan de Pie de Puerto, nos ofrece en su *Examen de ingenios* una página que pudiéramos dedicar al generalísimo francés. ¿Se lee mucho el *Examen de ingenios*? Se nos antoja que poco. Sin embargo, ¡cuántas agudas observaciones en este libro! Repásese lo que Huarte dice de los abogados, de los oradores, de los médicos. Hablando de España, el autor asienta que «los moradores de esta región carecen de memoria y de imaginativa, y tienen buen entendimiento». Para comprender esta sentencia de Huarte, que él repite en su libro, es necesario explicar los términos de que se compone. Las dos características fundamentales que Huarte ve en el hombre son : el entendimiento y la imaginativa. Entendimiento para Huarte es facultad de generalizar, fantasía, elocuencia, rapidez en el juicio, abstracción. La imaginativa, por el contrario, supone sentido de la realidad, visión de lo concreto, casuismo, precisión, exacti-



tud. La imaginativa «es de los singulares, y el entendimiento de los universales». Con esta explicación ya se irá comprendiendo el copiado juicio de Huarte sobre los españoles. Españoles : gente de entendimiento, no de imaginativa. Gente de generalizaciones, de rápidas y brillantes teorías, oradores grandilocuentes, conversadores ingeniosos ; pero no gente que se apoya en la realidad, que percibe lo concreto, que tiene un sentido de la vida duradero, sólido y fecundo.

Nos vamos acercando al gran general Joffre. ¿Qué diferencia habrá entre un general en quien domine el entendimiento (la abstracción) y otro en quien prevalezca la imaginativa, o sea, el sentido de lo práctico? Pues las mismas que existan entre los grandes teorizantes del Ejército tudesco y este otro generalísimo de las fuerzas aliadas. A la vista están los hechos. Apoyándose en un texto de Vegetio, Huarte escribe : «Los buenos capitanes no son aquellos que pelean a cureña rasa, y ordenan una batalla campal, y rompen a su enemigo, sino los que, con ardides y mañas, destruyen sin que les cueste un soldado». Y luego añade Huarte : «El provecho de esta manera de ingenio tenía bien entendido el Senado romano, porque puesto caso que algunos famosos capita-



nes que tuvo vencían muchas batallas, pero venidos a Roma a recibir el triunfo y gloria de sus hazañas, eran tantos los llantos que hacían los padres por sus hijos, y los hijos por los padres, y las mujeres por los maridos y los hermanos por sus hermanos, que no se gozaban de los juegos y pasatiempos con la lástima de los que en la batalla quedaban muertos». Huarte agrega luego estas palabras, que deseamos transcribir íntegras : «Por donde determinó el Senado de no buscar capitanes tan valientes ni que fuesen amigos de romper, sino hombres algo temerosos y muy mañosos, como Quinto Flavio, del cual se escribe que por maravilla arriesgaba el Ejército romano en ninguna batalla campal, mayormente estando desviado de Roma, donde en el mal suceso no podía ser de pronto socorrido. Todo era dar largas al enemigo y buscar ardides y mañas, con los cuales hacía grandes hechos y conseguía muchas victorias sin pérdida de un soldado. Este era recibido en Roma con grande alegría de todos, porque si cien mil soldados sacaba, estos mismos volvían, salvo aquellos que de enfermedad se morían». Huarte recuerda unas palabras de Ebio — *unus homo nobis cunctando restituit rem*, — y añade : «Como si dijera : Uno, dando largas al

enemigo, nos hace señores del mundo y nos vuelve nuestros soldados».

Joffre : *Unus homo nobis cunctando restituit rem*. La página de Huarte retrata al gran caudillo. Y la serenidad, la reflexión, la prudencia, la cautela, la humanidad del general francés pueden ser, para todos, una lección fecunda.

## Luzán en París

La guerra ha hecho que muchas cuestiones que antes se debatían entre literatos trasciendan al gran público. Influencias de unos pueblos sobre otros, corrientes ideológicas iniciadas por tal o cual autor, interpretaciones de textos famosos, opiniones de ilustres escritores sobre países determinados..., todo esto son cuestiones que se dilucidan y se ponen de relieve en artículos de periódico, discursos y estudios de revista. Entre nosotros, diferentes veces se ha tratado ya de las recíprocas contaminaciones de las literaturas francesa y española. ¿Qué debe Francia a España? ¿Qué debe España a Francia? Detengámonos en esta segunda pregunta, limitémosla al siglo XVIII. En la décimaoctava centuria la influencia francesa ha sido considerable en España. ¿Quiénes fueron los principales iniciadores de la modalidad francesa? ¿Cómo vieron los españoles a Francia? En el terreno puramente literario, a don Ignacio

de Luzán se atribuye generalmente — y con razón — una acción decisiva. Luzán dicta la estética, da los fundamentos de la estética a las nuevas generaciones. Y Luzán es apasionado de Francia. Luzán dedica un libro a Francia, libro que servirá a los españoles cultos para ver Francia... sin salir de España. Vale la pena de que esta obra sea recordada. Se cita la *Poética* de Luzán; pero no se suele hablar de este librito, en que el escritor aragonés resume su estancia en París.

El libro se titula *Memorias literarias de París*. Luzán estuvo en la capital de Francia el año 1749; dos después, en 1751, publicó su obra, en Madrid, en la imprenta de «Don Gabriel Ramírez, criado de la reina viuda N. Señora, calle de Atocha, frente de la Trinidad». En su libro habla Luzán de todo lo interesante de París: escuelas, métodos de enseñanza, teatros, Universidad, medicina, ciencias físicas, librerías, periodismo, literatura. El estudio que nos presenta el autor es minucioso y exacto. No es nuestro ánimo en esta ocasión sino exponer algo de lo que Luzán dice relativo a las bellas letras. Puesto que Luzán fué aquí, en España, el iniciador de la nueva corriente ideológica (favorecida por otras causas tam-

bién), veamos lo que le parece la literatura francesa. El hombre a quien dedica el autor más atención es Voltaire. Cosa natural siendo Voltaire el más insigne literato francés en aquel tiempo... y mucho después. «Al presente — escribe Luzán, — M. de Voltaire parece que ocupa la primera silla entre los poetas actuales». (Sobra el *presente* o el *actuales*.) Ha escrito mucho Voltaire. «Su poema *La Henriade*, sus tragedias y comedias, sus epístolas y otras muchas obras en verso y en prosa le han adquirido una fama igual a la envidia y emulación de los que le han satirizado cruelmente.» Luego Luzán declara que el citado poema *La Henriade* es la mejor obra de Voltaire. (No opinamos así ahora.) Las *Cartas filosóficas* le han sido muy criticadas a Voltaire. Tampoco han gustado otras obras del gran escritor. «Sus *Cartas sobre los ingleses* no han agradado a todos los de aquella nación. También ha sido impugnada su *Historia de Carlos II*. Las novelas de *Zadic* y de *Babouc*, que han salido a luz poco ha, son suyas, como lo manifiesta el estilo y la ingeniosa discreción con que están escritas. Con todo eso, alguno de los críticos periódicos ha hallado que reparar en la moral de ellas.»

Luzán ha asistido a dos estrenos de Voltaire.

Lo que el autor dice a este respecto, es interesante. Una de las obras estrenadas era *Semíramis*. Se «representó el año pasado de 1749, y no tuvo mucha aceptación, aunque se representó muchos días, con gran concurso.» El otro estreno fué el de *Orestes*, obra escrita para competir con la *Electra*, de Crebillon. «El público — escribe Luzán — no ha gustado mucho de esta tragedia, no obstante las correcciones que ha hecho su autor en el último acto. Yo he oído voces en el patio que pedían la *Electra*, de Crebillon, en lugar del *Orestes*.» Y ahora el retrato de Voltaire: «M. de Voltaire tendrá ahora poco más de cincuenta años; es cortés, discreto y delicado en la conversación; de un ingenio muy agudo; de una fantasía muy viva y muy fecunda. Y pintando a estas prendas naturales mucho estudio y asidua lección, una erudición universal y el conocimiento de muchas lenguas, forma el todo de un gran poeta, por más que sus émulos o sus mismos escritos le hayan rebajado parte de su mérito y de su fama.»

El capítulo que Luzán titula «Algunas reflexiones sobre las tragedias y comedias francesas» nos ofrece una muestra de la fina crítica del autor: la crítica que analizó tan sagazmente nuestro teatro clásico. En general, el autor encuentra que el

estilo de las tragedias francesas peca de «afectado e hinchado». Y añade : «Si este abuso y este falso sublime prosigue de aumento, se perderá de vista lo natural y se corromperá en Francia la verdadera elocuencia.» El capítulo XXX lo dedica el autor a «algunos libros y autores modernos».

Habla Luzán principalmente de las novelas. Y hay aquí una observación de extraordinario interés para la evolución de la manera como se ha visto el *Quijote*. (Ya habrá reparado en ello, seguramente, nuestro querido amigo Federico de Onís, que se ocupa de esta materia.) Habla Luzán, condenándolas, de las novelas frívolas y lascivas. Pero añade que con esto no quiere reprobar el género novela. A tal efecto, compara las novelas modernas con los antiguos libros de caballería. «Miro — dice — como una especie de perjuicio el destierro general de los libros de caballería que logró Cervantes con las burlas de su *Don Quijote*.» «Por fin — añade — aquellos libros inspiraban la inclinación a las armas, el valor, la intrepidez, la buena fe, el sufrimiento y el preferir la muerte a la infamia, virtudes que harán siempre mucha falta a la nación que las perdiere.» (Esta misma idea respecto del *Quijote* será repetida más tarde por algunos románticos alemanes ; idea que



hoy, mejor sentida y comprendida la obra de Cervantes, ha sido desechada.) En este mismo capítulo Luzán habla de Montesquieu y hace algunas atinadas observaciones a su *Espíritu de las leyes*. «El autor — dice, — a quien yo conozco y venero, no necesitaba de esta nueva producción de su talento para ser conocido entre los literatos de buen gusto por uno de los que le tienen más fino y delicado en el estilo y en los pensamientos.» *El espíritu de las leyes* es un hermoso libro ; pero... «La obra es grande ; puede ser muy útil ; pero, a mi ver, necesita de algunas explicaciones que aclaren las dudas y atajen las consecuencias que algunos podrían inferir de su doctrina, tal vez mal entendida.» Luzán no hubiera querido tampoco que Montesquieu se hubiese fiado tanto, para construir y apoyar sus teorías, de inseguras relaciones de viajes. Poca base se le antoja esa...

En resolución : Don Ignacio de Luzán, iniciador de una nueva estética en España, da en sus *Memorias literarias de París* como la introducción o la explicación de su celeberrima *Poética*. Y habrá que tener en cuenta este librito al estudiar la influencia de Francia sobre España — tan intensa — en el siglo XVIII.





## La grande España

Algunos de los territorios en que se desenvuelve la guerra pertenecieron antiguamente a España. Hace tres o cuatro siglos, España era un vasto imperio. Recientemente leíamos los *Dichos y hechos de Felipe II*, de Baltasar Porreño. Es interesante y amena la lectura de ese volumen. El autor, en su obra, entre otras cosas, hace una relación de las provincias, Estados, ínsulas y apartados lugares que formaban parte de la Corona de España. La prosa de Porreño — conquense, paisano de los Valdés — se desliza de un modo entretenido y agradable. Hablaremos ahora de las noticias que Porreño suministra sobre los territorios y Estados españoles; aparte de lo curioso de algunos detalles, el lector verá de qué modo un autor del siglo XVII, y autor que escribe en excelente estilo, castellaniza algunos de los vocablos extranjeros, con los que ahora andamos a vueltas. La obra de Porreño se publicó por pri-

mera vez en 1627 ; pero nosotros nos servimos de la edición de 1748. Una última e importante advertencia : no respondemos de la mayor o menor exactitud de este autor. Lo que él diga, nosotros lo copiaremos. Y si es o no del todo exacto lo que el señor visitador del obispado de Cuenca y cura de las villas de Sacedón y de Córcoles dice, eso averígüelo y puntualícelo el lector. De todos modos, lo interesante será la idea que un castellano tenía, en el siglo XVII, de la Monarquía española y de sus aledaños. Que no nos venga después ningún riguroso lector a decir si nosotros creemos o no creemos tal cosa, o si hemos afirmado o no afirmado tal otra. Además, comisión ninguna para el cura de Sacedón y de Córcoles no la admitimos. Lo que tengan los lectores que decirle a Porreño no nos lo digan a nosotros ; comuníquenselo a él directamente. ¿ Está todo esto bastante claro ? Pues... andando.

La Monarquía española en tiempos de Felipe II comprendía las siguientes provincias, naciones, Estados, territorios, lugares, parajes, ínsulas : Castilla, León, Aragón, Navarra, Vizcaya, Nápoles, Sicilia, Granada, Portugal, Cataluña, Mallorca, Menorca, Cerdeña, Jerusalén, Toledo, Valencia, Galicia, Murcia, Borgoña, Lucemburg,

Geldres, Calabria, Arthoes, Austria, Sevilla, Francia, Holanda, Zelanda, Malinas, Flandes, Milán, Namur, Lembourg, Bravante. Nada más. Por el orden que hemos consignado, habla de las tierras de España el visitador general del obispado de Cuenca. ¿No le agrada al lector ese orden? ¿Le parece un poco incongruente? Veamos ahora, por vía de muestra, algunas de las noticias que Porceño da de varios de los parajes y naciones nombradas. *Cataluña*. «Tiene este principado 80 leguas de longitud y 168 de circunferencia.» Cuenta con muchas ciudades, villas y aldeas. «Tiene una Inquisición, siete Universidades y 28 abadías de mitra y báculo.» «Está enriquecido con los dos celebérrimos monasterios de monjes negros y blancos, que son el de Monserrate y el de Poblete.» *Mallorca*. Hermosa tierra. «Está ceñida de montes y bañada toda ella de claras fuentes y ríos.» Y ahora, una noticia interesantísima: «No cría animal venenoso, y si viene de fuera, luego muere.» No se asombre el lector, ni vaya a salir por ahí algún profesor de Zoología apellidando de mentecato y de ignorante al autor del presente artículo; es el señor visitador general del obispado de Cuenca quien habla. Lo dicho dicho está: en Mallorca no se cría animal vene-

noso de ninguna especie ; si llega alguno de fuera, por casualidad, al punto muere. Esto de si mueren o no los bichos y alimañas venenosos que llegan a aquella isla maravillosa, los mallorquines lo sabrán. Y ahora, para que no se precipite nadie tachando de crédulo al buen cura de Sacedón, este pasaje interesante : «...en aquella isla templada y fertilísima (Inglaterra), no sólo no se crían lobos, pero ningún otro animal nocivo, como si dijésemos, serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones ; antes es cosa llana y manifiesta que si algún animal ponzoñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella muere ; y si de la tierra de esta isla llevan a otra parte alguna tierra y cercan con ella alguna víbora, no osa ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta.» ¿De quién serán estas curiosas revelaciones? Pues de Cervantes, en el *Persiles*, capítulo XVIII del libro primero ; es decir, de uno de los personajes que Cervantes hace figurar en su novela. Inglaterra, pues, no puede criar animales venenosos ; Mallorca tampoco puede criarlos. Nos lo dicen un personaje de Cervantes y el cura de Sacedón y de Córcoles.

En el párrafo titulado *Ínsulas*, Porreño dice que estas ínsulas, propiedad del Rey de España,

«están cerca de Zelanda, y son muchas en brazos de mar, cada una de ellas por sí apartada, cercadas de un muy grueso muro contra la fuerza del mar». Y otra noticia curiosa, ésta sí exacta. En las dichas ínsulas andan muy escasos de leña. «A cuya causa — dice el autor — queman una piedra que traen de Bravante, que arde mejor que el carbón y dura más su lumbre, aunque huele mucho al azufre, y persevera esta olor hasta que se acaba de encender toda la piedra, y después de encendida, cesa el olor, y dura más que el carbón y leña. Esta piedra queman en Bruselas y en la mayor parte del condado de Flandes, aunque tiene abundancia de leña.» ¿Cómo será esa piedra prodigiosa? — dirían en 1627 los buenos conqueneses. Se experimenta cierta emoción al presenciar los primeros y vagos contactos de un pueblo — aquí, Castilla, — con los que, andando el tiempo, han de ser algunos de los más poderosos factores de la civilización. Allá, desde la empinada Cuenca, bellísima ciudad desconocida hoy en España, una de las más interesantes, más sugestivas ciudades de España; allá, desde la empinada Cuenca, ¿cómo se imaginaría la hulla el curioso visitador Porreño?

Demos algunas noticias más. *Lucemburg*. Vi-

lla grande, fuerte, cercada casi toda ella por el río Elza. «Es tierra de muchos bosques y florestas, que son parte de la selva que llamamos Dardeña».

*Austria.* «Austria es una gran provincia ; tiene muchas ciudades, villas y castillos. Es tierra muy fría ; confina con Hungría, Bohemia, Polonia y Moravia, y la principal ciudad suya es Viana.» Los moradores de Austria son gallardos y atractivos. «La gente de ella es de hermosos cuerpos y gestos, muy aficionada de la caza y monte y a toda manera de entretenimiento.» Sus antiguas armas eran cinco abubillas de oro en campo azul.

*Frisia.* Frisia es provincia de la baja Alemania. «Comienza al fin de la ribera del Rhin y se termina al mar Dánico, y los alemanes llaman frisones a sus habitantes.» Tierra llana y de grandes prados ; la escasez de leña hace que quemén céspedes. «Sus moradores, naturalmente, son feroces y de cuerpos muy ligeros ; aborrecen las armas pesadas ; traen rodela, y pelean con dardos y lanzas arrojadizas.» *Holanda.* Tierra amena y grata. «Tienen los de esta isla abundancia de casas bellas y agradables, y de alhajas y adornos de ellas ; en especial tienen gran primor en el trato de lencería, que, por ser tal, tomó el lienzo el nombre de la misma isla de Holanda.»



España tuvo antaño, hace tres o cuatro siglos, un vasto imperio en América y lo fué todo en Europa. Hoy, al cabo del tiempo, no tenemos nada en América y somos poquita cosa en Europa. Cuando éramos grandes no sabíamos administrar nuestros dominios. Siendo pequeños, tampoco acertamos a gobernar nuestra casa. Nuestro ideal es la quietud inalterable. Que no suceda nada; que no pase nada. Si el progreso es ansia, lucha, fiebre, conmoción, preocupación por algo noble y grande, cambio, examen, revisión de valores, participación activa en los intereses y sentimientos universales; si el progreso es todo esto, nosotros no queremos progreso. Que nos dejen tomar el sol, en invierno, abrigaditos en nuestro gabán o en nuestra capa, y estar a la sombra en verano, charlando de cosas amenas y divertidas.





## Una página de Constant

Benjamín Constant (1767-1830) ha dejado en la literatura francesa por toda obra una novelita de no más dilatada extensión que nuestro *Lazarillo de Tormes*. Los graves estudios de historia religiosa que Constant publicara han quedado olvidados. Permanece sólo en la dilección de los amigos de lo bello esta novelita — *Adolfo*, — verdadera joya literaria, considerada hace tiempo como clásica en las letras francesas. El volumen es breve ; los editores, para componer un tomo de las dimensiones corrientes, suelen añadir en la impresión de la novela algunos otros trabajos sueltos del autor. Días pasados releíamos una edición de *Adolfo* hecha por Charpentier en 1842. A seguida de la novela, en el volumen figuran unas reflexiones sobre Schiller y el teatro alemán, y el tratadito titulado *Del espíritu de conquista y de la usurpación en sus relaciones con la civilización europea*. De actualidad, de viva actualidad,

de interesantísima actualidad son estas páginas de Benjamín Constant. El autor — lo diremos de camino — era un espíritu sutil, cultísimo, selecto, prendado de los avances del progreso y de la libertad ; su prosa semeja a un cristal límpido y sólido.

Los encarecimientos que acabamos de hacer respecto de la actualidad de las páginas de Constant sobre la guerra los va a encontrar el lector justificados. ¿Cómo ve Constant el problema de la guerra moderna? Antiguamente, los pueblos iban impulsados a la guerra por móviles no completamente materiales ; podía guiarles una aspiración ideal y romántica ; la religión, por ejemplo, era lo que a los antiguos pueblos hacía mover las guerras. En esas contiendas podía todavía aliarse el espíritu guerrero «a la simplicidad de las costumbres, el desdén por el lujo, la generosidad, la lealtad, la fidelidad en los compromisos, el respeto por el enemigo valeroso, la piedad misma, las consideraciones hacia el adversario subyugado». Los tiempos han cambiado. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre las guerras pasadas, habremos de convenir, respecto al presente, que una lucha por móviles puramente espirituales, religiosos, no se nos muestra ya. La alianza de la guerra con el

espíritu romántico — piensa Constant — no se da en los tiempos modernos. Entramos en el capítulo IV del libro de Constant, capítulo titulado «De una raza militar que no obra sino por interés». «Los pueblos guerreros que hemos conocido hasta ahora — dice el autor — estaban todos animados por motivos más nobles que los provechos reales y positivos de la guerra». La adquisición de las riquezas no era el motivo principal de su animosidad. Pero ¿qué pasaría hoy, dado el carácter materialista de las guerras, si llegara a formarse una raza esencialmente militar, destinada exclusivamente a la guerra?

Prestemos atención a las palabras del autor. Constant escribe en 1813, no en 1915; es decir, hace un siglo. Leamos las palabras del autor con detención y cuidado. Dice Benjamín Constant: «Pero si una raza puramente militar se formara actualmente, como su ardimiento no reposaría sobre ninguna convicción, sobre ningún sentimiento, sobre ninguna idea; como todas las causas de exaltación que antiguamente ennoblecían la devastación misma le serían ajenas, esa raza no tendría como aliento o como móvil sino la más estrecha y áspera personalidad; tomaría la ferocidad del espíritu guerrero, pero con-

servaría el cálculo comercial.» La frase es sugestiva y acaba de precisar el pensamiento del autor : una raza esencialmente militar que tuviera todo el vigor del espíritu guerrero aliado al cálculo comercial. Ferocidad e interés. Sigamos : «Esos vándalos resucitados no tendrían aquella ignorancia del lujo, aquella simplicidad de costumbres, aquel desdén por toda acción baja que podían caracterizar a sus groseros predecesores ; esos hombres unirían a la brutalidad de la barbarie los refinamientos de la molicie ; a los excesos de la violencia, las sutilezas de la ambición.»

Hombres formados en tal espíritu serían muy diferentes de los guerreros antiguos. Centenares de miles de guerreros de esta suerte, bien ejercitados, bien armados, irían derechos a la muerte, «porque la tiranía que los condena a eso es más fuerte que ellos.» El autor añade : «Esos hombres, para consolarse, pondrían la mirada en la recompensa que les ha sido prometida, en los despojos de aquellos contra quienes se les dirige. Marcharían, por lo tanto, con la resolución de sacar de sus propias fuerzas el mejor partido posible. No tendrían ni piedad por los vencidos, ni respeto por los débiles, porque los vencidos, siendo, por su desgracia, propietarios de algo, no se-

rían para los vencedores sino un obstáculo interpuesto entre los devastadores y el botín. El espíritu de cálculo ahogaría en sus almas todas las emociones naturales, excepto las que nacen de la sensualidad. Tal vez se sintieran contenidos ante una mujer; no lo serían ante un viejo o un niño.» (Tal vez tampoco, opinamos nosotros, ante una mujer, madre, hermana o esposa del enemigo.) «Lo que tuvieran de conocimientos prácticos...» (Es decir, de ciencia y de cultura, seguimos aclarando nosotros.) «Lo que tuvieran de conocimientos prácticos, les serviría a maravilla para trazar sus planes de matanzas y de explotación. El hábito de las formas legales daría a sus injusticias la impasibilidad de la ley.» (Y sus filósofos y pensadores se encargarían de hacer entrar en una brillante y seductora ley de biología social todos esos hechos horrendos que a los simples mortales nos indignarían y espantarían.) «El hábito de las formas sociales extendería sobre sus crueldades un barniz de indiferencia y de frivolidad, que ellos reputarían elegante. Correrían el mundo en esta forma, volviendo los progresos de la civilización contra la civilización misma, entregados por completo a su interés, tomando la matanza como un medio, la orgía como pasa-

tiempo, el escarnio por alegría, la devastación por sistema, separados por un abismo moral del resto de la especie humana, y no estando unidos entre ellos sino como animales feroces que se arrojan en manada sobre los rebaños.»

Tal es la página de Benjamín Constant que deseábamos citar. Traducida literalmente, la arrancamos del tratado *El espíritu de conquista y la usurpación*. ¿Ha visto el lector cómo deliraba el sutil literato francés? Benjamín Constant escribía en 1813 e imaginaba que eso que acabamos de transcribir podía suceder si se formase en Europa un pueblo completa y esencialmente militar, destinado exclusivamente para la guerra. ¡Desvaríos, desvaríos! Ahora, en 1915, se puede dar fe de cuán profundamente engañado estaba el autor de *Adolfo*. ¿No es verdad, lector?



## Descartes

Literatos y filósofos en Francia ponen ahora sus ojos con más fervor que antes en la propia tradición, en las corrientes de ideología genuina y castiza. Ya lo indicábamos en nuestro último artículo. No es que la consideración de lo tradicional francés estuviera descuidado entre nuestros vecinos. ¡Al contrario! La Universidad, la crítica, los editores de Francia han puesto siempre un gran amor en sus grandes autores. Existen de ellos ediciones de todo género; se revisa e interpreta sus textos de mil modos; se dan a la continua conferencias sobre los orígenes, antecedentes y desenvolvimiento de tal idea directriz o de tal aspecto de un poeta o prosista. Cuando de Francia se vuelven los ojos a España se experimenta una profunda tristeza. Recordamos siempre la frase de Larra: «El sepulcral silencio de la existencia española». Nada nos preocupa en España, nada sentimos y nada esperamos. En

cuestiones literarias — que son de las que hablamos ahora — se ha adelantado algo durante estos últimos años ; pero falta que recorrer todavía mucho camino y que vencer muchas resistencias. Los clásicos, por ejemplo, se considera como una profanación el tocarlos. No se admite más exégesis que la erudita y rebuscadora de fechas y pormenores. No se quiere comprender que cuanto más se piense — en la forma que sea — sobre un gran autor, tanto más ganará éste y entrará como un factor de actualidad en la corriente de la vida...

En Francia la crítica es libre y múltiple. Los clásicos tienen tanta vida como los grandes autores modernos. Ahora la guerra ha hecho que el pensamiento francés se repliegue un poco sobre sí mismo y trate de estudiar las influencias venidas de fuera (de Alemania) y el grado en que esas aportaciones extranjeras pueden ser substituídas por la propia savia tradicional. Este precisamente es el punto interesante del actual movimiento ideológico en Francia. La guerra habrá servido a Francia — ocurra lo que ocurra luego en el orden intelectual — para cobrar un poco más de conciencia de sí misma. La valoración de las propias fuerzas, de los propios recursos se ha-



cía antes con cuidado y fervor ; pero tal vez — contra lo que se cree generalmente — había un poco de laxitud ante la presión extraña, y acaso también se comenzaba a desconfiar de la castiza corriente tradicional francesa. En los momentos actuales, la gran conmoción de la guerra ha hecho que la Universidad, los literatos, los pensadores realicen un nuevo recuento del tesoro de la inteligencia francesa. Ya indicábamos anteriormente cómo Maine de Birán, por ejemplo, es ahora estudiado y comentado con un interés particular ; e historiadores un poco desdeñados antes, ante el aparato de los métodos alemanes, como Fustel de Coulanges, son también restaurados en sus prestigios.

Hace pocos días Emilio Boutroux, en un artículo de *El Fígaro*, hablaba de Descartes a propósito de la ciencia alemana y del pensamiento francés. Descartes es, en efecto, figura en los presentes momentos de más actualidad que nunca. No prejuzguemos nada ni rechacemos nada ; pero sí afirmemos que el filósofo francés, tan claro, tan limpio, tan preciso, puede ser un guía espiritual de alto valor para el hombre de estudio. La utilidad de Descartes no ha pasado con el tiempo ni puede pasar. Habrá en su obra algo — o

mucho — de contingente y de fugaz ; el filósofo habrá tenido, en el siglo xvii, que reaccionar contra cosas y estados espirituales que ahora no existen. Pero la pauta del pensamiento, su manera de iniciarse y moverse, su posición ante la duda... todo eso es tan actual hoy en Descartes como lo es en Sócrates y su utilidad y provecho para el pensador, para el político y aun para el hombre de mundo no puede ser discutida. Abramos el *Discurso del método* ; repasemos una vez más estas páginas. Para quien conozca la literatura francesa, será evidente desde luego la enorme influencia ejercida por Descartes sobre los grandes autores del siglo xvii ; sobre Bossuet, Racine, Boileau, La Bruyère...

El *Discurso del método* es la obra de un hombre que ha viajado mucho, que ha tratado muchas y diversas gentes, que se ha visto en lances de todo género y que, al querer darse cuenta del mundo y del espíritu, trata de despojarse de todo prejuicio, de toda noción recibida y autorizada, y de pensar con independencia y por cuenta propia. «Lo bueno, si breve, dos veces bueno», decía nuestro Gracián. Y estas páginas tan hondas y tan breves de Descartès son dos veces buenas. Nada más lejos de la sequedad y avidez de los

corrientes tratados de filosofía ; el autor esparce a lo largo de su obra observaciones agudísimas de carácter personal ; en estos rasgos de psicología reside precisamente uno de los encantos del libro. Descartes nos cuenta de qué manera ha ido poco a poco librándose del peso de lo ya pensado para llegar a juzgar el mundo con un entendimiento limpio. Expondremos algunas de las observaciones que acá y allá se pueden recoger en el *Discurso del método*.

Sobre los viajes y los estudios históricos : «Cuando se emplea mucho tiempo en viajar acaba uno por hacerse extranjero en su país ; y cuando se es excesivamente curioso de las cosas que pasaban en la antigüedad se vuelve uno ignorante de las que pasan ahora.»

Sobre la oratoria y la retórica : «Los que tienen el razonamiento más fuerte y digieren mejor sus pensamientos, a fin de hacerlos claros e inteligibles, pueden siempre persuadir mejor lo que proponen, aunque no hablen más que en dialecto y no hayan aprendido nunca la retórica.»

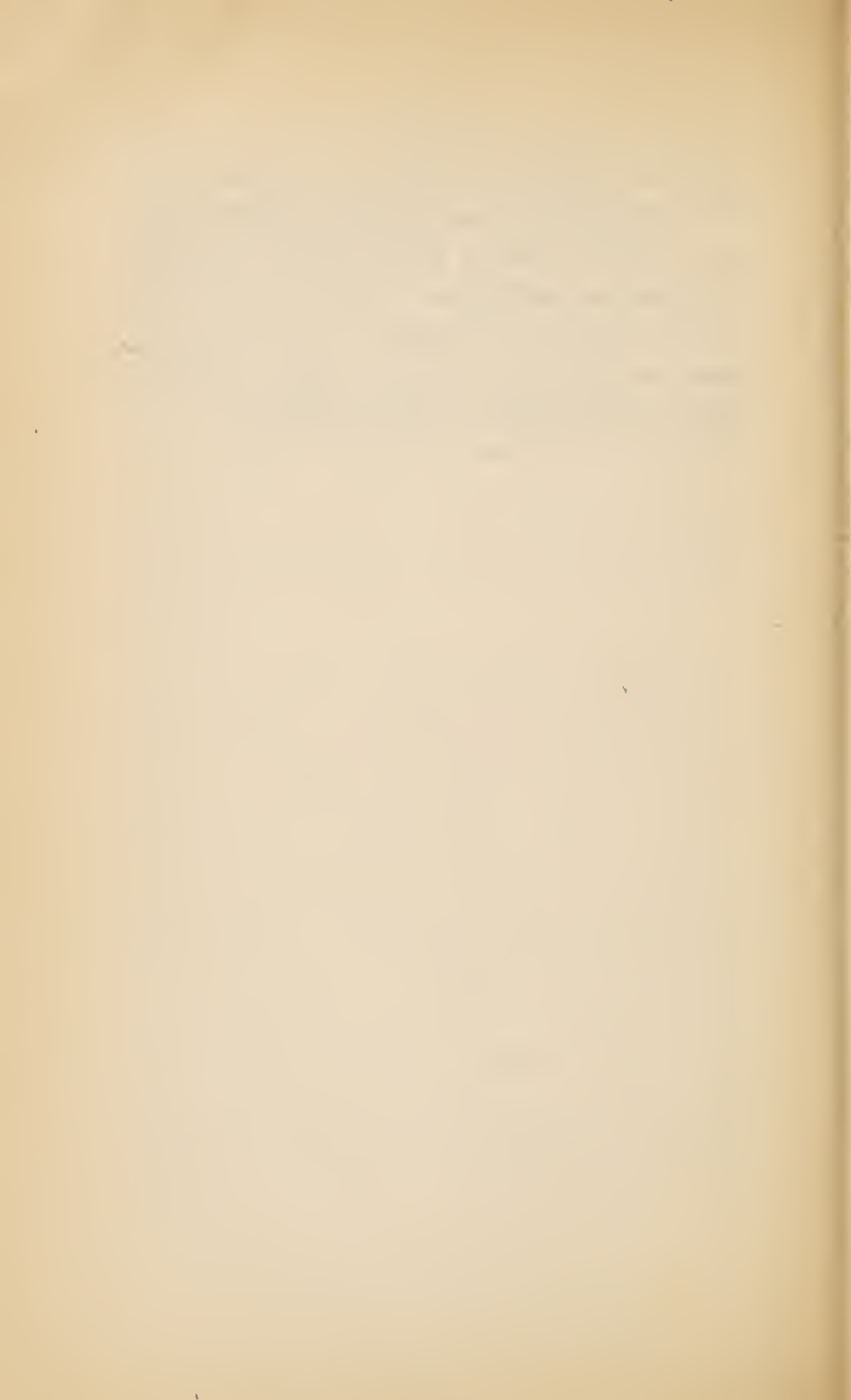
Sobre la experiencia : «Me parecía que podría encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace sobre los asuntos que le interesan, y cuyo resultado le debe castigar si ha

pensado mal, que en los que hace un hombre de letras en su gabinete sobre especulaciones que no producen ningún efecto.»

Sobre las opiniones extrañas (lección de tolerancia): «Habiendo aprendido en el colegio que no se puede imaginar nada de absurdo e inverosímil que no haya sido ya dicho por algún filósofo; y luego, viajando, habiendo visto que todos los que tienen sentimientos totalmente opuestos a los nuestros no son por eso bárbaros ni salvajes, sino que muchos usan tanto como nosotros de la razón.»

He aquí ahora las cuatro reglas del método de Descartes: 1.<sup>a</sup> No aceptar nunca ninguna cosa como verdadera no teniendo la *evidencia* de que lo es. 2.<sup>a</sup> Cuando se presenta una dificultad, desmenuzarla, dividirla en partes, para ver si así podemos darnos mejor cuenta de ella y resolverla con más facilidad. 3.<sup>a</sup> Ordenar las ideas de modo que de lo más elemental vayamos siempre a lo más complejo. 4.<sup>a</sup> Hacer continuos recuentos y requisas de las ideas y de las cosas, pasándolas con cuidado y volviéndolas a pasar... Todo el sistema del gran filósofo está aquí. Como medida provisional, el término medio, la actitud expectante y discreta. No me place estar en los

extremos — piensa Descartes ; — porque estando en el centro, en caso de errar, tendré que recorrer menos distancia hacia el punto donde está la verdad que hallándome situado en uno de los cabos. En resolución, Descartes, tan sencillo, tan claro, tan fuerte, tan exacto, puede ser un inspirador fecundo para la nueva Francia.



## La influencia de España

Se habla frecuentemente de la influencia de la literatura francesa en la española ; se suele hablar menos a menudo del influjo de la española sobre la francesa. Dediquemos al tema unas palabras. Hace años, un hispanista — Morel-Fatio, — ilustre entre todos los extranjeros amantes de España, publicó el primero de un serie de volúmenes dedicados a cosas españolas. Fernando Brunetiere consagró en la *Revue des Deux-Mondes* (1.º Marzo 1891) un estudio al libro de Morel-Fatio. Y en ese estudio, titulado *La influencia de España en la literatura francesa*, hay observaciones que es interesante recoger. Sabido es que Brunetiere, con Taine, representa el punto máximo en la crítica francesa : Taine, en el positivismo, en el determinismo ; Brunetiere, en un espiritualismo que ha luchado por asentarse en bases positivistas. Pero vayamos a nuestro asunto. Comienza Brunetiere diciendo que, entre las grandes literaturas europeas, «pocas que sean



más ricas y, sobre todo, más originales que la española». Dos veces, por lo menos, la influencia española se ha dejado sentir en la literatura francesa : una hacia mediados del siglo xvi, con los libros de caballerías ; otra, hacia mediados del siglo xvii y por mediación de Corneille, Scarron y otros. Después, a lo largo del tiempo, ha habido también otras ocasiones en que el influjo español ha marcado su huella en Francia. Recuérdese a Beaumarchais con su *Figaro*, y luego a los románticos, con Hugo, Gautier y Merimée.

España ha llevado a Francia y a Europa en general — dice Brunetiere — el sentido de lo caballeresco y de lo romancesco. Representa y encarna este sentido en literatura una cierta idealidad, algo grande, generoso y desinteresado que está por encima de la escueta realidad. Nada de caballeresco había ni en Francia ni en Italia. «Ni Boccacio es romancesco, ni lo es Maquiavelo ; no se dirá tampoco que hay nada de caballeresco en la novela de Rabelais o en la poesía de Villon.» Pero — advierte Brunetiere — no se caiga en el error de confundir lo romancesco con lo poético. Son cosas distintas. La Italia del siglo xv era, indudablemente, poética ; pero esa Italia era, sobre todo, naturalista, profundamente naturalista.



«Y era necesario que lo fuese para poder luchar contra el espíritu, todavía vivaz, de la Edad Media.» En cuanto a Francia, su realismo no tenía atenuaciones. Y a esas literaturas realistas, impregnadas de concreta realidad — añade Brunetiere — «los *Amadises*, con su sentido de lo maravilloso, le volvieron las alas y el ímpetu del ensueño.» La obra de España, la influencia espiritual de España en las literaturas europeas, fué, pues, considerable. Los libros de caballerías hicieron entrar el ideal en la obra de arte. «Acaso contribuyeron — dice Brunetiere — a plantear, por decirlo así, la religión del punto de honor ; acaso contribuyeron a reintegrar algo de la idea de la justicia en ese mundo nuevo que entonces estaba elaborándose sobre el interés como su única base.»

Si los libros de caballerías han influído en Francia, igualmente lo ha hecho nuestro género pastoral. Mas las dos cosas son una misma. Lo pastoral, ¿no es lo caballeresco y romancesco de los campos y de las églogas? La *Diana*, de Montemayor, fué traducida tempranamente en Francia ; una de las obras francesas que más han influído en toda la literatura del país vecino — la *Astrea*, de Urfé — no es más que una resonan-

cia del libro español. Pero hay más : Brunetiere va siguiendo perspicazmente la evolución de lo romántico en España. Lope de Vega transporta al teatro el sentido caballeresco de los antiguos *Amadises*. Toda una inmensa corriente dramática nacional brota del esfuerzo inicial de Lope. Y lo que constituye la creencia más íntima de este teatro es lo que ha de pasar a Francia y determinar allí obras maestras de literatura. Romancesco es el teatro español — dice Brunetiere. — Romancesco, por la inverosimilitud, por la complicación, por la libertad algunas veces extravagante e increíble de la intriga, lo caballeresco no constituye menos el fondo del teatro español. Y esa unión de lo caballeresco con lo romancesco, en que estriba su originalidad, es lo que nuestros dramaturgos del siglo XVIII han tratado de imitar.»

Pero en el siglo XVI español nos encontramos con la novela picaresca. ¿Qué representa la novela picaresca? ¿Cuál es su significación ideológica? «Interesante sería, sin duda — dice — Brunetiere, — un estudio de las relaciones del espíritu caballeresco con el género que se llama picaresco ; de las relaciones del *Amadís de Gaula* con la *Garduña de Sevilla* o del *Palmerín de In-*

*glaterra* con el *Guzmán de Alfarache*.» ¿Existirá como una *idealidad* de la vida buscona? Esos pícaros, tan ingeniosos, errabundos y fértiles en tretas, ¿serán una especie de caballeros andantes por otro orden? «¿Podremos decir que a medida que una sociedad se concreta, se organiza y se normaliza, los andantes caballeros de antaño se convierten en los negociantes aventureros y buscones de hoy?» La observación del crítico es profundamente exacta. ¡Qué cantidad de energía y qué prodigiosa fecundidad del discurrir no representan hoy las vidas de los grandes aventureros! La novela picaresca española ha llevado su contribución a las letras francesas, sin contar con los libros que ese género ha inspirado entre nuestros vecinos; «¿por qué — pregunta Brunetiere — no haremos provenir de ese género, de esa influencia española, esa ceguedad que, en nuestros días, caracteriza en Francia la novela realista?» Y aquí una observación profunda sobre nuestra literatura clásica. «No hay, ciertamente, lugar para las efusiones del sentimiento en el mundo de los pícaros; y, por otra parte, es una característica de la literatura española el carecer a menudo o habitualmente de humanidad. ¿Las obras de Santa Teresa y de Ignacio de Loyola no serían una

prueba de ello?» Es un gran crítico conservador quien habla. En España, Larra sostiene una opinión análoga respecto a la falta de humanidad de nuestra literatura clásica; hablamos — y habla Larra — en términos generales, y teniendo en cuenta las excepciones (Cervantes, Garcilaso, Luis de León, etc.).

Llegamos a la gran época del romanticismo. Aquí Brunetiere, y aludiendo al españolismo de Hugo, de Merimée, de Gautier, se expresa en términos idénticos a los de nuestro Menéndez Pelayo en sus *Ideas estéticas*. Hay una verdad que está por encima de los detalles de las fechas y de las particularidades históricas. Esa *verdad española* es la que han recogido en sus obras los románticos franceses. A la teoría de la verdad estética, independiente y superior a la verdad histórica, que el poeta Vigny expone en el prólogo de su novela *Cinco-Marzo*, presta su adhesión el autor de las *Ideas estéticas*. Y esa teoría es la que se debe tener en cuenta al juzgar del españolismo de Víctor Hugo, por ejemplo. Aparte de que, como observa profundamente Brunetiere, cuando dos pueblos, cual lo han hecho el español y el francés, han vivido en íntima comunicación durante siglos, pueden haber llegado a formar en-

tre ellos una especie de atmósfera ideal que a uno y otro les dé en sus obras sensacionales si inexactas en la apariencia, hondamente verdaderas en su esencia. «Flota entre los dos pueblos entonces — dice el autor — yo no sé qué imagen de ellos mismos, imprecisa, vaga, si se quiere ; pero tal vez más verídica que si estuviera más precisada.»

En resolución, «la gran originalidad de la literatura española — concluye Brunetiere — estriba en haber salvado, en el tiempo del Renacimiento, para transmitirlo más tarde al resto de Europa, casi todo lo que merecía ser salvado del ideal de la Edad Media». En nuestros días — añade el autor — el romanticismo alemán ha intentado algo análogo ; pero era tarde ; dos o tres siglos de cultura clásica debían hacer fracasar el intento. «En España, y a pesar de Cervantes, la tradición no ha sido interrumpida. Sin dejar de tomar parte en el movimiento del Renacimiento, ningún país, ninguna literatura ha sabido preservar mejor su originalidad.» Francia debe poca cosa a la literatura alemana ; algo más a la inglesa, sobre todo en el siglo XVIII ; mucho, a la española y a la italiana. La española es la que con más continuidad e intensidad ha obrado sobre Francia.



## La voz de Renan

Evocan estos días los escritores franceses la figura de Renan. La voz de Renan fué la más autorizada que en 1870 protestó de los horrores de la invasión teutónica. La devastación de esa guerra alcanzó a una casita que Renan tenía en Sevres ; pero al filósofo no le importaba su modesta casita ; le importaba, sí, la integridad de su patria ; le importaba, sí, el ideal de derecho, de justicia y de progreso que la humanidad persigue a través de los siglos, y que entonces — como ahora — se veía lesionado y paralizado por la fuerza brutal de una invasión. Le ocurrió entonces a Renan una aventura interesante. Strauss, el autor de la conocida *Vida de Jesús*, le dirigió a Renan una carta en un periódico ; Renan contestó con otra ; luego Strauss, sin consultar a Renan, hizo un folleto con su carta y la de Renan y lo puso a la venta, a beneficio de una institución de inválidos alemanes. La sorpresa



del gran francés al enterarse de esta ligereza de Strauss fué notable. Renan, que no se asombraba de nada, se asombró en esta ocasión al ver que él, sin querer, iba a aliviar la suerte de los que habían devastado su patria. De nuevo cogió la pluma para escribir a Strauss. Y con su más fina ironía le decía : «¡ Líbreme Dios de ponerle a usted pleito sobre la propiedad literaria ! La empresa a que usted me ha hecho contribuir es, por otra parte, una obra humanitaria ; y si mi deleznable prosa ha podido contribuir a proporcionar algunos cigarros a los que saquearon mi casita de Sevres, yo le doy a usted las gracias por haberme deparado ocasión de ajustar mi conducta a algunos de los preceptos de Jesús que me parecen los más auténticos. Pero considere usted ciertos matices de la cuestión : si usted me hubiera permitido publicar un escrito suyo, yo nunca hubiera hecho de él una edición a beneficio de nuestro Hotel de los inválidos. El ímpetu le arrastra a usted ; la pasión le impide ver estas pequeñeces de gentes cansadas que por aquí llamamos buen gusto y tacto.»

¡ Buen gusto y tacto ! ¡ Cuánto se podría hablar de esto a propósito de tanto y tanto alegato germano y germanizante, desde el famoso ma-

nifiesto de los intelectuales alemanes hasta los paroxismos de la pasión teutónica española! Renan era el equilibrio y la dulzura. Renan representaba ilustremente esa Francia generosa cuyo triunfo anhelamos ardientemente. ¿Qué son al lado de esta humanidad y esta templanza las brutales apologías de la fuerza de un Mommsen o un Treitschke? Cuando todo eso — falsas teorías del Derecho, falsas visiones de la Historia, falsas concepciones de la vida de los pueblos; — cuando todo eso haya pasado como una tolvana de locura, perdurará en el mundo, luminosamente, la sonrisa de Renan, la buena sonrisa henchida de malicia, de melancolía y de indulgencia. Escuchad estas palabras del maestro; escuchen estas palabras de Renan, escritas en 1870, todos cuantos ansían ahora el triunfo del ideal latino. «Aspera y orgullosa — dice el maestro — es esa virtud germánica que nos castiga, como Prometeo, de nuestros temerarios ensayos, de nuestra loca filantropía.» Es decir, que castiga a Francia, que puede devastar Francia, porque Francia no ha dedicado la vida entera de la nación, desde la Universidad al taller, a crear un espíritu y una industria esencialmente militares; porque, en vez de encauzar todas las ener-

gías del pueblo hacia el militarismo, ha pensado en otras cosas que con la fuerza militar no tenían relación ninguna. «Pero nosotros — añade Renan ; — pero nosotros podríamos decir con el gran vencido : «Júpiter, a pesar de todo su orgullo, haría bien en ser humilde. Al presente, puesto que es vencedor, dispone y manda, alucinado con el ruido de sus truenos, mostrando en sus manos el rayo vengador. Pero todo eso no le preservará de hundirse un día en un fracaso terrible...

Mas quizá pueda creerse que estas palabras enérgicas empañan un poco la serenidad del maestro. No ; Renan, en 1870, no quiere un porvenir de odio para su patria. Renan, hoy, con ser más grande el horror de la presente guerra, seguramente que dudaría antes de poner en sus palabras una renuncia a la generosidad y a la esperanza. Renan, hoy, seguramente, pediría una sanción eficaz que pudiera evitar al mundo una nueva amenaza del dominio de la fuerza sobre el derecho ; pero Renan, ahora, como en 1870, quería ver a Francia, a su Francia, desempeñando en el mundo, después de la guerra, la misión ideal y generosa que siempre ha desempeñado. He aquí las terminantes palabras del maestro a este respecto : «Nosotros, los franceses, no hemos cam-

biado. Otros en el mundo han podido cambiar ; pero, tranquilizaos, nosotros somos incorregibles. Nosotros no separaremos jamás el interés de Francia del de la verdad. Jamás consideraremos nosotros la ciencia, la civilización, la justicia, como la obra de una sola raza o de un solo pueblo. Nosotros persistiremos en creer que todas las naciones sirven esas causas, cada una según su genio. Cuanto cultivemos la ciencia, nosotros no diremos jamás : *Nuestra ciencia*. La verdad, el bien y la belleza son del dominio de todos. Nunca tendrán nuestras simpatías el pedantismo que divide el espíritu humano en casilleros e introduce en la región del alma a manera de compartimientos cerrados, ni la hipocresía que acapara la Providencia y dice con afectación : *¡Nuestro Dios!* ; Como si se pudiera decir *nuestro Absoluto, nuestro Infinito!*»

Estas palabras del gran francés, encierran una profunda lección. Medítenlas, sobre todo, aquellos elementos de la extrema derecha que en los días presentes, impulsados por la pasión, pretenden, ante el tremendo conflicto europeo, acaparar — como dice Renan — lo Absoluto y se declaran poseedores privilegiados de lo Infinito.



## El Instituto francés de Madrid

El Instituto Francés, establecido en la calle del Marqués de la Ensenada, ha inaugurado sus tareas. Hay abiertas en este establecimiento diversas cátedras de historia, lengua, arte y literatura de Francia. Algunos de estos cursos son elementales ; otros, están consagrados a más hondos conocimientos. Merece plácemes y elogios la labor que el Instituto Francés viene realizando desde hace varios años. Se halla al frente de él un hombre — M. Ernest Merimée — que por su tacto, por su discreción, por su delicadeza, ha sabido captarse el respeto y la simpatía de todos. La labor que el Instituto Francés realiza puede contribuir en gran manera a la mutua comprensión de los dos países. Hace falta que entre España y Francia se establezca una relación íntima basada en un conocimiento escrupuloso de los dos países. A la hora presente existe ya un núcleo de literatos y publicistas, tanto en España como

en Francia, que conocen el país hacia que dirigen sus simpatías ; pero hay también una gran masa de público que necesita de esclarecimientos y de discretas advertencias. Y en esta masa de público entran toda clase de elementos, tanto los populares como los aristocráticos o de acomodada burguesía.

Uno de los tópicos más corrientes, por ejemplo, cuando entre nosotros se habla de Francia, es el de que los escritores franceses nos han maltraído y ridiculizado, o que, viajeros en España, viajeros un poco atolondrados, han permanecido indiferentes a lo que de bello y de grande, verdaderamente bello y grande, hay en España. Y la objeción que a tal reproche se presenta al momento es lógica : ¿de qué país no se podrá decir otro tanto? ¿A qué viajeros, de cualquier nacionalidad que sean, viajeros por el país que viajen, no se podrá incriminar otro tanto? España no es una excepción en el mundo ; seamos conscientes de nuestro valor — en el grado que sea ; — pero no llevemos nuestro puntillo de honra hasta ese extremo. En todas las naciones se hacen pinturas extremadas de los naturales de otros pueblos ; todos los países pueden quejarse de viajeros y excursionistas que no han sabido ver las cosas



de la tierra, o que las han visto de través y a contrapelo. España no puede ser una excepción ; Francia no lo es tampoco ciertamente respecto a la pintura que de ella han hecho nuestros escritores. ¡ Qué cosas ha dicho de los franceses Baltasar Gracián ! (Aunque no tan duras como las que ha dicho de los alemanes.) Y Bretón de los Herreros, en 1843, ¿ no hace con su comedia *Un francés en Cartagena* la más estrambótica y disparatada caricatura, una caricatura superior a las que de un español y de España pudo hacer Dumas ? Las reconvenções entre España pueden ser mutuas ; si nosotros podemos reprochar su ligereza o injusticia a los franceses, los franceses tienen materiales sobrados en que apoyar, respecto de nosotros, idénticas incriminaciones. Sería conveniente, para la inteligencia de los pueblos, que abandonáramos definitivamente esta materia de querellas.

No lo hemos de hacer, sin embargo, antes de dejar aclarados, para mutua tranquilidad, ciertos extremos. Diremos cuáles. Viajeros y publicistas arrojadizos y livianos han existido siempre ; es de suponer que seguirán existiendo. Por España continuarán viajando franceses casquivanos, y por Francia, españoles atolondrados. Unos y

otros nos contarán después, en libros y periódicos, sus impresiones. Y estas impresiones serán, como las de antaño, absurdas, disparatadas e injustas. Precisa — y esto es lo esencial — examinar, ante todo, la personalidad del viajero o publicista ; ver cuál es su autoridad ; saber de qué prestigio goza en su país y cuáles son sus méritos intelectuales. Todo esto a fin de no dar una importancia que no tiene, que en ningún modo tiene, a un determinado artículo de periódico o a un libro. Frecuentemente se está viendo el caso en la Prensa, en la de España y en la de Francia : un escritor español (y lo mismo se puede decir de otro francés) encuentra un texto lesivo para el prestigio de su país ; inmediatamente escribe sobre él un artículo y expone tales palabras a la indignación de sus compatriotas. Los compatriotas (españoles o franceses) no conocen la personalidad del autor de tales palabras ; pero cuando ven el dicho texto recogido y comentado con tal aparato de asombro y de cólera, juzgan, con perfecta lógica, que, en efecto, el caso es digno de que se le tome en consideración y de que se proteste contra él. Resultado : indignación, resentimiento, odio, motivo de discordia entre dos países por cosa que, en realidad no merecía ni siquiera el más leve gesto de atención.

Acostumbrémonos a inquirir y considerar las condiciones y méritos de los publicistas que de fuera de España vienen a visitarnos, o que desde fuera de España, emiten su opinión sobre nosotros. Frecuentemente llega a Madrid uno de esos escritores que, siendo agradables, amenos, no gozan en Francia de verdadero prestigio intelectual. Inmediatamente se abren todas las puertas ante tal periodista ; a los literatos puede tratarlos como a camaradas con los que se ha convivido treinta años ; los políticos, ex ministros, ex presidentes de las Cámaras y del Consejo le franquean de par en par su corazón y puede él hacer con ellos cuanto le place. Luego dicho escritor torna a su país y escribe cosas que causan asombro e indignación. Los literatos españoles sonríen ; los periodistas publican sus crónicas henchidas de cólera ; los políticos van y vienen con sus rectificaciones y nos aturden con lo que dijeron o quisieron decir. Y el periodista viajero, allá en Francia, piensa, y con muchísima razón, que España es un país de mentecatos y botarates. De mentecatos y de botarates — o poco menos — porque ni sus políticos ni sus literatos saben tener respeto de sí mismos, y se entregan al primero que llega, y charlan indiscretamente lo que no

debieran charlar, y es fácil entrarse por sus puertas a cualquier hora y en la forma que sea. ¿Será o no será verdad todo esto o gran parte de esto? Y ¿cómo podremos alegar en nuestro descargo que nuestra conducta con el periodista aludido es producto de la cortesía y de la llaneza, cuando sabemos que políticos y literatos proceden así por afán de reclamo y ansia de exhibición? Y esta ligereza, esta falta de autoconsideración, este amor infantil y ridículo al elogio — síntomas todos de inferioridad —, ¿a quién se los vamos a reprochar: a Francia, al periodista francés, o a nosotros mismos, los políticos y literatos españoles? Además, ¿como puede tener excusa el que tomemos por un escritor de mérito a quien no es más que un mediano informador?

En los juicios emitidos en el extranjero acerca de España es de justicia que tengamos siempre presente esta consideración. No nos cansaremos de repetirlo. El texto de un literato mediocre no puede tener el valor representativo del de un poeta o un filósofo eminentes. ¡Que nos puede importar que un Pierre Louys o un René Maizeroy hayan escrito libros en que se pinta de esta o de la otra manera a España! También aquí hay escritores equivalentes a esos, escritores

que han hecho libros en que se habla de la corrupción francesa, de la mujer francesa, del adulterio, de París, moderna Babilonia, etc., etc. Y ¿qué prestigio tienen aquí estos escritores, ni qué puede importarle a Francia de tales pinturas? Barbey d'Aurevilly, como crítico, era un hombre estrafalario y sin discernimiento (aunque como novelista ha hecho libros admirables); Barbey, crítico, dijo algunas ligerezas sobre el *Quijote*. ¿Qué importancia vamos a dar a esas palabras? Ninguna. En cambio, se la concederíamos en alto grado si las hubiera escrito un hombre de verdadera autoridad en la crítica, un Saint-Beuve, por ejemplo.

Volvamos a nuestra cantilena: aprendamos a respetarnos nosotros mismos para que nos respeten a nosotros los demás; sepamos distinguir un texto realmente significativo de otro que no tenga valor ninguno; no demos importancia y realce a cosas, palabras e incidentes desprovistos de toda substancia; encaminemos nuestros esfuerzos a estimar los pueblos extraños en lo que tienen de verdaderamente grande, no en sus fugitivos accidentes... El Instituto Francés en España — dirigido por tan discreto caballero como M. Merimée — inspira su labor en estas altas y nobles

normas. Por eso merece las más cordiales simpatías de todos los amantes de Francia y de España.

## Rabelesistas y Cervantistas

No hace mucho dedicábamos un artículo a Remy de Gourmont. En Francia se ha recordado recientemente la dilección que dicho escritor tenía por los libros de Rabelais. En el culto a Rabelais acompañaba Gourmont a France. También Anatole France es un entusiasta del autor de *Gargantúa*. Una revista ha publicado un fragmento de alguna de las conversaciones que uno y otro escritor, France y Gourmont, solían mantener acerca de su común simpatía. Si gustaban los dos de Rabelais, no iba su amor hasta convertirse en fanatismo; Rabelais era para ellos, no un ídolo chino, sino un amigo a quien se quiere y a quien se le habla con franqueza y sin remilgos.

— Rabelais — decía Gourmont — no era lo que llamamos, o, mejor dicho, llaman los alemanes un sabio. Nunca fué pedante y enfadoso. Sabía lo que tenía interés y lo que no lo tenía; no confundía nunca la erudición con la inteligencia.



— Tiene usted razón de sobra, querido Gourmont — replicaba France ;—a mí también me son desagradables los fanáticos de Rabelais que se esfuerzan por hacernos creer que Rabelais entendía de todo. Se ha llegado a decir, a propósito de la guerra entre Gargantúa y Picherochilos, que Rabelais era un gran estratega. Riámonos. Por ese sistema, ¿qué autor no podrá ser un táctico de primer orden? Le digo a usted que estoy tentado de hacer la prueba con Paul de Kock. ¿Recuerda usted aquella novela suya en que un sargento adiestra a gritar a una cotorra *¡Presenten, armas!*? pues eso podría ser una base para mi estudio...

Anatole France tenía razón en sonreír ; pero el hecho no es exclusivo de Francia. Muy lejos habrán ido en Francia los rabelesistas ; no habrán ido, sin embargo, tan adelante como en España los cervantistas. No condenamos esta singularidad ; tratamos de explicarla. No la condenamos, porque, en el fondo, tales extremos de la adoración son naturales y lógicos. En el campo de la admiración ha de haber de todo : hombres extremados y hombres discretos : espíritus desapoderados y espíritus razonadores. Pero que los exaltados y los posesos permitan, si no una condenación de su

conducta, sí una explicación de ella y una no conformidad. Cervantes, al igual que Rabelais, ha sido considerado como estratega, y además como geógrafo, jurisconsulto, médico, botánico, político, etc., etc. Poco a poco se ha ido formando una especie de *misticismo cervantista*; ya, afortunadamente, han sido abandonados estos vericuetos de la estrategia, de la geografía, la medicina, etc.; pero el ambiente que se quiere formar alrededor de Cervantes diríase que no es el de la admiración cordial, sincera, afectuosa, sino el de la adoración dogmática e incondicional que no admite distinguos, observaciones y réplicas. Recordamos ahora un cierto pasaje del librito que don Fermín Caballero consagró a Cervantes considerándolo como geógrafo. Hablando Caballero de la descripción que Cervantes hace del baile manchego, copiaba las siguientes palabras del autor del *Quijote*: «Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, el azogue de todos los sentidos.» Y añadía por comentario don Fermín, que era un hombre inteligente y un genio escritor: «Leyendo estas imágenes sublimes nos parece estar gozando de la visión intuitiva de nuestro baile nacional.» *Imágenes sublimes, visión intuitiva...* ¿Qué tiene aquí

que hacer para nada la sublimidad? ¿Para qué hablar de sublimidad cuando se trata de frases corrientes y cuando la sublimidad es muy otra cosa?

Pues hoy, aun persiste entre algunos de nuestros cervantistas este espíritu. Se podrían citar curiosos casos. Y vamos a repetir por segunda vez, para que no puedan interpretarse aviesamente nuestras palabras; vamos a decir por segunda vez que lo que deseábamos sería, para Cervantes, no una exaltación desapoderada y fanática, sino una admiración cordial, afectuosa y razonadora. El mayor daño que le puede hacer al autor del *Quijote* es seguir laborando sobre ese *misticismo cervantista* de que hablábamos antes; la creación del dogma suscita lógica y fatalmente la rebeldía y la protesta; la pasión justifica la repasión. Y después debemos considerar que Cervantes no está solitario en su época; Cervantes es un árbol hermosísimo; pero un árbol, no aislado en una llanura, sino en un bosque con otros árboles. Cervantes no se hallaba solo, como un milagro; en el siglo xvii están con él, rodeados todos de un ambiente de cultura, Lope, Góngora, Gracián, Tirso, Calderón... No consideremos a Cervantes, aislándolo, sin tomar en cuenta ni el ambiente ni sus compañeros de letras, de una manera que sería, aparte

de anticientífica, injusta para Lope, Góngora, Gracián, etc., y depresiva, en resumen de cuentas, para el mismo Cervantes. Y añadamos que la difusión y perfección de la lengua castellana (no más extendida y perfecta que la francesa o la inglesa) no se debe sólo a Cervantes. En cuanto a la perfección, se debe a Cervantes y a otros muchos escritores castellanos ; y se debe — esto es lo esencial — al pueblo, a la masa popular, perdurable almáciga o vivero del idioma, donde el idioma está siempre en germinación y crecimiento. Y en cuanto a la difusión por el mundo, se debe a Cervantes y a sus camaradas de letras ; pero se debe más a gentes que no eran ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, etc., sino hombres de milicia, guerreros, conquistadores, que anduvieron por distintos países de Europa y por América. No olvidemos, finalmente, cuando tratemos de celebrar con monumentos o conmemoraciones el idioma castellano, que en España existen varios idiomas, alguno de ellos, como el catalán, idioma del sentir y del pensar de todo un pueblo con su historia y con su etnografía, idioma en que antigua y modernamente han sido trabajadas obras literarias verdaderamente admirables y perfectas...

En fin, que cada cual marche por su camino ;

pero que los exaltados y frenéticos no quieran regatear a los condicionales su derecho a la admiración razonada. Achaque y muletilla harto cansada de ahora es lo de reprochar a los nuevos escritores un espíritu de crítica negador y abominador de todo. Se exagera bastante. Y no se ve — o no se quiere ver — que lo que al presente ocurre ha ocurrido en todos los siglos. Nos limitamos a la literatura. ¿Podrá hoy parecernos ningún siglo tan pródigo de ingenios de toda suerte como el xvii? Pues Gracián, por ejemplo, no se cansa de repetir en el *Criticón* que su tiempo es estéril en hombres, y que él no descubre a nadie verdaderamente eminente. ¡Cuántos poetas no contamos hoy en la décimoséptima centuria! Pues en el prólogo de *El Peregrino en su Patria*, Lope de Vega, no un muchacho rebelde y extravagante de ahora, escribe lo siguiente: «Yo no conozco en España tres que escriban versos.» Y pocas líneas antes había dicho: «En España se tiene por sin duda que no ha nacido poeta en este siglo.» ¡Que cada cual diga de los escritores antiguos lo que le plazca! Los clásicos no padecen nada con el examen, la contradicción y la negación. Lo deplorable es el silencio. La contradicción supone ya preocupación. Seguramente Cer-

vantes, tan llano y hecho a la vida libre y ancha, gustaría más de uno de esos escritores que le discuten, que de un cervantista de los que ven exquisitos primores donde no hay sino palabras corrientes. Anatole France y Remy de Gourmont sonreían de los rabelesistas inmoderados ; sonriamos también acá en España de sus congéneres los cervantistas sin freno. Sonriamos benévolutamente ; pero dejémosles con su simpática quimera. Esos cervantistas desempeñan una misión especial : que es la de suscitar la crítica y estimular la contradicción.





## Las cualidades esenciales

En uno de nuestros trabajos citábamos unas frases de Saint-Evremont. Saint-Evremont es uno de los observadores franceses que han dado su dictamen sobre España. Nunca se insistirá bastante en el estudio de las influencias entre Francia y España y en el examen del juicio que a unos y otros escritores — franceses y españoles — ha merecido uno y otro país. Este tema necesita ser tratado con cierta imparcialidad. Cierta imparcialidad que facilite, cuando haga falta, el sacrificio de un prejuicio nacional, de un apego excesivo a las cosas del país, de un exclusivismo que enturbie la visión clara del problema. Nosotros, los españoles, ¿no habremos de hacer una revisión de los juicios que sobre nosotros han formulado los franceses para considerarlos despacio y ver lo que de exacto hay en ellos, aunque nos duela? Y, por otra parte, ¿no tendremos que inquirir, cuando se trata de un parecer adverso y agrio, cuando se

trata de una de las llamadas *leyendas*, si nosotros, dentro de nuestra casa, no los extranjeros, no los franceses, no hemos sido los autores primitivos de esos juicios y de esas leyendas que luego han corrido por Europa? No nos cansaremos de repetirlo, y hemos citado ya muchos casos; tema es éste que nos parece de un vitalísimo interés, porque aquí se engendran muchos errores, muchos tópicos, muchas fantasías que contribuyen a dificultar la perfecta y cordial inteligencia entre dos países vecinos. Entre los tópicos y leyendas de bajo vuelo y chabacanas, ¿quién no recuerda, por ejemplo, lo de la navaja en la liga, y quién no tiene en la memoria la preocupación de los escritores franceses por los asaltos de los facinerosos a las diligencias y los desvalijamientos y fechorías que los bandidos puedan ocasionar en ventas, caminos y angosturas? «¡Esos franceses!», solemos gritar. «¡Esos franceses, que siempre han visto una España absurda y grotesca!» Pues cuando oigamos tales lamentos debemos reflexionar en lo siguiente, por lo que toca ahora a los ejemplos citados: que lo de la navaja en la liga no es una invención francesa, puesto que en plena España, en el camino de Madrid a Andalucía, se vendían unas ligas con leyendas relativas a la navaja, ligas que,

por lo tanto, servían, *accesoriamente*, para sujetar las tales navajas. Y en cuanto a lo de los bandidos, ¿cómo no se había de tener preocupación por ellos si las antiguas guías de caminos no escasean en la siguiente advertencia, cuando se trata de ciertos cotarros y barrancos : *Paso expuesto a ladrones?*

Hemos citado casos vulgares : en esfera más alta y trascendental se pudieran citar también. La leyenda de nuestra crueldad en América, ¿de donde salió? El origen del rumor sobre el trágico acabamiento del príncipe Carlos, hijo de Felipe II, ¿cuál fué? Quien se hacía eco de ese rumor en la esfera del pensamiento español no era un hombre liviano — aunque sí apasionado ; — era una de las más altas glorias de la literatura española. Cuando Fray Luis de León nos dice, en el epitafio del príncipe Carlos, que, habiendo volado al cielo el alma del augusto mancebo, ha quedado a los supervivientes «miedo en el corazón, llanto en los ojos», ¿qué es lo que quiere significar con esto de *miedo*? ¿Se necesita más para solemnizar, eternizar la temerosa aprensión popular acerca de la tragedia principesca? ¿Qué le vamos luego nosotros a reprochar a Schiller y a Alfieri? Pero dejemos esto. En la versión que proponemos se

habrían de examinar, no los textos de gente insubstancial — eso no tiene valor ninguno, — sino los de hombres que han representado y representan algo en el pensamiento francés. Saint-Simon, Beaumarchais, Montesquieu, Voltaire, por ejemplo, han hablado de España. De ese número es también Saint-Evremont. Pocos espíritus tan finos y deliciosos como éste; Sainte-Beuve le llama *un Montaigne suave*. Este Montaigne, al igual que el otro, ha conocido los hombres y los libros; si la vida social y política del Montaigne primero es no desdeñable, tampoco fué escasa la de su discípulo del siglo XVII. Pudo Saint-Evremont, con muchos más motivos que Montaigne, puesto que fueron más sus fortunas y adversidades, conocer el corazón humano. ¡Qué páginas más penetrantes, v. g., las que dedica a la amistad! En el mundo de nuestros escritores deberán ser conocidas y meditadas esas páginas. En el mundo de nuestros escritores, donde la amistad sufre tantos cambios, balanceos y oscilaciones; donde la amistad está tan ocasionada a quiebra por dichos, referencias, hablillas y quisicosas; donde aun los hombres más sesudos y reflexivos pierden la serenidad y caen en flaquezas que luego su claro discurso deplora. ¡Y de qué manera nos dice Saint-Evre-

mont que cuando en la amistad sentimos una de estas menguas (lo que nuestros místicos llamaban *sequedades*) deberemos refrenarnos, haciendo un esfuerzo sobre nosotros mismos, para no dar importancia a lo que realmente no lo tiene y no hacer irreparable lo que será fácilmente subsanado !

Saint-Evremont ha escrito algunas páginas sobre la literatura española. Ingeniosas son sus observaciones sobre nuestro teatro clásico. El autor hace una comparación de la dramaturgia francesa y de la española. En síntesis, su idea es la siguiente : el teatro español está todo consagrado a las aventuras de amor. Lo único, lo esencial allí es, entre los amantes, ver cómo pueden lograr una ocasión de encontrarse. Dados los celos, recelos, suspicacias y puntillos de honra de maridos, padres y hermanos, una barrera formidable se levanta siempre entre la mujer y el hombre que se aman. Pues bien ; todo el arte del teatro, arte de ingenio, de agudeza y de habilidad, consistirá en ver la manera de encontrarse los amadores. Una vez juntos — añade Saint-Evremont — se acaba la obra. En cambio, en Francia, donde no hay los obstáculos dichos, donde hay más amplitud en las costumbres, los amantes pueden juntarse a todas horas, y lo importante no es esta

confrontación, por lo tanto, sino lo que se cuentan y razonan en estas entrevistas. Y de aquí nacen los análisis psicológicos, el romanticismo de la pasión, la tragedia interna, puramente espiritual. La diferencia entre uno y otro teatro es radical; de Lope a Racine media un mundo. «Una dama española—cuenta Saint-Evremont — leía no hace mucho una cierta novela; y como después de un largo relato de aventuras esta señora topara con una delicada conversación entre un amante y su amada, exclamó: *¡Qué ingenio tan inútil! ¿Para qué razonar tanto cuando ya están juntos?*»

Vengamos a algo que nos interesa directamente para nuestra tesis. En su ensayo sobre el carácter de los franceses, Saint-Evremont, hablando de la característica de cierto aspecto brillante de la sociedad francesa, escribe: «Generalmente todo es fantasía; pero una fantasía tan bella, un capricho tan noble, en cuanto atañe al exterior, que los extranjeros, avergonzados de su buen sentido, como de una cualidad grosera, se esfuerzan en distinguirse en sus países por la imitación de nuestras modas, y renuncian a cualidades esenciales para afectar aires y maneras que les es casi imposible el reproducir.» La observancia es profunda y de una honda enseñanza. ¡Cuántos es-



pañoles se han extraviado y se extravían creyendo que la Francia honda, la Francia esencial, es la de los bulevares parisinos y la de las modas y la de las novelas ligeras! Muchos son los escritores — contrayéndonos al periodismo y a la literatura — que juzgan haber entrado en la entraña de Francia por la asimilación que hacen en sus libros y artículos de ese espíritu seductor, ameno y brillante; detrás de ellos, fiados en su prestigio, masas de público juzgan también que esa es toda y la única Francia. Y así va perpetuándose el error y la torcida inteligencia entre los dos países. A la inversa, un escritor francés y el público francés, en general, andarían descaaminados si supusieran que lo español y España es, por ejemplo, este falso y enfadoso casticismo literario que ahora, juzgándolo representante de la esencia de España, es gustado y aplaudido por la burguesía y la alta sociedad de España...

*¡Las cualidades esenciales!* Tenía razón sobrada el filósofo francés. Por irnos tras de lo brillante, no renunciemos a esas cualidades esenciales. Cualidades esenciales del genio francés, que debemos saber descubrir, estimar y admirar; y cualidades esenciales del genio español, que están a la par de sus análogas las francesas, pero que



valen más que las accesorias de Francia — como observaba Saint-Evremont, — del mismo modo que lo substancial de Francia vale más que lo fugitivo y pintoresco de España... que entusiasma a tantos franceses.

## La juventud francesa

En la XXIX de sus *Cartas marruecas* (escritas en 1768), el coronel don José Cadalso habla de la juventud francesa. Lo hace en términos de viva actualidad. Uno de los personajes de las *Cartas* (en que se expresan las ideas del propio autor, como en las análogas de Montesquieu) ; uno de los personajes de estas *Cartas* escribe : «En ambas vueltas que he dado por Francia he hallado en sus provincias — que siempre mantienen las costumbres más puras que la capital — un trato humano, cortés y afable para los extranjeros, no producido de la vanidad de que se les visite y admire, como puede suceder en París, sino dimanado verdaderamente de un corazón franco y sencillo que halla gusto en procurársele al desconocido». En Europa ha habido un ambiente de hostilidad contra Francia ; lo ha habido también contra España. No se puede deducir nada de estas universales malquerencias ; fundadas han sido en el pre-

dominio europeo que en ciertas épocas históricas han llegado a alcanzar esos pueblos. En Europa ha habido siempre apelativos especiales para los naturales de las distintas patrias ; con una palabra se forjaba un troquel que servía para millones de ciudadanos. Líneas más arriba de las copiadas de Cadalso, se dice que en Europa se le juzga «al español, religioso ; al italiano, político ; al inglés, soberbio ; al holandés, avaro, y al alemán, áspero.» No hay autor clásico español (Lope-Saavedra Fajardo, Gracián, etc.), que no traiga una retahila de éstas. Lope de Vega, por ejemplo, en *El peregrino en su patria*, trae la siguiente : «A los escitas llaman crueles ; a los italianos, nobles ; a los franceses, religiosos ; a los sicilianos, agudos ; a los flamencos, industriosos ; a los persas, infieles ; a los turcos, lascivos ; a los partos, curiosos ; a los borgoñones, feroces ; a los picardos, alegres ; a los bretones, duros ; a los alejandrinos, engañadores ; a los egipcios, atrevidos ; a los españoles, arrogantes ; a los alemanes, hermosos.» ¡ Pintar como querer ! En general, prescindiendo de esta clasificación, los más de los autores, al hablar de alemanes, franceses y españoles, les achacan, respectivamente, la embriaguez, la ligereza y la soberbia...

Cadalso en la *Carta* citada hace constar el cambio notable que la edad imprime en el carácter del francés. Podrá el francés haber sido intemperante e impetuoso en la mocedad ; mas en llegando a cierto momento de la vida, todos aquellos ardores dan paso a un bello y equilibrado juicio. «Todos los que llegan a cierta edad — dice nuestro autor — son, sin duda, los más sociables del universo ; porque desvanecidas las tempestades de su juventud, les queda el fondo de una índole sincera, prolija educación, que en este país es común, y exterior agradable.» «En llegando a los cuarenta años añade Cadalso — se transforma el francés en otro hombre distinto de lo que era a los veinte.» Pero no se crea que en el francés joven todo se reduce a las dichas impetuosidades. No todo en él es desenvoltura y libertad. Hay en la juventud francesa un fondo de idealismo y de entusiasmo que es lo que la hace verdaderamente admirable. «La misma desenvoltura de los jóvenes, insufrible a quien no los conoce, tiene un no sé qué que los hace amables. Por ella se descubre todo el hombre interior, incapaz de rencores, astucias ratearas, ni intención dañada.» Días pasados, Cadalso se encontraba esparciendo el ánimo en cierto café o botillería. Había allí un mozalbete francés que

charlaba inconsideradamente de las cosas de España. Cadalso escucha sus palabras estrepitosas, sus voces, sus gestos, y luego le dice a un amigo : «¿ Ves todos estos estrépitos, alborotos, saltos, gritos, voces, ascos que hace de España ; esto que dice de los españoles y sus trazas de acabar con todos los que estamos aquí? Pues apostemos a que si cualquiera de nosotros se levanta y le pide la última peseta que tiene, se la da con mil amores.» Y añade el autor : «¡ Cuánto más amable es su corazón que el de aquel otro desconocido que ha estado haciendo tantos elogios de nuestra nación, que nos consta a nosotros ser defectuosa por el lado mismo por donde la ensalza !» (Todo esto está un tanto desmañadamente expresado. Al primer joven, Cadalso no le ha pedido la última peseta, y no se puede asegurar que la dará. El segundo joven puede ser un hipócrita redomado ; pero al elogiar lo que no es digno de elogio puede ser también un papanatas.) El joven de los elogios — prosigue Cadalso — todo lo encarece y pondera ; dice mil primores de la capa ; intenta llevarla airosamente y no hace más que arrastrarla con desgarmo. Ha ido a la comedia y sale encantado después de haber visto un deplorable engendro. No ; preferimos a nuestro mocito francés

que, después de haber leído más de mil comedias clásicas, nos dijo que no había encontrado ni una sola escena en ellas regular.

Y ahora viene una observación realmente profunda y bien expresada de Cadalso, observación de la más viva actualidad. «Esta juventud — escribe el autor, — en medio de su superficialidad y arrebató, ha hecho siempre prodigios de valor en servicio de su Rey y en defensa de su Patria. Cuerpos militares de esta misma traza que ves forman el nervio del Ejército de Francia. Parece increíble, pero es constante que, con todo el lujo de los persas, tienen todo el valor de los macedonios. Lo han demostrado en varios lances ; pero con singular gloria en la batalla de Fontenay, arrojándose con espada en mano sobre una infantería formidable, compuesta de naciones duras y guerreras, y la deshicieron totalmente, ejecutando entonces lo que no había podido lograr su Ejército entero, lleno de oficiales y soldados del mayor mérito.» Con todo el lujo de persas, es decir, con el hábito de la elegancia, del refinamiento y de la cultura del espíritu, tienen los franceses, singularmente su juventud, todo el valor de los macedonios. Se está viendo de una manera espléndida en la presente guerra. Cadalso añade más ;



Cadalso, coronel, militar que supo morir heroicamente, añade algo que ha sido tan verdad en 1914 como pudo serlo en 1768 ; Cadalso alude a la terrible equivocación que puede sufrir quien juzgue a la nación francesa por sus aires y trazas aparentes de ligereza e irreflexión. ¡ Deplorable psicólogo sería quien tal hiciera ! Mal se ha calculado en 1914 al no contar con ese fondo de entusiasmo, de heroísmo y de abnegación de la nación francesa, fondo tradicional, innato, indestructible. A ese profundo error alude Cadalso. « De aquí inferirás — escribe el autor — que cada nación tiene su carácter, que es un mixto de vicios y virtudes, en el cual los vicios pueden apenas llamarse tales si se producen en la realidad algunos buenos efectos y éstos se ven sólo en los lances prácticos, *que suelen ser muy diversos de lo que se esperaba por mera especulación.* » Por mera especulación se esperaba que Francia, que la juventud francesa, que se nos pintaba disipada y corrompida, no pudiese resistir al asalto de un enemigo. Esa mera especulación ha engañado a los que pensaban ser debeladores de Francia. Esa mera especulación engañará también a los que piensan que Francia, después de la guerra, no va a recogerse sobre sí misma para organizar su vida



pública, limpiándola de escorias, sobre bases firmes de sinceridad, de tolerancia, de respeto mutuo y de autoridad inteligente e inflexible.



## Gobineau y la República

### I

El nombre de Gobineau se ha repetido mucho durante el transcurso de la presente guerra ; se considera a Gobineau como uno de los iniciadores espirituales del pangermanismo. Escritor francés, de vieja estirpe francesa, este aristócrata, que — como Stendhal — no gozó en su tiempo de popularidad, ha alcanzado después gran predicamento entre los intelectuales de Alemania. En Alemania se ha hecho objeto a Gobineau de repetidos trabajos y estudios : en Alemania ha sido creada una Sociedad de amigos y admiradores de Gobineau. El ejemplo ha sido imitado en Francia, y también en este país ha sido, durante los últimos años, estudiada la obra de Gobineau. ¿ En qué se funda el pangermanismo para exaltar a Gobineau? Este escritor sostiene que las razas humanas son desiguales ; una entre ellas descue-

lla sobre todas ; a una entre ellas está destinado el dominio de la ciencia, del arte, de la política ; de una, por encima de todas, será el imperio del mundo. Esa raza ha hecho las grandes cosas de la historia ; tratadistas posteriores a Gobineau — y alemanes de nación — añaden que incluso el helenismo y el Renacimiento son obra de esa raza, del fondo y del espíritu de esa raza. Y los caracteres con que se pergeña esa raza son precisamente los que convienen al pueblo alemán y en él encuentran su medida. El conde de Gobineau había, por lo tanto, de encontrar su exaltación en Alemania.

Vale la pena de que dediquemos unas líneas a este peregrino escritor, que, siendo francés, archifrancés — de la estirpe mental de Beyle, — ha contribuído poderosamente a formar en Alemania una gran fuerza espiritual, podromo y sostén de la física. Lo que, ante todo, solicitará nuestra atención en Gobineau será su juicio sobre el segundo Imperio francés y sobre la actual República. Los juicios de Gobineau sobre las indicadas materias se encuentran en una obra póstuma del autor : *La troisième République française et ce qu'elle vaut* (Strasburgo y París, 1907). Comencemos por decir que Gobineau hace depender todos

los males de la Francia actual—o, por lo menos, los más y los principales—del exceso de centralización y de la falta de patriotismos locales. ¡Patriotismos locales! Ya tocamos un punto, si de vital interés en Francia (díganlo nuestros queridos amigos de la Acción francesa), de no menos vitalidad en España. A este problema capital se hallan ligados otros muchos de diversa índole. Es el que, ante todo, salta a la vista, el del Estado y las naciones; secuela lógica suya es también el de los idiomas nacionales.

¿Qué es un Estado y qué es una nación? No se puede confundir e identificar el Estado y la nación. En España existe un Estado y hay varias naciones. De *naciones* han hablado siempre los escritores clásicos — Lope, Gracián, Cervantes — al referirse a catalanes, vascos, castellanos, gallegos, etc., *Las naciones de España* es el título marginal que Gracián pone en un fragmento de *El Criticón*, en que, efectivamente, habla de catalanes, vascos, andaluces, castellanos, gallegos. «Madrid — dice expresamente en otra parte — es una Babilonia de naciones.» Y lo dice refiriéndose a la mezcla y baraúnda de gallegos, vascos, catalanes, etc., que en la corte se ofrecen. A la *nación catalana* — así expresamente dicho — muestra su simpatía Gracián ...

Un Estado es la malla que la autoridad forma para la gobernación de una sociedad o varias sociedades humanas. Una nación, ¡cuántos matices y aspectos de sentimientos y de ideas y de creencias supone una nación! Ernesto Renan ha expresado todo esto en un discurso famoso. Una nación es la historia, la lengua, las tradiciones, la comunidad de remembranzas y de aspiraciones. Una nación, en último término, es algo que no se puede pesar ni medir; algo que se siente, pero que es difícil de concretar. Una nación es el ambiente, el ambiente formado por siglos y siglos, por generaciones, por el cielo, por la luz, por el paisaje, por la casa, por las cosas que desde nuestra infancia hemos visto. En un Estado en que coexistan varias naciones, ¿cómo podremos hablar de un idioma nacional? Si cada una de esas naciones — como sucede en España — tiene su idioma, todos serán igualmente nacionales. Y otra cosa será el idioma del Estado, el idioma que sirva para la buena y fácil marcha de la vida política y administrativa del Estado. No acertamos a ver relación ninguna entre el patriotismo, el más puro patriotismo, y la libre, libérrima vida de los idiomas nacionales dentro de un mismo Estado. El uso del idioma oficial del Estado podrá

ser una cuestión de conveniencia y comodidad ; nunca una cuestión de patriotismo. Cuestión de comodidad y'conveniencia es para los diplomáticos el uso de la lengua francesa. Pero si un ministro de Estado — cual ha sucedido en España — llega hasta ignorar el francés, ¿diremos por esto que comete un crimen, si no de patriotismo, de lesa humanidad?

La política en su más elevado sentido, la sociología en sus más recientes enseñanzas, las mismas deducciones de la presente guerra, nos aconsejan el uso libre y el fomento de los diversos idiomas nacionales que puedan existir dentro de un mismo Estado. Pueblos en que se hablan varios idiomas — desde la cuna a la sepultura — ¿pueden dar más alto ejemplo de patriotismo que el que están dando? Tenemos un profundo respeto para las diversas opiniones que en tal materia han emitido ilustres personalidades de la política y de la literatura. Hace tres siglos se creía que la integridad de la Patria no podía existir sin la unidad de religión. ¡Qué decimos hace tres siglos! Hasta principios del siglo XIX se ha tenido tal certidumbre. Hoy en el territorio del Estado español se puede profesar toda clase de cultos. ¿Habrá alguien que crea que con esto se atenta a la per-



sonalidad de España? Ha desaparecido ese prejuicio ; mañana desaparecerá también el referente al idioma. Análoga a la religiosa es la prevención que se mantiene hoy con respecto a la lengua ; análoga y tan infundada. La sociología y la política — a más de la experiencia histórica — nos están diciendo que debemos desecharla. Con ello, contra lo que se cree, se fortalecerán los lazos del Estado y serán más cordiales las relaciones mutuas entre españoles. Este fomento de los patriotismos locales, nacionales, es una de las lecciones que Gobineau nos muestra en su libro.

## II

Al exponer anteriormente las teorías étnicas de Gobineau — teorías que han servido de fundamento al pangermanismo — nos hemos abstenido de recoger las críticas que se han hecho al sistema. El pangermanismo dice : «El mundo ha de ser mío ; necesito dilatar mi imperio por el planeta ; las demarcaciones primitivas de mi poder son ya angostas para mí.» Se le replica al pangermanismo : «¿ Cuáles son tus títulos para ocupar lo que hasta ahora es nuestro? ¿ Con qué

derecho pretendes adueñarte del mundo?» Y el pangermanismo contesta: «Vuestro derecho y vuestra moral no me sirven. He elaborado un nuevo derecho y una nueva moral. Mis títulos para el dominio se resumen en estas palabras tan sólo: *Nosotros somos los mejores*. No necesitamos dar otra explicación. Nosotros somos de una raza superior a la vuestra. ¿Cómo, en bien de la civilización, en bien del derecho, en bien de la moral, no dominará en el mundo la raza más selecta, más fina, más capaz de civilización? Y ¿sabéis lo que es una raza selecta? Una raza que produce más inteligencia que las otras.» Así podemos resumir todo el problema que se ventila en la guerra actual; añadid a ese fundamento étnico, el más decoroso de todos, otros estímulos menos confesables, estímulos de rivalidad política, de intereses comerciales, de vanidad guerrera, etc., etcétera, y tendréis en el fondo, expuestas sumariamente, las causas de la decisión de un pueblo que se lanza a la invasión militar. Ahora, recojamos las objeciones de la crítica. ¿Qué hay de verdad en esa cuestión de las razas? ¿Existen razas puras, razas de una pristinidad incólume? Los antropólogos nos dicen que no; el problema es harto complejo. Y por de contado, la base más

firme del pangermanismo es una pura ilusión. ¿De qué manera a título de superioridad étnica se podrá justificar en Europa la dominación de un pueblo por otro? Lo hemos dicho recientemente y con otro motivo: del mismo modo que a lo largo de la historia humana existe una ley de constancia intelectual, existe también de raza a raza esa ley de igualdad. Conviene repetir y volver a repetir estas cosas; se puede disipar con ello muchos prejuicios y torcidas maneras de pensar. Ni en el siglo XII, por ejemplo, se tenía menos inteligencia que ahora, ni un germano es más inteligente que un latino. Lo que varía de la Edad Media hasta ahora es la cantidad de conocimientos adquiridos (no la calidad del cerebro); lo que puede distinguir a un hombre de otro, pertenecientes a distintas razas, lo que vulgarmente se llaman razas, es también el mayor o menor grado de ilustración y de cultura. Pero ¡hablar de superioridad étnica! Y ¡fundamentar en esa superioridad ingénita, esencial e indestructible, el derecho a la dominación y regimiento del mundo!

Hay un librito en castellano—lo hemos recordado también—, un librito primorosamente escrito, publicado en el siglo XVIII, y en que por adelantado se refutan las teorías de Gobineau y

se echa por tierra el catafalco del paugermanismo. Ese libro lo escribió un escolapio — el P. Ignacio Rodríguez — , y se titula *Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias*. Uno de los capítulos de esa obra, el VIII, lleva el siguiente título : «El ingenio en todas las naciones es el mismo.» Por ingenio debe entenderse inteligencia. La inteligencia es la misma en todas las naciones—como es la misma en todas las épocas de la Historia, por más que nosotros tengamos ahora ferrocarriles, teléfonos, automóviles, aeroplanos, y no los tuvieran nuestros antecesores de la Edad Media, de la Antigua y aun de edades más remotas —. La inteligencia alcanza en todas las razas un nivel uniforme y constante ; esta es la verdad científica ; y la ciencia en esta ocasión marcha de par—¡ oh, pangermanistas !— con la verdadera democracia y con la justicia social.

¿ Quienes con más razón que los españoles que conquistaban a América podrían creerse superiores a las razas indígenas que trataban de sojuzgar ? Había alguna más diferencia entre españoles e indios que ahora entre germanos y latinos. Pues el autor del *Discernimiento de ingenios* llega a establecer la paridad de inteligencia entre aque-

llos antecesores nuestros y los indios que ellos debelaban. Y si la inteligencia era idéntica, si el cerebro de unos y otros producía igual cantidad y calidad de inteligencia, ¿cómo se podrá hablar de razas, ni qué nos importará que unos tengan tal traza y pergeño humanos y otros los tengan diversos? Y cuenta que entonces se tenía para la dominación el motivo religioso. Pero en estos tiempos, deshecho ese trampantojo de las superioridades étnicas, ¿qué razón podría alegarse para la esclavización de un pueblo por otro? Copiemos las palabras del autor del *Discernimiento* hablando de los indios conquistados por los españoles en América: «Sean los que hayan sido sus errores e ignorancia en las cosas más obvias a los europeos, como algunos pretenden, siempre sacaremos que ésta tuvo principio en la falta de instrucción, la que ninguno saca del vientre de su madre. Luego que, además de la noticia del Evangelio, se les infundieron los conocimientos y secretos de las artes, han acreditado que son hombres como nosotros, y que entre españoles antiguos y modernos, si hay alguna diferencia de ingenios, será tan imperceptible que se podrá pesar por escrúpulos.» Y el autor añade: «La falta de cultura no prueba privación de ingenio.» Notables

son estas aserciones, y hoy podríamos añadir algo más. Hoy no encontramos razón ninguna para la dominación de un pueblo sobre otro. Desechada la razón étnica, la de la cultura, la de los conocimientos humanos — esos conocimientos de que habla el P. Ignacio Rodríguez — no puede servirnos tampoco. ¿Dónde está la superioridad de cultura en la historia del mundo de los germanos sobre los latinos? Y en el siglo xv, cuando los españoles conquistaban a América podrían creerse superiores a las razas indígenas en cultura — no inteligencia, como dice el autor del *Discernimiento*; — pero ¿cómo olvidar que en la América precolombiana había también un espléndido florecimiento de las artes y las ciencias? y en cuanto a las capitales y eternas nociones de justicia, de humanidad, de moral, ¿no podríamos asimismo encontrar mucha materia de elogio en esa misma América virgen de incursiones europeas? Siempre recordaremos como una de las páginas más admirables que se han escrito en castellano ese *Diálogo de Guatimozin y Hernán Cortés*, en que Pi y Margall — historiador admirable de la América precolombiana — pone en cotejo las dos modalidades espirituales, con todos sus accidentes : la que llegaba a aquellas magníficas regiones



y la que allí se desenvolvía, ignorada de Europa, desde los limbos de la prehistoria.

En el libro de Gobineau *La tercera República francesa y su valor* no se trata de la cuestión de razas. Lo que Gobineau, espíritu irregular, hace aquí es un examen de las costumbres públicas del segundo Imperio y de la República. En tal sentido, la obra de Gobineau — un tanto parcial, como veremos — es un documento interesante. Luego Gobineau, a los males señalados opone como remedio la descentralización política. Y en esto se nos antoja que no va tan descaminado como en lo demás.

### III

En su libro citado, *La tercera República francesa y su valor*, Gobineau defiende al segundo Imperio de los ataques que le han sido dirigidos. No tienen autoridad los políticos de la República — dice, en suma, el autor — para condenar un régimen en que la corrupción no ha sido ni mayor ni menor que la actual. Gobineau añade que el parlamentarismo de la tercera República ha aumentado las corruptelas de la Francia moderna.



Hagamos algunas observaciones a lo dicho por nuestro autor. Primera : cuando Gobineau escribía este su libro, publicado mucho después de su muerte, la tercera República francesa sólo contaba siete años. El segundo Imperio había abarcado desde el 50 hasta el 70. Suponiendo que en la nación francesa hubiese dominado durante ese tiempo un orden de cosas excesivamente desordenado (tal es lo que pretenden los enconados enemigos del Imperio), siete años no eran bastantes para remediar los males incubados y desarrollados durante los veinte anteriores. ¿ Pueden cambiar tan presto en un país los hombres y las cosas? Los pensadores y políticos — como nuestro Joaquín Costa — que alimentan tales ilusiones dan pábulo a funestos errores ; las gentes se avezan a un providencialismo candoroso ; de la quimérica y absurda esperanza se pasa luego a la más honda decepción ; aun los ingenios más subidos claman entonces contra los males que, en realidad, no son del día, sino de todos los tiempos ; aumenta la desconfianza y el pesimismo entre los ciudadanos ; se acaba, en fin, por no creer en nada ni esperar remedios parciales y discretos de nadie... En siete años de República, ¿ qué se quería, en Francia, que hicieran los republicanos?

¿ Esperaba Gobineau que el nuevo régimen, de la noche a la mañana, sacara de las retortas y matrices de un laboratorio mágico hombres llenos de virtudes y exceleucias?

La segunda observación que hemos de hacer a nuestro autor se refiere a cosas que él no ha podido comprobar. Gobineau no vió más que unos cuantos años de República. ¿ Hubiera mantenido sus juicios de haber vivido mucho más tiempo? Y aun que los hubiera mantenido y aun los hubiera redoblado, ¿ qué valor podrían tener esas críticas con relación al hecho fundamental de una gran institución que, en realidad, ha dado nueva fuerza y nuevo esplendor a Francia? No monárquicos como Gobineau, no apasionados de una Monarquía despótica como el autor de *Las pléyades*, sino republicanos, sino ultraliberales entusiastas de la República, han formulado críticas tan acerbas como las estampadas por nuestro autor en su libro. No han entendido con esto realizar una obra antirrepublicana. De tales rigurosos exámenes, el régimen imperante en Francia salía indemne. Sin aprobar todo lo hecho por la tercera República, bien se puede decir que la institución republicana ha realizado en Francia lo que nunca hubiera podido realizar el Imperio, aun con la

nueva orientación que Napoleón III trató de imprimirle en los últimos años. Nuevas formas de derecho, de progreso político y de justicia social han nacido de esa República. Con esa República, el pueblo francés ha dado en su historia un considerable paso, que — creedlo — no será perdido ni para Francia, ni para Europa, ni para el universal espíritu humano.

Y a propósito de la crítica de las costumbres y de las instituciones, creemos necesario hacer algunas aclaraciones. Materia es esta de los derechos de la crítica que debe ser tratada serenamente y con escrupulosidad. Hemos hablado antes de que no conviene acostumar a las gentes a cierto ingenuo providencialismo. Los hombres y las cosas de un país no pueden cambiar en un breve espacio de tiempo. Pero ¿será esto condenar la crítica de los hombres y las cosas de un país? Porque no podemos mudar repentinamente viejas modalidades de las costumbres, ¿nos abten-dremos de señalar su vicios y lacras? Y si los señalamos, ¿cometeremos una obra antisocial? No; a nuestro entender, la crítica es necesaria, conveniente. No pueden cambiarse las cosas pres-tamente, ni podemos hacer en un periquete que los hombres sean otros. Pero la crítica es nece-

saria porque prepara el cambio. Pero la crítica es conveniente, indispensable, porque va creando poco a poco un ambiente en que tales cosas y tales hombres son imposibles. La crítica es examen y reconocimiento de un estado nocivo. La crítica no nos dirá que en breve lapso de tiempo, providencialmente, puede haber en un pueblo un cambio radical ; pero nos dirá, sí, que la situación de un país es mala, que peca por tales vicios, que adolece de determinados achaques, que está corroída por cuáles miserias, y que en su consecuencia, después de un reconocimiento valiente y decidido de todo esto, es preciso ir pensando en remediarlo todo, los dirigentes desde el Gobierno y los ciudadanos en sus casas y desde sus casas.

¿Quién podrá creer que la crítica comete un acto de antipatriotismo al ejercitarse en un país? ¿Habrá alguien que trate de excluir de la Patria, como hijos indignos de ella, a quienes señalan más o menos ásperamente sus vicios, desórdenes e iniquidades? Si fuera así, casi toda nuestra historia literaria, lo más ilustre y substancioso de nuestros anales literarios, tendría que ser borrado y abolido. Y precisamente — ¡oh, paradoja terrible! — tendríamos que condenar por antipatriotas a los que han sido factores importantísimos en la formación de la Patria.

Medita un poco el lector. Principiando por los hombres más cercanos a nosotros, casi todo Joaquín Costa habría de ser arrojado al averno. Larra nos inspiraría un profundo horror ; sus libros, como los de Costa, tendríamos que apartarlos de nosotros con indignación. En el siglo XVIII, a Cadalso no le concederíamos apelación y a Feijóo, censor de cosas y prejuicios, le pondríamos sin vacilar entre los precitos. Aunque tengamos apasionada admiración por Cervantes, nos veríamos obligados a arrancar muchas páginas del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares*. Tirso y Lope han pintado muchas veces disolutas y livianas a las españolas ; las obras en que tal se hace irían sin remisión al fuego. ¡ Horror, triple horror, horror sin límites para Baltasar Gracián ! En su *Criticón* hasta a sus paisanos los aragoneses maltrata. ¡ Hasta nos dice que los peros de Aragón son indigestos ! Condenemos el nombre de Gracián a perpetua infamia ; ese nombre hagámoslo de hoy en adelante emblema del antipatriotismo. No pensemos tampoco en Quevedo. Y en cuanto a Mariana, ¿ encontraremos bastantes vituperios para enlodar la memoria de este hombre, de quien ya decían en su tiempo, para encontrar una explicación a su antipatriotismo, que descendía de

franceses por parte de madre? Y en resolución y sacando ya las cosas de la jurisdicción de España y ensanchándola al planeta entero, ¿qué haríamos con las cenizas de aquel Rey de España que — según escribe el citado Gracián — «se arrojó a decir que si él hubiera asistido al lado del divino Hacedor en la fábrica del Universo muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado?»

Pero dejémonos de eutrapelias. Serio y muy serio es que la crítica, lejos de ser la negación del patriotismo, es uno de los elementos fundamentales del amor a la Patria. No puede nunca el que no conoce su país amarlo tan íntimamente como quien lo conoce, como quien sabe sus excelencias, sí, pero también sus faltas. Y cuando un país — como acontece con España — se halla, después de un gran descaecimiento, en vías de reconstruirse, la crítica es indispensable — lo repetiremos — para la formación de un nuevo ambiente que permita y ayude a la suspirada palingenesia. Todo esto es elemental. Lo que se dice de un país puede decirse de la humanidad toda. La marcha de la humanidad se debe a la crítica. Críticos, en su más amplio concepto, han sido los grandes iniciadores humanos. Críticos han sido un Lutero, un



Descartes, un Kant. Obra de crítica en acción es la Revolución francesa...

Las observaciones de Gobineau sobre la tercera República no son ni más ni menos enérgicas que las que han sido formuladas más tarde ; pero ni unas ni otras valen contra la esencia de la institución republicana. Se trata de imperfecciones que dentro de la misma República pueden ser corregidas. Gobineau propone en su libro como uno de los remedios la descentralización. Pero ¿ hasta dónde debe llegar la descentralización y cuál puede ser su eficacia ?

#### IV

Hagamos, para terminar, algunas consideraciones sobre la descentralización. Gobineau ve en esta tendencia un remedio a los males de la tercera República. ¡ Descentralización ! Mucho se ha debatido este problema en España. Cuestión es esta que puede preocupar seriamente a un espíritu liberal. La marcha de las sociedades humanas es hacia las grandes unificaciones ; todo en el caminar de la humanidad tiende hacia la universalización. Se ansía que, aun subsistiendo las



fronteras, sea todo el planeta la Patria espiritual del hombre, y que, aun contando con las diferencias de lenguas y de razas, los dolores, las preocupaciones, los afanes de unos pueblos sean sentidos en otros también. A la universalización tienden también los trabajos intelectuales; comunes son a toda la humanidad los adelantos en las ciencias y las artes; común, universal, es un cierto modo de sensibilidad que nos hace sentir del mismo modo la injusticia y anhelar con igual intención el bienestar. Y cuando la ruta de las sociedades humanas es ésta, ¿se querrá hacer un alto en ella y crear dentro de un mismo Estado diversidades de gobierno y régimen, y particularidades en las prácticas administrativas, cosas todas que habrán de detener la acción generalizadora, supremamente generalizadora, a que se encamina el progreso? De esta manera puede razonar un entendimiento prendado de la libertad; pero sus dudas y sus temores son más aparentes que reales. Ante todo, una observación capital: en un estado es difícil que todos sus componentes (comarcas, provincias, naciones) alcancen el mismo nivel de cultura y, por lo tanto, necesiten iguales medios políticos y administrativos. Lo que puede ser necesario, imprescindible en un territorio del

Estado, puede no serlo en otro. El arbitrio gubernamental habrá de intervenir en la consideración de este extremo ; y la política no es otra cosa que adaptación prudente a las circunstancias y elección discreta y conveniente del modo.

Una vez que, por razones superiores de gober nación, se haya reconocido en un Estado la necesidad de medidas descentralizadoras, los liberales que sienten recelos, los anheladores de una progresiva universalización que haga de toda la humanidad una Patria, podrán sentirse tranquilos pensando en algo de lo que ya hemos apuntado. La unificación de la humanidad no la hacen tanto la desaparición de los Estados pequeños, la anulación de las particularidades nacionales, cuanto una cierta generalidad de sentir el hombre con igual fuerza, con igual intensidad, los mismos dolores, las mismas angustias, al propio tiempo que se experimentan idénticos anhelos de progreso y bienestar. No tengamos superstición por el Estado ; hay cosas que marchan independientemente de los Estados y de los Gobiernos. El derecho, como la moral, son influídos por las instituciones gubernamentales, por los legisladores ; pero creamos también, creámoslo con honda fe, que el más elevado derecho, que la más delicada moral

se va formando en la humanidad gracias a la misma conciencia del hombre e independientemente de Estados, Gobiernos, Parlamentos y legisladores. Y ese universal sentir, ese tono de sensibilidad, es lo que hace una a la humanidad y es lo que nos debe hacer temer que en los nacionalismos fomentados dentro de un mismo Estado, que en el uso libérrimo de las lenguas nacionales, dentro también de un mismo Estado — como en España, — y que, en fin, en las particularidades de la descentralización política y administrativa, pueda producirse un retardo o una regresión del espíritu progresivo. No deben sentir temor ninguno los sustentadores de lo que podríamos llamar *patriotismo de Estado* (ese patriotismo que quisiera ver unificadas todas las diferencias de lengua, costumbres, particularidades históricas, etc.). No lo sentimos los que, respetando el Estado y amando las naciones que integran un Estado, ponemos nuestro amor supremo en la humanidad. La humanidad, por encima de Estados, naciones, razas y lenguas, seguirá su marcha hacia el bien.

La humanidad seguirá su marcha, a pesar de la presente guerra y por encima de ella : guerra terrible, formidable ; pero no más terrible y desoladora que otras guerras sobre las cuales la hu-

manidad ha pasado. Digamos esto teniendo en consideración el número de combatientes que en otras pasadas contiendas intervinieron y el número de víctimas ocasionadas, y estableciendo el paralelo entre los medios de destrucción con que antiguamente se contaba y los que hoy se ponen en uso. Conflagraciones espantosas ha habido siempre entre los vivientes; pero — lo repetiremos una vez más — el espectáculo de dolor y de preocupación que ahora se ha dado es en estos tiempos cuando *por primera vez* se ha producido sobre el planeta. Jamás — oídlo bien — la humanidad entera, todos los pueblos grandes y pequeños del mundo, había vibrado como un solo hombre, como un solo sensitivo ser, cual sucede ahora frente a la tragedia que ante su vista se desarrolla. Un sentimiento tan universal como éste por la angustia humana y por sus consecuencias no había nunca enlazado los corazones humanos. Las matanzas, las desolaciones, los estragos sin fin ocasionados por esta guerra, representan — ¿quién lo niega? — una positiva barbarie. Pero los pensadores y publicistas que poniendo la vista en estos hechos pretenden inducir de ellos una regresión en la marcha de la humanidad, una anulación para muchos años, para siglos acaso,

de la sensibilidad humana, olvidan esta otra realidad más profunda y en extremo alentadora. Olvidan que sin el aumento en las sociedades modernas del tesoro maravilloso de la sensibilidad — cada día más selecta — no hubiera podido ofrecer ahora el mundo este consolador espectáculo — único en la historia — de la meditación en el dolor. Y ese avance magnífico de la percepción humana, de la sensibilidad humana, no será anulado por esta guerra, ni lo podría ser por una catástrofe doblemente formidable que la actual. ¿Podría producirse ahora lo que con ocasión de otras guerras — tan dolorosas relativamente como ésta — no se produjo? Tengan fe los que creen en el progreso ; una regresión tal como la que se quiere establecer supondría algo que, a la altura a que se encuentran las sociedades humanas equivaldría casi a la subversión de las leyes naturales...

Al dar por terminados estos artículos dedicados a Gobineau, en que con motivo de Gobineau hemos expuesto consideraciones de actualidad, debemos renovar nuestras afirmaciones. Es falsa, primeramente, la teoría de la superioridad de las razas, expuesta por el caprichoso escritor, y queda, sin la veracidad de esa doctrina, privada de su más firme sustentáculo la política del pangerma-

nismo. ¿En virtud de qué un pueblo pretende dominar por las armas a otro? No podrá ser en virtud de la cultura. Abominamos de culturas que apelan para expandirse a tales procedimientos. Impongan pacíficamente su saber quienes tengan fe en su bienhechora virtualidad. No valdría la pena de haber batallado durante siglos por anular las imposiciones violentas — por el fuego y por el hierro — de determinados tipos de ideales religiosos, para venir modernamente a legalizar, excusar o paliar la imposición cruenta de un cierto ideal de cultura. La cultura no puede tener más vehículo que la paz. Como en la paz se da la simultaneidad de cultos religiosos, en la paz, en la tolerancia y en la concordia habrá de producirse el choque y contraste de las culturas y civilizaciones. Y de ese contraste pacífico saldrá — para beneficio de la humanidad — el predominio de unas u otras y sus modificaciones, sus cruces y sus injertos. Y como ese ideal de paz en la cultura, de fecundidad universal en los espíritus, es el que representa Francia, siempre generosa y liberal, a Francia admira el autor de estas líneas, modesto periodista, que respeta todas las opiniones y no aspira a hacer partícipe de la suya a nadie.







## A los dos años

De cuando en cuando conviene hacer una recapitulación de los anhelos, ideales y tradiciones que representan los aliados. Es tal sumario oportuno ahora, al cumplirse dos años de la declaración de la guerra. En el tiempo transcurrido se han aclarado muchos problemas, se han definido diversas formas de pensar, ha sido, por fin, visto con precisión lo que antes aparecía fuliginoso y confuso. Después de consultar los libros publicados a propósito de la guerra, de haber seguido las campañas de la Prensa y de haber escuchado a distinguidas personalidades, podríamos hacer el resumen del pensamiento francés en la siguiente forma. Figurémonos que es un natural de la hermosa y noble Francia quien habla.

— Nosotros — diría este personaje imaginario — no hemos provocado la guerra. Son absurdas todas las argucias y capciosidades que se establezcan a este respecto. El mundo entero lo sabe ple-

namente a estas horas. Nosotros éramos una nación liberal y democrática. La democracia está reñida con la sistematización militarista. Nuestro enemigo empleó cuarenta años en organizarse guerreramente ; todas las energías del país entero hizo una oligarquía dominante y prepotente que convergieran a ese fin. Nosotros no podíamos tener el ideal de la conquista y de la dominación. Predicábamos al mundo la paz y la justicia social. Como en los memorables tiempos de la gran Revolución, nuestro suelo era un campo de experiencias políticas y sociales. En Francia se han ensayado, antes que en ninguna parte, reformas, modalidades jurídicas, innovaciones democráticas, que luego han sido copiadas por las naciones más libres del mundo. Si ésta era nuestra misión en el planeta, si nuestro anhelo era la perfección más alta del tipo social humano, ¿cómo íbamos a gastar nuestra fuerza y nuestra inteligencia en prepararnos para conquistar a ajenos pueblos y debelar a gente extrañas y pacíficas?

No han enseñado ese ideal de rapacidad a nuestros hijos ni nuestros pensadores, ni nuestros poetas, ni nuestros políticos. No hemos creído ser superiores a nadie. No hemos juzgado que teníamos acaparado el valimiento del Ser Supremo.

Nuestros sabios han trabajado para la humanidad entera. No hemos intentado crear una ciencia nacional que sirviese los designios de una política siniestra. La ciencia no es de ninguna nación : es para la especie humana toda. No creemos en la misión providencial de las razas. No queremos mantener el prejuicio bárbaro de las razas. No hay hombres superiores o inferiores étnicamente. Los hay que se distinguen y diferencian por sus dotes intelectuales, por su bondad, por su espíritu de abnegación. Como hemos acabado con el prejuicio aristocrático de la superioridad de los linajes, hemos destruído también, en el terreno de la ciencia, la superstición de las razas privilegiadas. Nuestros poetas han cantado las ideas de libertad y de fraternidad entre hombres y pueblos. Hugo, el más grande de todos, ha sido, durante muchos años, como la conciencia de la Humanidad entera que de un modo espléndido se manifestaba. Hemos sido confiados y buenos : nuestras ciudades, París especialmente, han podido ser invadidas por gentes que en la sombra trabajaban contra nosotros. Nosotros, en tanto, difundíamos por el mundo las ideas ajenas y abríamos nuestros brazos a los poetas, los novelistas, los pensadores de todos los países...

Francia seguirá siendo después de la guerra lo que ha sido antes : un pueblo democrático y libre. Tenemos fe profunda, inquebrantable en la victoria. Tenemos fe en la ayuda de nuestros hermanos de Inglaterra, de Servia, de Rusia, de Bélgica y de Italia : hermanos ya inseparables para lo porvenir por haber vertido juntos nuestra sangre en la defensa del Derecho y de la Justicia. Inglaterra ha empleado dos años en prepararse minuciosa y formidablemente ; ahora es cuando comienza su intervención. La guerra será larga ; durará mucho todavía. El triunfo de nuestro enemigo estaba en la instantaneidad del terror. No habiendo sido vencedor en el primer momento, no lo puede ya ser. La formidable perseverancia inglesa irá poco a poco, lentamente, angustiosamente, atenaceando al enemigo. Y no habrá en esta intervención ni baladronadas, ni jactancias, ni fantasmagóricos efectos teatrales. Somos enemigos de esos procedimientos con que se alucina en los países neutrales a la gente de chirumen ligero. Nuestro Ejército no es de autómatas, de hombres mecanizados por una inexorable disciplina. Son nuestros soldados ciudadanos que defienden, no el país de una casta ensoberbecida, sino la tierra de todos, y en que todos participan de las

decisiones supremas. Cuando se contempla la imagen del jefe de este Ejército — el gran Joffre — se tiene la impresión, al verle sencillo, muchas veces desceñido, sin espada, de que se trata simplemente del representante civil de todo un pueblo a quien la masa popular, no inescrutables designios, ha confiado la dirección de una obra magna.

No lo dudéis, neutrales — podría terminar diciendo este personaje que hemos imaginado. — No dudéis del resultado final de la terrible contienda. Algunos países de los que no están trabados en la lucha, España, por ejemplo, tienen de larga fecha intereses materiales y espirituales comunes, con los nuestros. Lo más valioso de la opinión española, a nuestro lado está. No nos importan las vociferaciones de los germanólatras; poco a poco, la realidad hará que todos esos desalumbrados secuaces de Alemania comprendan lo absurdo de sus espasmos admirativos. Francia, Inglaterra y España habrán de estar después de la guerra más unidas que antes. Vuestro porvenir, españoles, es nuestro propio porvenir. Ni vuestro comercio ni vuestra industria pueden marchar sin nosotros. Y en cuanto a la vida del espíritu, una Monarquía liberal, como es la vuestra,

no puede sustentar como ideal la identidad de la fuerza y el derecho, que es el lema de los pueblos militaristas y guerreros...

## El militarismo

¿Predominará el militarismo en las ciudades europeas después de la guerra? El elemento militar, ¿qué importancia, qué valimiento podrá tener en las naciones acabado el formidable conflicto actual? No creemos en una preponderancia del factor militar en las funciones del Estado para lo porvenir. No sería ese predominio la doctrina liberal ni la doctrina conservadora. El militarismo supone una dictadura. La dictadura sale de los límites de la política parlamentaria y constitucional. Entre nosotros, los españoles, «militarismo sería menos alto y menos generoso que en otras partes, por lo mismo que no vendría, sin duda, iluminado y purificado por los grandes resplandores que la guerra puede crear en Alemania y Francia». Las palabras copiadas no han sido escritas ahora ; no han sido tampoco trazadas por Pablo Iglesias, Alejandro Lerroux, Soriano o Castrovido. Las pronunció don Antonio Cánovas del



Castillo, en el Congreso de los diputados el 3 de Noviembre de 1871. Incidentalmente, pero con claridad, Cánovas en esa oración parlamentaria exhortaba a sus conciudadanos a que se precavieran contra la dictadura militarista. En España, el militarismo — lo decía el jefe del partido conservador con ocasión de la guerra franco-prusiana ; — en España el militarismo no tendría las atenuantes que en otros países.

No es doctrina liberal ni doctrina conservadora el predominio del elemento militar en el juego y funciones del Estado. Cuantos en España pretenden imponernos como ideal la militarización prusiana (que eso es en el fondo la tan encarecida organización) deben tomar su puesto entre los tradicionalistas, fuera de la actual Monarquía : entre los tradicionalistas, si es que los seguidores de Don Jaime, anhelan todos — que lo dudamos — tal régimen de desequilibrio en el Estado. En Francia, religionarios de todos los partidos, secuaces de todas las ideas, ambicionan una paz que haga imposible en Europa la imposición militarista y guerrera de Alemania. El propósito por parte de los gobernantes franceses es también fervoroso y firme. La vida y el porvenir de una nación no pueden estar subordinados a la ambi-

ción y al espíritu de conquista de un país militarizado. Francia, como en tantas otras cosas, ha dado la pauta en ésta de establecer la armónica proporción entre los factores componentes del Estado. El Ejército no puede ser ni más ni menos que los demás laboradores de la nación. Y usamos aquí indistintamente de los vocablos *nación* y *Estado*, porque de todo se trata.

En España, hace ya mucho tiempo que ha sido sentada la verdadera doctrina relativa a los componentes sociales. Tres maneras de vivir — se ha dicho — hay entre los ciudadanos. «Porque o labran la tierra, o se mantienen de algún trato y oficio, o arriendan sus haciendas a otros y viven ociosos del fruto de ellos. Y así, una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza. Y otra la de los que tratan, y llamémosla vida de contratación. Y la tercera, de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada.» A la primera vida pertenecen todos cuantos se ocupan de los menesteres agrarios. «La otra vida, que dijimos de contratación, abraza al tratante pobre, y al oficial mecánico, y al artífice, y al soldado, y, finalmente, a cualquiera que vende o su trabajo, o su arte, o su ingenio.» La

tercera vida es la de los señores, nobles y caballeros que viven de sus rentas. ¿Cuál es la más perfecta de estas vidas? «La de la labranza es la primera y la verdadera.» Las otras dos lo son «por la parte que se avecinan con ella.»

Hemos copiado fielmente la doctrina expuesta por Fray Luis de León en *La perfecta casada*. Algo dice después el ilustre autor relativo a la vida de los señores : algo que, aunque con cierta atenuación, es concepto puro, netamente anarquista. Pero no interesa eso ahora a nuestro propósito. Lo que deseábamos era que el lector viese el modo cómo un gran pensador y poeta español concibe los valores — y la relación de los valores — que componen el agregado social. Nótese que en las segundas de las categorías establecidas por Fray Luis de León entra *el soldado*; es decir, el elemento militar. ¿Parecerá demasiado revolucionaria la doctrina del poeta? ¿No será un poco injusta? Sobre todo en estos momentos, momentos de supremo heroísmo y abnegación altísima por parte del militar, ¿no será, a más de injusto, impío el colocar al soldado, al que defiende la tierra (soldado o jefe), por debajo de quien la labra? El autor de estas líneas no quisiera, ni ahora ni nunca, cometer una injusticia. Materias son és-

tas delicadísimas, en que es preciso aquilatar y acendrar todos los matices y aspectos.

Hemos dicho antes que Fray Luis de León exponía la *verdadera* doctrina. Sigámoslo afirmando ; pero hagamos por nuestra parte la salvedad de que no consideramos que, entre cuantos viven para la nación — y no para sí mismos, — sean civiles o militares, no puede haber ni menos ni más, ni inferioridad ni superioridad : todos tienen su misión definida. Unos *hacen* la tierra y otros dan su vida por ella. Todos, siendo escrupulosos en su función, merecen igualmente nuestro respeto y nuestra gratitud. Lo que no queremos (y volvemos al punto de partida, a la doctrina de Cánovas) es que haya preponderancia tiránica y abusiva de unos elementos, sean los que sean, sobre otros. Y como ahora se trataba del elemento Ejército, al militarismo nos hemos referido.



## Hispanistas

### I

#### MÉRIMÉE

¿Qué franceses ilustres se han distinguido más en su estudio, en su amor de las cosas de España? Como entre nosotros hay muchos prejuicios respecto a lo que los hispanistas franceses han dicho de España, bueno será dedicar unas palabras a estudiar las figuras — las figuras y los dichos y hechos — de estos eminentes amadores de nuestras cosas. El primero de todos ellos es Próspero Merimée: primero cronológicamente y primero en importancia. Merimée comenzó sintiendo *instintivamente* los hombres y el paisaje de España. Le inclinaba a ello su propio carácter. Merimée vino a nuestro país en 1830; hizo luego varios otros viajes. Pero Merimée, antes de venir a España por primera vez, había ya publicado su *Tea-*

*tro de Clara Gazul*, libro en que hay relatos, episodios y figuras referentes a España.

¿Cuál era el carácter de Merimée? ¿Cómo podremos definir su modalidad espiritual? Merimée era un impasible; se cuenta que, siendo niño, como sus padres le riñeran por una travesura, Merimée rompió en llanto. Al salir de la estancia paróse un poco a la puerta y oyó que sus padres decían, riéndose de su exagerada sensibilidad: «¡Qué tonto es este chico!» Referimos la anécdota en su substancia. Acaso los detalles sean otros. Pero lo cierto es que Merimée, desde aquel punto, se prometió a sí mismo no ponerse nunca en el trance de parecer ridículo por exceso de sentimentalidad, no parecer nunca que no estaba enterado del mundo a causa de su exceso de candor y de inocencia. Y durante toda su vida este autor fué un modelo de sobriedad, de corrección, de impersonalidad. Siendo esta la característica de Merimée, ¿se sintió atraído desde el primer momento por España? España atraía allá por 1830 a los grandes románticos franceses. Pero ¿qué era España para los románticos franceses? Había una España de color, de lo pintoresco, la España de los *Orientales*, de Víctor Hugo; mas, en el aspecto psicológico, existía otra España: la de los



caracteres, la de una psicología recia, inflexible, caballeresca. Escribimos este artículo sin libros ni datos a la vista ; se trata de una impresión periodística y no de un estudio erudito (cosa que sería inoportuna en un periódico). Cuando Merimée publicó su primer libro español, el citado *Teatro de Clara Gazul*, ¿había publicado ya Alfredo de Vigny su poema *Dolorida*, un poema de asunto español, un poema terriblemente trágico, que debía encantar a Merimée? Aun teniendo las fechas a la vista, sería preciso tener en cuenta que Vigny alteró las puestas al pie de sus poesías (y sobre ello ha habido discusiones y polémicas). Pero existía otro españolista que ejerció una profunda influencia sobre Merimée, y ese autor no es otro que Stendhal, autor nada menos que de toda una teoría del *españolismo*. En Stendhal, desde luego, debemos buscar un antecedente del amor de Merimée a España. Y Stendhal — lo veremos en otra ocasión — es quien ha dado mejor que ninguno de sus compatriotas una expresión más acabada, honda, *científica*, diríamos, del carácter español ; es decir, de la caballeridad, de la rigidez y de la fiereza española.

Próspero Merimée estuvo varias veces en España. La primera vez que vino a nuestro país

hizo amistad, en la diligencia que le traía, con el conde de Teba. Frecuentó luego (no recordamos si paraba allí) el palacio de la plaza del Angel. Asistió a los espléndidos saraos que los rumbosos aristócratas daban en su quinta de Carabanchel. Cuando Eugenia Montijo se casó con el príncipe Luis Napoleón y este llegó a ser Emperador de los franceses, Merimée fué nombrado secretario del Emperador; éste le señaló una pensión, le nombró inspector de Bellas Artes y le agració con una senaduría vitalicia.

Todos estos son detalles biográficos que no nos interesan sino secundariamente. Lo que importa es ver cómo el *paisaje moral* de España se acomodaba perfectamente al temperamento de Merimée. El estilo de Merimée es sobrio, rígido, sin sentimentalidad. Ved la rigidez, la austera nobleza del panorama de Castilla; ved los caracteres fundamentales de nuestra novela y de nuestro teatro. Otra de las características en Merimée es su pasión por lo pintoresco. En tierra tan varia, tan contradictoria, tan opuesta a la simetría de un Descartes o un Le Nôtre, cual es la española, ¿cómo no debía sentirse extasiado Merimée? Un hombre hubo con quien se ligó íntimamente Merimée durante sus estancias en España: Estéba-

nez Calderón. Se ha hablado de la influencia que Estébanez pudo ejercer sobre Merimée ; pero no se ha dicho como la sobriedad y la limpidez de Estébanez en sus *Escenas andaluzas* proceden evidentemente del autor francés. Raro, rarísimo es que Cánovas, en su libro *El Solitario y su tiempo*, no haya abordado este problema de historia literaria.

Estébanez, gran ingenio, un poco olvidado hoy — injustamente —, gustaba, como Merimée de los espectáculos y personajes populares de España : el color, la pasión, lo espontáneo y libre se halla en esos aspectos de la vida nacional. Por encima de todo eso ya comienza lo artificioso y lo retórico. Y esta amalgama entre el amor a lo popular y el espíritu contenido, impersonal, sobrio, es lo que constituye la modalidad de nuestro autor. Merimée, podemos decir en dos palabras, es un espíritu profundamente aristocrático, enamorado del color y de las pasiones del pueblo. Su España, la España que Próspero Merimée ha pintado, tiene los más hondos trazos de verdad ; es la España de Quevedo y de Lope ; pero es, sobre todo, la España — y la humanidad — de doña María de Zayas, en sus novelas realistas, *stendhalianas*, desprovistas de retórica, sin reflexiones morales, impersonales y objetivas.

## II

### STENDHAL

¿Podemos considerar a Stendhal como un hispanista? Si por hispanista entendemos hombre que hace profesión de estudiar a España por modo grave, magistral y dogmático, seguramente que Stendhal no es un hispanista. Tampoco lo sería Merimée, aunque tiene estudios serios y graves sobre España. Pero Stendhal es hispanista en el sentido amplio de escritor que ama a España y — lo que es más — que cree, al igual que Víctor Hugo, llevar en sus venas sangre española y encarnar en su espíritu el aliento español. Y habrá muchos lectores que pregunten : ¿Cómo se podría tener una idea de Stendhal? ¿Qué hizo este escritor y quién fué? Enrique Beyle fué un escritor que vivió obscuramente y que durante su vida no gozó de renombre ni de consideración literaria. Escribió mucho; la causa de su infeliz suceso estriba, principalmente, en haber escrito de cosas literarias, de imaginación, como quien escribe de álgebra; él mismo decía que todas las mañanas repasaba, antes de ponerse a escribir, unos cuan-

tos artículos del Código civil para ponerse a tono.

Si se tiene en cuenta que la época en que Stendhal escribía era la del florecimiento romántico, se comprenderá como este autor, que componía novelas en estilo de Código, no había de gustar a un público que se extasiaba con la profusión verbal y los esplendores líricos de los románticos : de un Hugo o de un Chateaubriand. Beyle lo comprendía, y, teniendo fe en su propia obra, auguró — en 1830 — que allá para 1880 sería apreciada su labor. Comenzó, en efecto, a leerse, a estudiarse, a propagarse la obra de Beyle por la fecha indicada ; escritores de diversa índole proclamaban la exquisitez y meollo de este peregrino autor.

Interrumpamos el proceso de la nombradía de Beyle para hablar de su españolismo. Se nos antoja que la doctrina españolista del agudo psicólogo no difiere, *esencialmente*, del españolismo de un Hugo o un Merimée ; mas en Stendhal se halla más cabal y rigurosamente expresada. Todos parten de la base de caballeridad española ; todos aceptan — o crean ellos — un concepto de fiereza o de rigidez como innatos en el español. Pero hay en Stendhal un matiz importantísimo que conviene señalar : Beyle pone en el españo-

lismo una nota de ingenuidad que acredita en este autor su profunda intuición psicológica. El español es fiero, es altivo, es digno ; pero, sobre todo, el español antes que descender de su elevado concepto de la caballeridad se dejará engañar y saquear ; mejor dicho, esta misma idea del honor que el español tiene le hace ingenuo, confiado y sencillo frente al mundo y sus tráfagos y engaños. Hay, en el sentir de Stendhal, un cierto desdoro, un cierto menoscabo de la propia personalidad en descender a un plano de realidades y detalles prosaicos. En la autobiografía del autor titulada *Enrique Brulard* es donde Beyle explica su españolismo. Stendhal pisó tierra española ; veinticuatro horas estuvo en Barcelona (1837) ; de ello habla el autor en sus *Memorias de un turista*. Dos años antes, en 1835, en una carta dirigida desde Italia, al Duque de Broglie (puede verse la *Correspondencia* del autor) Beyle, a la sazón cónsul, expresa el deseo de que, por motivos de salud, se le destine a «un consulado de España, en las orillas del Mediterráneo».

La doctrina le fué infundida a Stendhal por una parienta suya que sobre él ejerció gran influencia. «Mi tía Isabel — escribe el autor — tenía el alma española ; su carácter era la quinta



esencia del honor ; ella me comunicó esta manera de sentir, y de ahí la serie ridícula de mis tonterías cometidas por delicadeza y vastedad de alma.» Léase bien este texto : *tonterías ridículas*, porque siendo el autor, o queriendo ser, un realista , un discípulo de filósofos, materialistas, un hombre, en fin, que está de vuelta de todo, enterado y práctico, su españolismo le hace a cada paso, o de cuando en cuando, encontrarse con que es ingenuo, candoroso, ante un lance de la vida o un aspecto del mundo, y que procede como un Quijote ambicionando ser un Sansón Carrasco. Cuando, en una conversación, uno de los conversadores hace una observación ingenua y noble y se le replica cariñosamente : «¡ Qué tonto es este hombre !», ¿ no advertimos bien claramente la diversidad de atmósfera moral y psicológica en que uno y otro interlocutor están, en este instante, colocados? ¿ No se sonrojará un poco de su inocencia el reprendido? Pues este sonrojo — causado por su españolismo — es el que no quería tener Stendhal. Y, sin embargo, ¡ qué enaltecedor sonrojo ! Pero, por otra parte, ¡ qué peligroso el marchar por la vida con esa ingenuidad y con ese candor !

«Me falta habilidad — escribe también Sten-



dhal ; — todos los días, por españolismo, me engañan en un franco o dos cuando hago compras.» El españolismo tiene también para Beyle otras dos consecuencias : «Primera, yo aparto la mirada de todo lo que es bajo. Segunda, yo simpatizo, como cuando tenía diez años y leía a Ariosto, con todo lo que son cuentos de amor, de bosques (las selvas y su vasto silencio), de generosidad.» ¿Queda bien definida la característica del españolismo de Stendhal? Su españolismo es candor ; su españolismo es el mismo Don Quijote ; Beyle nos cuenta que leyó extasiado en su niñez el gran libro.

El prestigio de Enrique Beyle se ha ido consolidando. Existe — como respecto de Montaigne, de Shakespeare, de Rabelais y de otros — una sociedad de amigos de Beyle : el Stendhal-Club. Un editor, Champion, ha editado recientemente una monumental, primorosísima, edición de las obras de este autor. Stendhal no es lo que quieren sus exaltados panegiristas ; con él ha acontecido como con el Greco en España. Un apaciguamiento del entusiasmo ha venido a colocar a los dos artistas en el lugar que, en estricta justicia, les corresponde. No es un cincelador del estilo Enrique Beyle ; desdeña el primor de la prosa ; cuesta trabajo el

leerle, y a veces estas dificultades llegan a tártagos y enojos. El encarecimiento que hacía Taine era exagerado. Pero Stendhal será leído siempre como profundo pintor de caracteres, monografista de pasiones, psicólogo escueto, seco y preciso. Los españoles le debemos el que haya adivinado con intuición maravillosa uno de los rasgos fundamentales de nuestro carácter.

### III

#### GAUTIER

El nombre de Gautier debe ser dilecto para todo español amante de España y de las letras. Difiere esencialmente el españolismo de Gautier del de Merimée, del de Stendhal, del de Hugo y del de Musset. Gautier es el color, el esplendente espectáculo de las catedrales, la visión de las ciudades viejas. Teófilo Gautier expresó su amor a España en un libro de viajes, en una colección de poesías y en una novela. Lo conocido del público español — en general — es la primera de las obras citadas. Las poesías lo son menos ; de la novela acaba de hacer una edición popular la casa editora

Nelson. Tiene Teófilo Gautier un lugar en la historia — y aun se podría decir que en la evolución — literaria de su país ; pero representa también no poco en cierta fase de las letras españolas.

Conocidos son los detalles del viaje de Gautier a nuestra Patria. Por los años en que Gautier vino a España vinieron otras grandes personalidades francesas de la literatura y algunos distinguidos pintores. Dumas, Gautier, Merimée figuran entre las personalidades eminentes que en aquellos años de la primera mitad del siglo XIX fueron nuestros huéspedes : Cuvillier-Fleury — redactor del *Diario de los Debates*, — Roger de Beauvois, Amadeo Uchard, son escritores discretos, estimables, que también entonces hicieron tal viaje. España para todos era el país de lo desconocido ; la pasión romántica, dominante a la sazón, ponía un atractivo de misterio, de peligro, de fantasía desvariada, en la tierra española. Y unos, como Merimée, veían, más concretamente, el carácter indomable y trágico ; otros, como Stendhal, el honor caballeresco y desdeñoso del detalle prosaico ; y unos terceros, como Gautier y Hugo, el color, lo exótico, el panorama de ciudades y campos.

Pero en este último grupo cabría hacer una distinción entre Gautier y Víctor Hugo ; en el autor de *Hernani* hay algo más, en su españolismo, que el ansia y la dilección por la descripción. Ya lo veremos cuando tratemos de su obra. En Teófilo Gautier sí que todo está subordinado a la visión del mundo exterior. La España de Gautier es una España sin hombres, sin habitantes. Recorred su famoso *Viaje* y no encontraréis ni figuras, ni multitudes. Los españoles, la vida social de España no le interesan a Gautier. Nada de política, de historia, de movimientos y aspectos de la vida humana. Todo son paisajes y descripciones de ciudades. Se cuenta que la señora de una de las casas en que se reunían literatos y artistas en París — creemos que la princesa Matilde — como leyera la relación de Gautier, le preguntó a éste, al ver que en su libro no había rastro de seres humanos : «Pero, Gautier, en España, ¿no hay habitantes?»

Gautier compone un libro pura y exclusivamente descriptivo. La posición de nuestro autor es en absoluto la contraria de Merimée : para uno no hay en España más que pintura de cosas, y para el otro más que pintura de caracteres. Gautier, en la historia de la literatura francesa, no

llega a ser una personalidad de primer orden ; figura, ciertamente, entre los insignes ; mas le falta la hondura, la genialidad, el estro que marca a los grandes creadores. A nuestro entender, el beneficio que este escritor aporta a las letras francesas estriba en el elemento de exotismo y de novedad que, gracias a su obra, se introduce e infiltra en el espíritu francés. Gautier, viajero, autor de libros descriptivos sobre países como España, Rusia, Turquía (aparte de su novela de asunto egipcio), hace que Francia, al ensanchar su visión estética del mundo, se afirme en su papel de divulgadora de todas las novedades y bizarrías del pensamiento. En una palabra, Gautier ha contribuído poderosamente a que la atención del mundo haya ido convergiendo hacia Francia.

Esto en cuanto al lugar de nuestro autor en la literatura de su Patria. ¿Y en lo que respecta a España? Durante mucho tiempo ha sido tratado desdeñosamente el libro de Gautier ; aun se ha llegado a creer que tal obra era depresiva para España. Se ha necesitado para deshacer este error, primero, de las palabras entusiastas que a dicho *Viaje* dedica Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas* ; luego, del entusiasmo que por esta obra sintiera el núcleo de escritores que nace

a la vida de las letras en 1898. No somos partidarios de que se empleen cierto género de denominaciones para designar estos o los otros literatos ; no acaba de gustarnos esto de la *generación de 1898*. Diríase que hay cierta impertinencia (cuando no pedantería) en esta manera de designar. No parece sino que, por arte mágico, inopinadamente, ha surgido en la marcha de nuestras letras un grupo de escritores que han hecho lo que los demás no han realizado : *los demás*, tanto los anteriores como los subsiguientes. Pero, en fin, pase, como recurso de comodidad, la denominación. El *Viaje* de Gautier fué para los escritores de 1898 una revelación ; fué la revelación de España, de sus ciudades viejas, de sus monumentos, de sus campiñas. ¡ Cómo en las excursiones a Toledo se leían fervorosamente las páginas de Gautier dedicadas a la gloriosa ciudad ! La generación del 98 trajo al arte el sentido, hondo y entusiasta, del paisaje y de las ciudades españolas. Pero ¿ es que no había antecedentes serios y continuados de este sentir ? Los había ; existía toda una tradición.

Una cosa interesantísima sería el hacer ver de qué manera Toledo ha sido, en estética, como el nexó espiritual de la España literaria ; de qué



modo Toledo sirve como de hilo conductor — a través de las generaciones — para hacer que el sentido de España, el amor a España, la dilección por la historia y las tradiciones españolas, vayan transmitiéndose y perdurando. Toledo juega un papel importante en el movimiento romántico (recuérdese las célebres poesías de Zorrilla), y Toledo sirve de iniciación en el conocimiento de España a los escritores de 1898. Los escritores de esa generación han traído al arte el paisaje y las ciudades de España ; su visión y su amor han sido más intensos que los de las generaciones anteriores (que han traído al arte otras cosas, tan considerables como esta, pero de otro género) ; mas la tradición no se había interrumpido. Habría que estudiar detenidamente esos esfuerzos que se venían realizando. Hemos citado a Zorrilla ; tendríamos que señalar también la influencia de un pintor, no de primera línea, aunque estimadísimo, don Jenaro Villamil, que consagró sus pinceles a pintar la España vieja ; en el mismo sentido, popular y castizo, pintó también Valeriano Bécquer, el hermano del poeta. En literatura, aunque refiriéndonos a tiempos más cercanos a los nuestros, ¿ no es de 1891 el segundo volumen de *Angel Guerra*, de Galdós, volumen dedicado precisamente a



Toledo, descripción soberbia, maravillosa de la España castiza?

Teófilo Gautier, con su *Viaje*, y muchos años después de publicado, aviva poderosamente en un grupo de escritores españoles el amor a su Patria y el ansia de conocer su Patria. Una corriente iniciada por el romanticismo (en literatura y en pintura) es reforzada con ahinco por el libro de Gautier. Un literato francés ha operado tal obra bienhechora y patriótica. España se ha conocido mejor a sí misma. Y esto es lo que a Francia deberemos siempre, entre otras cosas, los españoles.

#### IV

##### VÍCTOR HUGO

No necesitamos volver a decir en qué sentido tomamos, en estos artículos, el vocablo *hispanista*. Víctor Hugo era un amorador de España; pasó aquí los primeros años de su vida; estuvo luego, ya hombre, una larga temporada en Pasajes; él mismo nos ha contado su estancia en las montañas vascas y sus correrías hasta Pamplona. El gran poeta ha expresado su españolismo en varias

de sus obras ; recordemos los dramas *Hernani*, *Ruy Blas* y *Torquemada*. En *La leyenda de los siglos* hay también páginas dedicadas al Cid. En las *Canciones de las calles y de los bosques* figuran unas lindas poesías dedicadas a una española ideal (ideal como la marquesa de Amaegui en las poesías de Musset), llamada, si no recordamos mal, doña Rosa Rosita.

¿Cómo podríamos caracterizar el españolismo de Víctor Hugo? El gran poeta toma el elemento español, es decir, España, como una corroboración de su total concepción poética ; el mismo aprovechamiento podemos observar, más tarde, en Leconte de Lisle respecto de la antigüedad pagana. Hugo, humanitario, ardiente partidario del progreso, debelador de toda tiranía y de toda superstición, ve en la historia y en el ambiente de España una cantera de donde sacar materiales para sus temas grandilocuentes, para el fortalecimiento de sus tesis. No ve sólo el color en España (y al escribir esto nos acordamos de las *Orientales*, que antes habíamos olvidado) ; ve también — y sobre todo — la humanidad, un fragmento interesante de humanidad, en un determinado medio y en un cierto período de su evolución. Y mostrando a sus lectores, al mundo,

diremos, tratándose de tan elevado poeta ; mostrando al mundo esa parte de humanidad, le expone el poder y la influencia de instituciones y de sentimientos diversos, y le dice lo que ha sido y lo que puede ser el hombre.

Como se ve, en el españolismo de Hugo existe una trascendencia, un magisterio, una tendencia que no hay en Merimée, en Gautier o en Stendhal. Recordemos un verso del drama *Torquemada*. *L'Espagne, pierre á pierre et pas á pas, se fonde*, dice un personaje (el Rey). España, piedra a piedra y paso a paso, se funda. Sí ; España, la nación española, va fundándose, consolidándose poco a poco, a pesar de corruptelas, trabas, abusos, obstáculos, desórdenes, confusiones. España va marchando lentamente, pero marchando, al fin, en lucha con el error y con la obstinación. Y Víctor Hugo, que tan espléndidamente muestra la España vieja y carcomida, abre su magnánimo corazón a la esperanza, y él — *grande de España de primera clase* — envuelve en su amor de altísimo poeta a esta tierra de espléndidos paisajes.

Se ha discutido, desde el punto de vista histórico, el españolismo de Hugo. Sabios dictámenes existen — hechos por los mismos franceses — sobre la veracidad en el *Ruy Blas*, por ejemplo. Pero

en las obras de Hugo, como en las obras de todos los grandes artistas, por encima de los detalles, se cierne el espíritu que da verdadero tono a la creación. ¡Qué importa el anacronismo, el error, la falsedad en los pormenores! La substancia de la obra es lo que hemos de considerar, y la substancia, en Víctor Hugo, es española, profundamente española. ¿Se quiere un ejemplo? Tomemos el Consejo de ministros que se celebra en *Ruy Blas*. ¿Es falso todo aquello? ¿Es fantástico? ¿Es anacrónico? Pues luego de leer esa famosa escena repasemos los escritos de nuestros viejos economistas; veamos las lamentaciones y plañidos que se exhalaban con motivo de nuestras corruptelas y disipaciones; traigamos a la memoria los célebres versos de Quevedo que a éste valieran cruel destierro y prisión; hojeemos, finalmente, los libros de nuestros modernos historiadores sobre la decadencia española (el de Cánovas, por ejemplo). Y, después de haber hecho todo esto, digamos si el Consejo de ministros que Hugo nos presenta en su drama no es una síntesis maravillosa, admirable, profundísima, de la historia de España.

¿Qué influencia ha tenido Víctor Hugo sobre nuestros poetas? Víctor Hugo ha sido gustado y

traducido en España desde primera hora. Hay en Espronceda poco de Hugo ; algo más podríamos ver en el Duque de Rivas ; mucho más notaremos en Zorrilla. Zorrilla, con todos sus defectos, es nuestro más gran poeta del siglo XIX. Sobre Zorrilla, Víctor Hugo ha impreso su sello. En Zorrilla — y esto hace su grandeza — hay lo que no encontramos sino de raro en raro en los demás poetas españoles : un elemento de vaguedad, de misterio, de idealidad. Esa idealidad de Zorrilla la encontramos, por ejemplo, en una de las primeras poesías de Angel Saavedra, en la titulada *A las estrellas* ; la encontramos en alguna otra composición de Espronceda ; mas en Zorrilla es permanente y constituye la esencia de su estro. ¡ Cuántos prejuicios se han amontonado alrededor de este maravilloso poeta y cuán torcidamente ha sido juzgado ! Del estudio dedicado al poeta por don Manuel de la Revilla se nos antoja que arranca el prejuicio con que han visto a Zorrilla las nuevas generaciones. Zorrilla, a trozos, puede ponerse a par de Hugo. Léanse sus poesías *La torre de Fuensaldaña*, *La luna de Enero* y *El Reló*...

Pero nuestro propósito no era ahora hacer un estudio de nuestro glorioso poeta. Hemos querido señalar la sugestión ejercida sobre su numen por

Víctor Hugo. Y hemos querido, principalmente poner de manifiesto el carácter trascendental del españolismo del autor de *Hernani*.

## V

### VIGNY

¿Podremos colocar a Alfredo de Vigny entre los hispanistas, entre los amadores, los interpretadores de España? Indudablemente que sí. La producción del gran poeta ha sido escasa, muy meditada; en un breve volumen se recogen todas sus poesías. De este corto número de poemas, dos han sido dedicados a España. (En su novela *Cinq-Mars* ha puesto también Vigny algunas reminiscencias españolas.) Uno de estos poemas se titula *Dolorida*, y el otro, *El Trapense*. *El Trapense* está fundado en un episodio de nuestra historia política (1822) y en *Dolorida* se pretende recoger, sintetizar lo más castizo, lo más substantífico del espíritu castellano. Pero ¿qué representa Alfredo de Vigny en el pensamiento estético francés? No recordamos haber visto en los historiadores de la literatura francesa indicaciones sobre el parentesco y afinidad espiritual de Vigny y Merimée. ¿Pudo



influir — y en qué grado — Vigny sobre Merimée? Hemos apuntado ya en la página dedicada a Merimée nuestra sospecha de que el citado poema *Dolorida* ejerciese en Merimée determinada sugestión. Escrito en 1823 — y fechado en los Pirineos — bien pudieron ser esos versos extraordinarios como un poderoso excitante que determinara — o corroborara — el españolismo de Merimée, que inclinasen todavía más, si ya lo estaba, el ánimo de Merimée hacia las cosas de España.

Próspero Merimée es impasible y Alfredo de Vigny también lo es. El primero es un hombre frío, que no cree en más que en la realidad sensible y exterior y el segundo tampoco tiene ideales y anhelos ultraterrestres. Pero en Merimée hay una pasión por lo pintoresco, por el color, que en Vigny no existe. Vigny es más arbitrario, más puramente intelectual. Merimée, si era hombre de honor y si en las horas de amargura para sus grandes amistades (Napoleón III y la Emperatriz Eugenia) supo, sin frases, sin retórica, cumplir con su deber y ser abnegado, no formula, sin embargo, en sus libros máximas sobre la materia ni se puede deducir de ellos una filosofía moral. En cambio, de los poemas de Vigny — y de la colección de relatos *Servidumbre y grandeza militares*,



especialmente, — se desprende toda una religión noble, elevadísima y estoica, de honor, de resignación ante el dolor y de aceptación, callada y digna, de la muerte. *La muerte del lobo*, acaso el mejor de sus poemas, es todo un curso de estoicismo y de grandeza de alma.

Un espíritu de tal linaje, ¿cómo había de ver a España, a los españoles? Imaginad un Calderón de la Barca que no creyera más que en las fuerzas humanas, que fuera a la vez más concentrado, más lento y menos vistoso y tendréis una idea — aproximada — de Alfredo de Vigny como españolista. *Dolorida* lleva por lema un frase en castellano. *Yo amo más tu amor que tu vida*. En esa frase se halla retratado el carácter de la heroína del drama. ¡Singulares tipos de mujeres estos de España! Singulares casos de humanidad, sobre todo, para vistos por extranjeros. La pasión es en estas mujeres tenacísima y terrible. Su determinación y arrojo no tiene vallas ni reconoce categorías. Para ellas, generosas siempre, magnánimas siempre, no hay más que amor. El citado Calderón ha dicho — en su comedia *Eco y Narciso* — que

«Muger hay que se enamora  
de un disciplinante, viendo  
que es tan gran salvaje que  
a sí mismo se da recio.

Muger hay que se enamora  
de un volatín, atendiendo  
que es tan gran salvaje que  
anda en aire habiendo suelo.

Muger hay que se enamora  
de un toreador, advirtiendo  
que es tan gran salvaje que anda  
con el toro en galanteos.

Muger hay que se enamora  
de un danzante, conociendo  
que es tan gran salvaje que  
se muele a compás los huesos.

Muger hay que se enamora  
de uno que esgrime, sabiendo  
que es tan gran salvaje que  
pone sus ojos a riesgo.»

*Yo amo más tu amor que tu vida* dice Dolorida, española y madrileña. En su vasto palacio de Madrid vive Dolorida solitaria, tenida en olvido por su esposo, rodeada de sus dueñas y camaristas. Sus ojos son negros y sus manos blancas y finas. Sus ojos relucen bajo el encaje de la mantilla y sus manos, en las corridas, aplauden desde lejos «al diestro toreador». El joven con quien Dolorida está casada vive una vida disipada y crapulosa. No se le ve por el ancho caserón. Todo es silencio en el palacio ; apenas se perciben en las galerías y en las espaciosas estancias los pasos de los servidores y las voces de las camaristas. Un día, inopinadamente, el marido de Dolorida llega hasta el gabinete donde la triste dama pasa su vida de abandono. Viene pálido, demudado ; sus piernas

tiemblan. Dos o tres veces ha estado a punto de caer antes de penetrar en esta cámara. ¿Qué le sucede? Su muerte se acerca. «Conozco que voy a morir y he querido venir a pedirte perdón por mis infidelidades y a despedirme de ti», le dice este mozo a Dolorida. «Si has vivido sin mí ¿por qué quieres morir a mi lado?», replica Dolorida. «Perdóname — contesta el marido; — soy un criminal; la irreflexión de la juventud me ha perdido pero yo no te he olvidado nunca.» «Y ella, ¿te ha visto ahora cuando comenzabas a sufrir?», dice Dolorida. La idea del amor que le roba a ella la amante de su marido está fija en su mente y la tortura. «Sí — replica el marido, — la he visto sufrir; ha llorado cuando yo he pronunciado tu nombre. Me moría y he venido hasta ti. ¡Ten para mí una postrera mirada!» Al llegar a este punto, el marido repara que Dolorida está bebiendo un extraño líquido. «¿Qué es — pregunta — ese blancuzco brebaje que bebes con tanto ímpetu?» Y contesta Dolorida: «Lo que quedaba del veneno que ayer te he hecho servir.» Y termina el poema.

*Yo amo más tu amor que tu vida:* aquí está condensado todo el españolismo del gran poeta, españolismo de la misma cantera de donde salió

*A secreto agravio, secreta venganza.* Pero un poco más elevado en su filosofía que el de ese drama. Dolorida ama apasionada, fervorosamente. No hay en el mundo nada más que su amor. Y tan fuerte y sentido es, que Dolorida, antes que perderlo, antes que consentir que se lo roben, prefiere perder el objeto mismo de su cariño. Descartad la exageración—indispensable para la tragedia—; dejad a un lado la violencia de la fábula; reducid a proporciones humanas el atroz lance y tendréis una exquisitez del afecto, un acendramiento en la fidelidad, una delicadeza tan elevada, una nobleza tal en el corazón femenino que honran y enaltecen al pueblo en que se producen. Todo eso es lo que Alfredo de Vigny ha visto en España. *Yo amo más tu amor que tu vida.* ¿No es ese españolismo del gran poeta reflejo de nuestro teatro clásico? Lo que separa a Vigny de Calderón — ya lo hemos apuntado — es el concepto estoico, puramente laico, de la existencia. Dolorida ama más el amor que la vida de su amado; pero también — y aquí estriba la divergencia con el autor de *El mágico prodigioso* — más que a sí misma. Y por esto, no cristiana, sino estoica, se mata para no sobrevivir a su marido. Bien es verdad que los amadores que, ofendidos en su honor, matan a sus

mujeres, en nuestros antiguos dramas, tampoco tienen mucho de cristianos...

## VI

### MUSSET

Daremos por terminada esta galería de breves retratos con una silueta de Musset. Tal vez es de todos los románticos franceses el que amamos más. Cuando escribimos estas líneas se nos vienen a la memoria tres versos de tres distintos poetas. Uno pertenece al mismo Musset — en su maravillosa *Noche de Diciembre* —, y dice: «En el tiempo en que yo era estudiante»... (Luego habla el autor de que a su lado se le apareció «un niño vestido de negro» que era el propio poeta, la imagen del poeta.) El otro de los dichos versos es de Zorrilla, el vasto y pintoresco Zorrilla, todavía inexplorado, y es éste: «Yo, que era entonces loco, triste y niño»... (Figura este verso en *La Torre de Fuensaldaña*.) La tercera de las frases aludidas la ha escrito Rubén Darío en la *Canción de otoño en primavera*. «Yo era tímido como un niño» — dice Rubén...

¿Porqué sentimos, advertimos que en torno de

estos tres versos de tres diversos poetas hay como un ambiente espiritual que hace iguales en el sentir, en la modalidad del sentimiento a esos tres grandes espíritus? Los tres han sido eternamente niños ; los tres han ido por la vida entregados al sentimiento y al acaso. Alfredo de Musset es el poeta de la sensibilidad libre y delicadísima. ¡Qué terrible cosa es el sentir y el comprender! Para estos sutiles y finos espíritus la vida tiene dolores, angustias que no tiene para los demás mortales. Zorrilla se embriaga un poco con las palabras, con el espectáculo de las cosas ; pero Musset y Rubén se entregan por completo a su propio sentimiento y en ellos la melancolía, el desencanto, la amargura íntima va directa del poeta al lector. Vencidos ya, resignados ya, estos poetas se dejan arrastrar por el acaso. Y entonces, habiéndolo vivido todo, habiéndolo gustado todo, son niños por completo. ¿Qué nos traerá el acaso? ¿Qué nueva angustia nos deparará la ciega fortuna? Parece que ya se ha agotado el ciclo del dolor y, sin embargo, he aquí que, de pronto, como una torre de cristal que se desmorona (la imagen es de Rubén), sentimos hundirse y desbaratarse algo en lo íntimo de nuestro ser. Y otra vez volvemos a dejarnos llevar por la corriente de las cosas y



a fiarnos al acaso que no sabemos lo que mañana traerá para nosotros. Con la mejilla apoyada en la mano y el codo sobre nuestra mesa de trabajo, vemos, en este minuto de abstracción dolorosa, como en la poesía de Musset, delante de nosotros, un niño vestido de negro que es nuestra propia imagen en lo pretérito.

Alfredo de Musset ha expresado su españolismo en varias páginas en prosa, en algún largo poema y en tal cual poesía breve. Musset tenía de España la idea de un cielo radiante, de un paseo — el Prado — por el que devanean esbeltas mujeres de ojos negros y de unas escaleras — que él llama «azules» — por las que suben y bajan, en los viejos palacios, esas divinas beldades. ¿Qué hubiera hecho Musset en España? Entregar su corazón, con la ingenuidad de un niño, a esas maravillosas mujeres que él admira en sus sueños. En su poema *A la Malibran*, el poeta habla de «la mirada española». Musset, en España, se hubiera sentido magnetizado, enloquecido por esa mirada que los ojos de la mujer española lanzan desde la penumbra de la mantilla.

Se hubiera sentido enloquecido ; él lo cree durante un momento ; en ese momento todo su ser vibra de entusiasmo y de esperanza. Pero un ins-



tante después ha llegado ya el desencanto de su alma. Tal vez esa mirada, esa alucinadora promesa de delicias no fueran nada. El poeta, en un minuto, ha vivido la alegría de la satisfacción y la tristeza de la esperanza realizada. La sensación del tiempo, de lo fugaz del presente — tan estupidamente expresada por Zorrilla en su poesía *El Reloj* — acabara sus satisfacciones.

«Susurra el péndulo : ¡Nunca!  
¡Nunca!, ¡nunca! vuelve a ser  
Lo que allá en la eternidad  
Una vez contado fué.»

Cuando se habla de Musset y de España se suele citar la poesía *Una andaluza*. Se cita esta poesía porque el poeta comienza diciendo : «¿ Habéis visto en Barcelona una andaluza de tez morena? » y se quiere suponer que Musset confundía Cataluña con Andalucía ; suposición absurdísima puesto que en Barcelona, como en Valencia o en otras grandes ciudades, hay seguramente andaluzas. Se cita esa poesía, repetimos, pero tiene Musset otra, también de asunto español, más bella que la anterior y que, además, resume toda la filosofía del poeta, esa filosofía, ese modo de ser, infantil y sentimental, de que venimos hablando. Aludimos a la poesía titulada *A Pepa*. Pepa — pregun-

ta Musset, — cuando llega la noche y, después de despedirte de tu madre, te has retirado a tu cuarto ; cuando, ya medio desnuda, a la luz de la lámpara, te inclinas para rezar, ¿ en qué piensas ? ¿ En qué piensas en esos momentos en que el alma inquieta va a entregarse a los consejos de la noche ? Has mirado ya debajo de la cama. El silencio se ha hecho en toda la casa. « ¡ Oh, Pepita, linda muchacha, amor mío ! ¿ En qué piensas tú ? » ¡ Quién sabe ! Tal vez en el personaje de la novela que has leído. Acaso en todo lo que finge la fantasía y la realidad desmiente. Quizá en los novios, en los bombones, en los maridos. O en las tiernas confidencias de un corazón candoroso como el tuyo. O en tus trajes, o en el baile. Y el poeta termina : « Acaso en mí... acaso en nada. » Final en que está todo Musset ; todo el desencanto, toda la desilusión suprema del gran poeta.

## EPÍLOGO

Sonreid de quienes os digan que, con la presente formidable guerra, vuestros ideales han fracasado. Sonreid de quienes a la vista de tantos horrores, dan por muertos, para mucho tiempo, aquellos anhelos de confraternidad y de cordialidad que en el mundo propagaban, principalmente, las clases obreras. Sonreid de quienes — un poco sarcásticamente — os hablan de que lo eterno entre los hombres es la fuerza y que lo fugaz y transitorio son vuestras generosas ilusiones. Sonreid, finalmente, de todos aquellos — son legión — que, con aires científicos, moviendo paternalmente la cabeza, os vuelven a recordar que la lucha por la vida es perdurable y que las sociedades humanas lucharán eternamente entre sí... Sonreid, reid de todo eso. Tened fe, siempre más fe. La lucha entre los hombres no es ley de vida ni de progreso. Decidlo muy alto, y con firmísima convicción : la ley de vida, la ley de progreso no es

la guerra, ni la lucha devastadora del hombre entre el hombre, sino la lucha contra la Naturaleza, la lucha contra la materia, para descifrar sus secretos, para adueñarnos de sus arcanas propiedades, para que nosotros, hombres, podamos, lentamente, con trabajo, ir extendiendo más nuestra fuerza gracias a las energías misteriosas que la madre — la Tierra — guarda celosamente.

La guerra no es la trama y nervio del progreso. La actual y terrible guerra no hará detenerse en su marcha ascendente a la humanidad. En vez de marcar un retroceso, o un estacionamiento en la vida del nuevo derecho, de la moderna sensibilidad, de la moderna moral, esta guerra ha puesto de manifiesto cuán hondo y copioso era el tesoro de esa sensibilidad nueva. Contando con la relatividad de las proporciones, comparad la manera cómo ha visto y sentido ahora la humanidad la guerra, a cómo ha visto y sentido otras guerras anteriores. ¡Qué emoción tan intensa ahora y qué modo de pensar y repensar sobre la lucha y todos sus aspectos! La vida espiritual del planeta gira toda alrededor de la guerra; no hay más que la guerra en la conciencia universal; el dolor de la guerra, la preocupación por la guerra, ha entrado en todos los corazones y ocupa todos

los cerebros. Pensadores, artistas, poetas, alimentan sus obras de los sentimientos de la guerra. ¿Cuándo ha ocurrido esto en el mundo? Y ¿qué triunfo mayor puede darse de la sensibilidad moderna? La humanidad entera, de uno a otro polo, sintiendo el dolor, pensando en el dolor, ¿creéis que es espectáculo que se ha visto alguna vez en la historia, desde que los hombres han surgido sobre la Tierra? Y ¿creéis que este pensar y repensar universales en el dolor no ha de producir lógicamente, fatalmente, un nuevo avance en las vías de la justicia, del progreso?

No en vano la humanidad se habrá revelado a sí misma este tesoro de sensibilidad. Una nueva era comenzará para Europa y para el mundo. Tengamos fe, más fe.

FIN



# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo . . . . .	5
Hospital de heridos . . . . .	7
Un intervencionista en 1870 . . . . .	13
Pinturas viejas . . . . .	21
Un juicio sobre Alemania . . . . .	51
Fe en el progreso . . . . .	57
La cultura . . . . .	63
Joffre . . . . .	69
Luzán en París . . . . .	75
La grande España . . . . .	81
Una página de Constant . . . . .	89
Descartes . . . . .	95
La influencia de España . . . . .	103
La voz de Renan . . . . .	111
El Instituto francés de Madrid . . . . .	117
Rabelesistas y Cervantistas . . . . .	125
Las cualidades esenciales . . . . .	133
La juventud francesa . . . . .	141
Gobineau y la República . . . . .	149
A los dos años . . . . .	175
El militarismo . . . . .	181
Hispanistas . . . . .	187
Epílogo . . . . .	219







# BLLOUD Y GAY, EDITORES

BARCELONA: Bruch, 35 :: PARÍS: 3, Rue Garancière

**LA GUERRA INJUSTA**, por *Armando Palacio Valdés*, de la Real Academia Española.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 3.

**LA CAMPANA ROLANDO**, por *J. Joergensen*; versión castellana, por *Francisco Melgar*.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 3.

**LAS SOTANAS BAJO LA METRALLA**, por *René Gaëll*, pbro., soldado sanitario, y Prólogo por el *General Humbel*.—Un volumen en 16.<sup>o</sup>

**LA GUERRA ALEMANA Y EL CATOLICISMO**, por *Mons. Alfred Baudrillart* y *Denys Cochin*, de la Academia francesa.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 2'40.

**ALEMANIA Y LOS ALIADOS ANTE LA CONCIENCIA CRISTIANA**, por *Georges Goyau* y *Monseñor Chapon*, obispo de Niza.—Un vol. en 16.<sup>o</sup> Ptas. 3'60.

**EL MARTIRIO DEL CLERO BELGA**, por *Augusto Melot*, diputado por Namur.—Un vol. en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'60.

**LA DEFENSA DEL INGENIO FRANCÉS**, por *René Doumic*, de la Academia francesa.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'60.

**DEL SIGLO XVIII AL AÑO SUBLIME**, por *Etienne Lamy*, de la Academia francesa.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'60.

**LA GUERRA CONTADA POR LOS SOLDADOS**, por *Eugenio García Obregon, S. J.*—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'60.

**EN DESAGRAVIO**, por *Francisco Melgar*.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'15.

**LA MENTIRA ANÓNIMA**, por *Francisco Melgar*.—Un volumen en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'15.

**DE KANT A KRUPP.—CONTRA EL ESPÍRITU ALEMÁN**, por *León Daudet*.—Un vol. en 16.<sup>o</sup> Ptas. 0'60.



Stenograph de Algorin -

Bolton y Vassier - Territorios y ciudades  
capitales

Suzan - Memorias de criss  
de p... ..  
Vallejo - C. Electro de  
traballo, el Trece  
de Valtierra

de Huarte - "Examen de ingenieros"  
Lo que dice y cuenta de  
los buenos capitales  
romanos, la historia  
ayuda a el... ..

Ernesto Severo - Francia y Alemania  
de la cultura -

Lump... ..

Murando, Gilgado - Alemania y Francia

Savedra Fajardo - Ingleses, Franceses  
y Alemanes -

Bing... Constant - "Adolfo" - schillo  
(franceses)  
de la cultura  
de religion y la

Emilio Dauterive - Artículo sobre Descartes  
(Francia) en el Figaro - ciencia  
alemana y pensamiento  
francés - El desarrollo  
del método de Descartes

---

Fernando Brauer - Estudio de el libro  
(Francia) de Morel-Fatio (a que  
habla de España) en  
la revista de los  
dos mundos -

---

Morel-Fatio - La influencia de España  
en la literatura francesa

---

[illegible]



DP 48 .M37

Martínez Ruiz, José, 18  
Entre España y Francia

010101 000



0 1163 0218733 5

TRENT UNIVERSITY

DP48 .M37

[Martínez Ruiz, José]

... Entre España y Francia  
(páginas de un francófilo)

255967

DATE

ISSUED TO

255967

